



PASSEUR DE MONDES

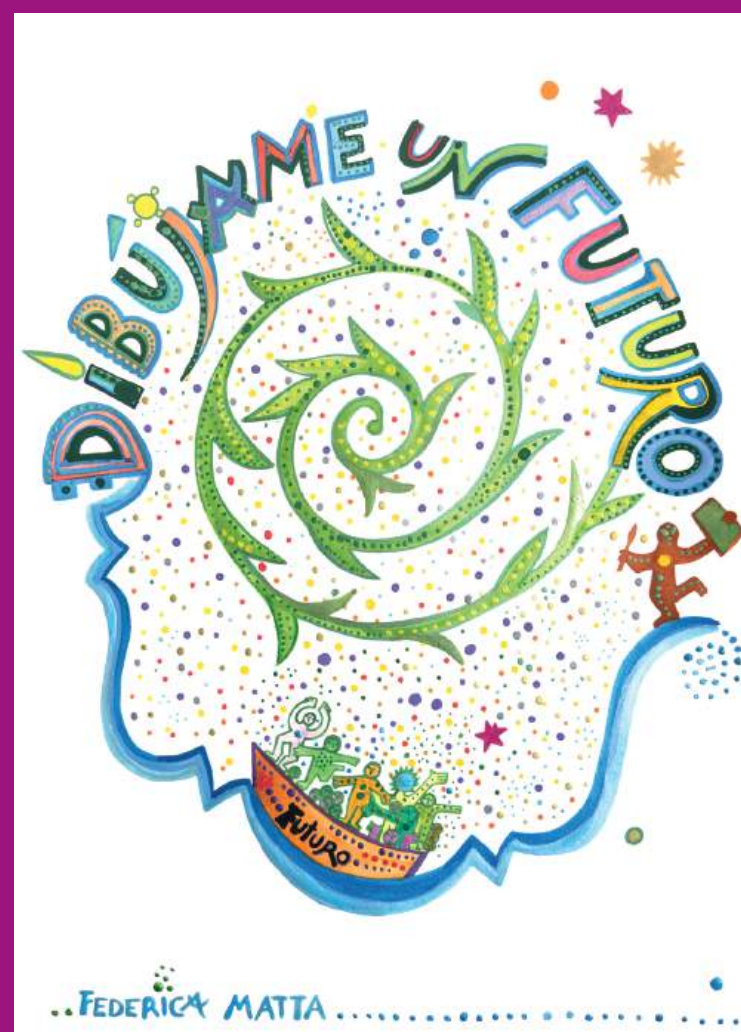
RODRIGO ARENAS

**RODRIGO ARENAS**

Diputado de la Asamblea Nacional Francesa

**PASSEUR DE MONDES**

Dibujos originales de FEDERICA MATTA





# **PASSEUR DE MONDES**



**PRÓLOGO**

**CULTURA, EDUCACIÓN Y PROYECTO DE FUTURO**

No es común recibir desde el mundo de la política profesional análisis, reflexión o planteamientos teóricos de peso. Aquí radica entre otras causas el debilitamiento ideológico y ético, al que asistimos diariamente por parte de aquellos encargados de la cosa pública en todos sus niveles.

Por eso, este libro del diputado francés-chileno, de la Asamblea Nacional Francesa, Rodrigo Arenas, adquiere características de referencialidad, no solo por su temática, sino por el interesante ejercicio intelectual, basado en la experiencia práctica, que contienen sus páginas.

El autor nos conduce con una pluma ágil e informada por reflexiones y propuestas en torno a la niñez, a la parentalidad como un ejercicio político de ciudadanía, y al deterioro, no solo demográfico, de una Europa y un mundo, miope ante el horizonte existencial del hoy y del futuro.

Transita por estas páginas un llamado urgente a la humanización, no solo como posibilidad, sino como desafío. La precariedad cultural que nos rodea se expresa de manera privilegiada en la cosificación del ser humano y en su reducción consumista. Ante esto, el análisis y propuesta de Rodrigo Arenas trasciende, en mucho, lo contingente y se ubica dentro de un marco teórico audaz y contundente.

Estamos ante una lectura necesaria, cuestionadora y propositiva, cuyo impacto debería reconectarnos con la política como un ejercicio fundamental de cuestionamiento y propuestas, que devuelvan al ciudadano su rol protagónico en el devenir cotidiano, pero también en los megaproyectos, minimizados hoy en día a la coyuntura electoralista o a la comodidad de los privilegios que otorga el poder.

Rodrigo Arenas, hijo de exiliados chilenos, ha tenido una meritoria trayectoria en organizaciones de la sociedad civil y el servicio público, habiendo sido presidente de la Federación de Consejos de Padres y Apoderados de Francia durante dos años, hasta el 2019. Ya había publicado el año 2020, junto con Édouard Gaudot y Nathalie Laville, *Dessine-moi un avenir : plaidoyer pour faire entrer le XXI<sup>e</sup> siècle dans l'école (Dibújame un futuro: una defensa para hacer entrar el siglo XXI en la escuela, Actes Sud, Arlés)*.

En el presente texto, Arenas presenta con detalle y lucidez las múltiples problemáticas que aquejan, ya no a Francia o a Europa, sino a la totalidad de nuestro mundo, para centrarse enseguida, en cuáles son las decisiones a tomar en el plano de la educación como eje fundamental de cualquier cambio estructural de la sociedad. Lejos de la ingenuidad, o la complacencia, el autor abarca de manera sustancial los múltiples aspectos que se presentan, sin evitar los aspectos más inquietantes de nuestro tiempo: problemas globales tales como la civilización digital, las carencias en la integración cultural de los migrantes, los desafíos ecológicos. Cabe destacar su defensa, clara y lúcida, de una urgente “repolitización de la educación”, que tenga un impacto real en la sociedad completa, a través del rol protagónico de los padres, y a la dimensión política de su misión.

No es común hallar una reflexión tan fluida con respecto al estrecho enlace entre la escuela y la sociedad civil que rodea a la institución educativa y de hecho en este libro estos dos espacios jamás se encaran separadamente, como espacios estancos, de la forma aparentemente “técnica” en que estamos acostumbrados a pensar en nuestros países, como materias que hay que dejar sólo a los expertos.

La reciprocidad de estos dos espacios socioculturales, supone para el autor una clave fundamental en el rol protagónico que le cabe al ciudadano consciente en el ejercicio de la parentalidad. La doble nacionalidad de este pasante de mundos, como se define Arenas, le

ayuda a comprender la complejidad de culturas nacionales dispares, pero que se ven forzadas a abrirse al aporte de lo nuevo y lo diferente. En este sentido, podemos entender su planteamiento acerca de la necesidad de comprender el mundo, su profundidad y desafíos, sin ocultar una aguda crítica, ante un ejercicio de liderazgo político, el actual, que no desea comprender las consecuencias de su propia ignorancia o su paternalismo.

Sobre el modelo de escuela vigente, en que el encargado de la sala de clase obtiene su legitimidad a partir de la ignorancia de los alumnos que tiene a cargo, la política moderna ha construido y proyectado, un estilo y perfil operativo: el gobernante es un encargado, cuya legitimidad se apoya, se enraíza y autovalida en la ignorancia del pueblo.

Basta recordar, a modo de ilustración, las salidas insultantes de los presidentes de la República en Francia, los “sal de acá, pobre imbécil”, los “sin dientes” o la “gente que uno cruza y que no son nada”, o las declaraciones del nuevo primer ministro “los de abajo, que a veces aportan alguna idea”, expresiones infelices, torpes y violentas que caracterizan el trato despreciativo hacia los sin diplomas, condenados a tareas subalternas en una sociedad que mantiene una ecuación cruel y desbordada, entre mérito escolar y mérito social. A contraluz de esta cultura del desprecio y la arrogancia, asoma la urgente necesidad de incorporar en los procesos culturales y pedagógicos la silueta cuestionadora e insumisa de la cultura popular, en todas sus expresiones y referentes. Desde este espacio social y político la rebeldía de “los sin dientes” nos recuerda el verdadero valor de lo humano y su porfiada prevalencia frente a los satisfechos y privilegiados de siempre.

Esta puntualización, por parte de Arenas, desnuda también una concepción de meritocracia sesgada y puesta al servicio de una educación exclusivamente funcional al sistema económico y que, por lo mismo, forma a sus alumnos más como mano de obra calificada que

como ciudadanos. En nuestro entorno educativo nacional, en todos sus niveles, es de fácil y cotidiana comprobación la vigencia de esta concepción y praxis formativa.

Abstención, populismos, clientelismo electoralista desde hace decenios, el abismo no ha cesado de crecer entre la sociedad y la política. El divorcio democrático es profundo entre lógicas partidarias, completamente desenraizadas de las bases, que funcionan por encima y al margen de una sociedad activa, diversa, creativa, pero sin ilusión sobre la naturaleza y las formas del poder que se ejercen sobre ella. La obsoleta política del siglo XX con sus luces y sombras debe ser desplazada, en beneficio de los pueblos, por los conceptos y la participación popular; definida con claridad a través del aporte señero de este libro. Esta es la verdadera política, participativa y reivindicativa, que toma partido por una acción igualitaria de género, la naturaleza y otras especies que nos acompañan en este planeta, esta debe ser y será la política del siglo XXI.

Los partidos políticos de ayer eran auténticos lugares de socialización y aprendizaje sobre la ciudad. Hoy en día se reducen, a menudo, a estructuras endogámicas aisladas de la sociedad peatonal y sufriente, esterilizadas por lógicas estrictas de conquista del poder, incapaces de pensar y de acompañar el cambio social y menos de contribuir a la conciencia y conquista del mismo. De aquí el urgente llamado a afirmar la democracia en libertad y diversidad, lo que implica la defensa de una democracia deliberativa, que trascienda una democracia formal claramente en crisis.

Esta realidad trasciende, en mucho, la contingencia o el escenario político de una nación o continente. Por lo mismo, el autor nos invita a inaugurar un nuevo modo de habitar la tierra y a repensar el humanismo. El desafío no es otro que aprender a convivir nuevamente. La liberación, aún pendiente, de nuestros pueblos requiere de una mirada, un análisis y unas propuestas atrevidas y rebeldes, que incomoden



y desarticulen al Poder y a sus acólitos y que al mismo tiempo sean motivo de esperanza y protagonismo para todos aquellos que aún están a la orilla del camino.

Rodrigo Arenas no duda, de manera muy pedagógica y acertada, en plantear la experiencia de la Unidad Popular chilena, en su dimensión profunda de cambio cultural, económico y social, como un ejemplo a seguir: en torno a lo cotidiano, a lo virtual y a las relaciones humanas renovadas, un mundo nuevo está emergiendo. Arenas nos propone como fin, el modo en que la nueva cultura popular y el cambio social, pueden volver a entrar y rompa el estanco de sus categorías obsoletas, la izquierda francesa y mundial debe hacer el esfuerzo de ponerse a escuchar. Para comprender y pensar este mundo que viene. Para traspasar la esperanza desde el discurso a los hechos, ésta debe volver a convertirse en la expresión de una cultura popular viva y protagónica. Es esta la lección de Allende, el Presidente Mártir, que la izquierda debe encarnar y protagonizar. Es la experiencia y el sentido de un mundo que debemos reafirmar día a día.

El libro de Rodrigo Arenas *Passeur de mondes* es una afirmación radical de una democracia a la altura de los desafíos más inquietantes de nuestro mundo. Al hablar de Francia, está también pensando – como el buen observador que ha sido del proceso político chileno- en nuestro lado del mundo, asumiendo la historia de victorias y derrotas, morales y reales, de nuestro país. Estamos ante una mirada necesaria y cuestionadora para todos aquellos que aún sentimos, en cualquier lugar del mundo, la urgencia de derrotar la desigualdad y la injusticia. Este libro nos convoca entonces, a avanzar por estas avenidas.

Reynaldo Lacámara, Santiago de Chile, primavera de 2024



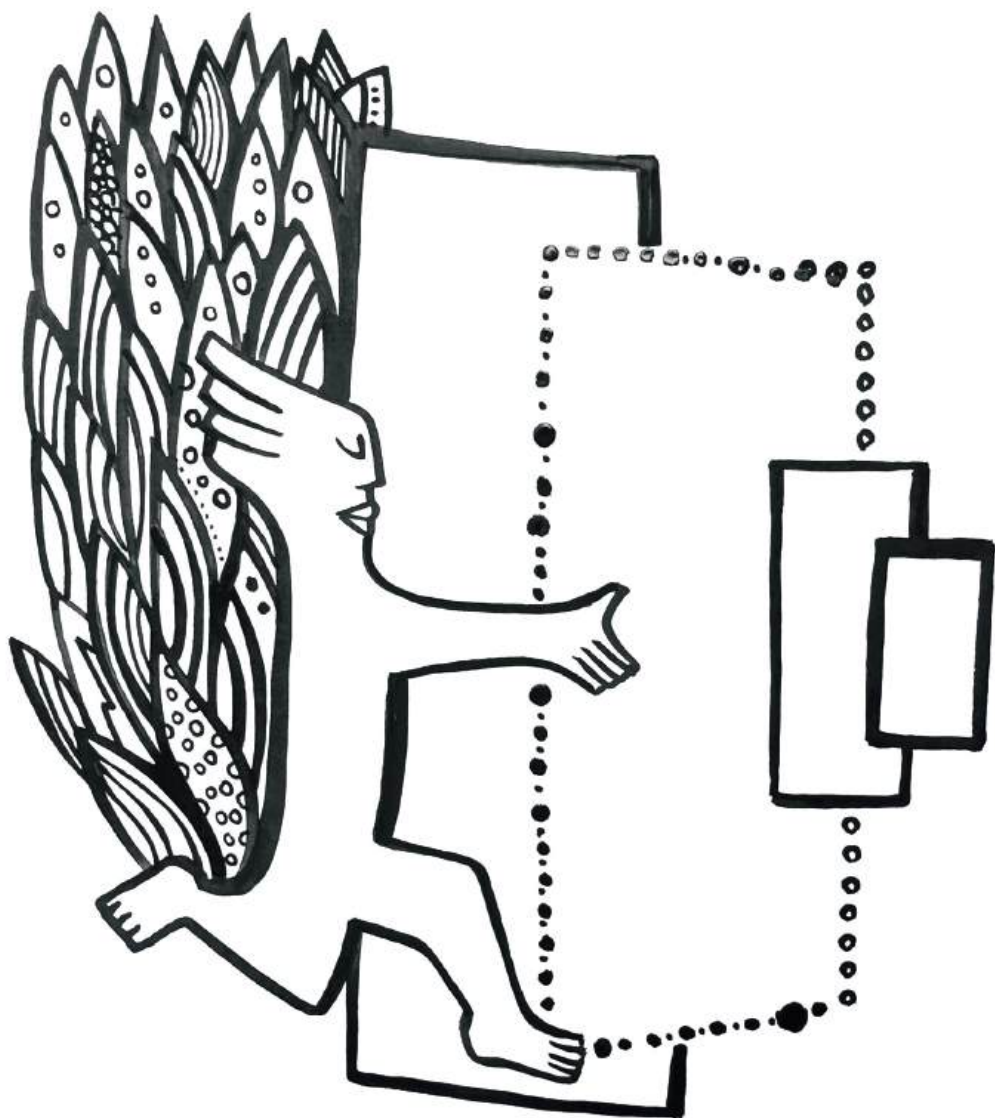
**RODRIGO ARENAS**

**Diputado de la Asamblea Nacional Francesa**

**PASSEUR DE MONDES**

**Dibujos originales de Federica Matta**







LA  
EDUCACION  
ES  
LA ARMA MAS  
PODEROSA  
QUE PUEDES USAR  
PARA  
CAMBIAR EL MUNDO.  
NELSON MANDELA





**PREFACIO**  
**EDUCARNOS EN NUESTRA HUMANIDAD**

***Inhumanidades***

Este libro fue escrito antes. Siempre hay un adelantado. Un momento significativo, inflexión, ruptura o cese en la frase, la vida, la historia. Por lo tanto, este libro fue escrito antes de que un nuevo baño de sangre y horror acelerara la degradación de este mundo y recordara a nuestras conciencias su trágica realidad. Hay palabras, hay crímenes cuya resonancia histórica nunca debería olvidarse. El antisemitismo y el racismo, que asoman sus horribles cabezas en nuestro país, no son una simple crónica del odio ordinario.

En su discurso en Suecia, Albert Camus sorprendió a la izquierda revolucionaria y a la derecha cuando se atrevió a decir que elegiría a su madre antes que a la justicia. Sin embargo, sólo recordaba algo sencillo, ilustrado por su teatro: ninguna causa es suficientemente legítima para justificar la tortura y la masacre de inocentes. Si las víctimas pierden su carácter humano ante nuestros ojos, porque están en el lado equivocado de la frontera entre opresores y oprimidos, entonces toda la humanidad es asesinada.

Básicamente, la polarización a la que nos obligan los horrores de los terroristas marca su deseo de borrar la “zona gris”, ese momento de reflexión en el que intentamos ordenar las cosas, explicarlas, comprenderlas. Este momento en el que disociamos a la gente de sus líderes, incluso de los elegidos democráticamente.

Su victoria es cuando terminamos negando al otro lado la calidad de humanidad. No tengo una visión particular de los conflictos de nuestro tiempo. No hay ningún nuevo plan para restaurar la paz en Medio Oriente o Ucrania. Lo que sí sé, sin embargo, es que no podemos ganar la guerra contra el terrorismo con nuestras armas.

La única victoria que podemos esperar lograr es la que realmente ataque la tierra en el que echa raíces. De los cuales la ignorancia, el miedo, la desesperación o el abandono son los abonos fértiles. La violencia siempre tiene una historia. El mal tiene una raíz. La de los terroristas modernos, ya sea que se escuden detrás de las justificaciones de sus creencias pseudoreligiosas, de una lectura política de la injusticia o de la necesidad de defenderse contra otros terroristas, se nutre de la deshumanización del otro.

### ***El principio de humanidad***

Lucidez y empatía. Es nuestra perspectiva la que debe cambiar sobre el mundo. Para ello, debes aprender a ver el mundo, a los demás y sobre todo a ti mismo. Debemos aprender la reflexividad para reconocer la diferencia de rostros y sensibilidades. Hacer la conexión entre lo que sentimos y lo que sienten los demás también nos permite profundizar esta relación con nosotros mismos, con los demás y con el entorno. El respeto se adquiere con el ejemplo, en la práctica en las relaciones. Es una escuela en sí misma, una base esencial para profundizar la calidad de las relaciones y desarrollar la ética, la justicia, la generosidad, la benevolencia y la no violencia que la humanidad tanto necesita para asegurar su propia sostenibilidad.

Ésta es una de las misiones que debe cumplir la escuela del siglo XXI.

Más allá del conocimiento humanista y del saber metodológico, es en la escuela donde se deben aprender los fundamentos de las habilidades interpersonales. No simplemente repetir las instrucciones de los ministerios preocupados por la reproducción social y el orden público, sino aprender a ser humanos, convivir con la naturaleza y con el respeto a los seres vivos. Adaptación, ayuda mutua, solidaridad, intercambio de conocimientos, cooperación: los principios son bastante

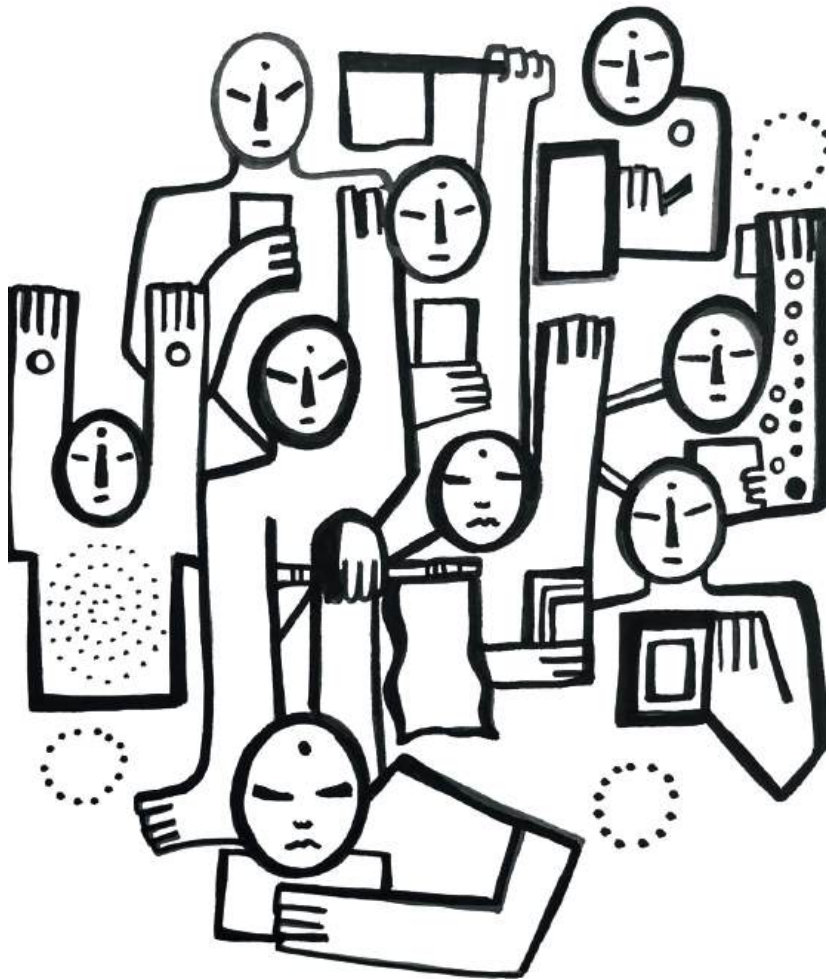
obvios. La escuela no puede resolver a corto plazo los problemas de civilización que atraviesa nuestra sociedad; por otro lado, debe preparar a los adultos del mañana para afrontarlos y luego resolverlos.



Mandela, considerado un terrorista por la potencia afrikaner contra la que luchaba, lo resumió con una cita a menudo usada en exceso: “La educación es el arma más poderosa a nuestra disposición, para cambiar el mundo.” En una Francia que lucha contra sus dudas y crisis de identidad, la educación está en el centro de la paz civil. Para las poblaciones asignadas a residencia social y cultural, jóvenes en busca de orientación, familias divididas entre varios continentes, con historias a menudo trágicas, la salvación no vendrá de comerciantes de identidades adulteradas.

De otro viajero de mundos, Martin Luther King, nos llega el programa que debe aplicarse en estas nuevas escuelas: “Vamos a tener que aprender a vivir juntos como hermanos, si no queremos perecer solos como gente loca.”







## I. NUESTROS HIJOS: ACTORES POLÍTICOS DEL FUTURO

### ***“Trabajo Familia Patria”***

Un nuevo espectro recorre Europa. Inesperado, aunque muy predecible y claramente registrado en las cifras de nuestros institutos de estadística desde hace varias décadas, está causando temor en las capitales del viejo continente. Llevando literalmente un mensaje macabro, este jinete de un nuevo apocalipsis anuncia a los europeos que pronto desaparecerán. Porque ya no tienen hijos.

En todo el mundo occidental, con excepción de los países de inmigración como Estados Unidos o Canadá y, en menor medida, Francia y el Reino Unido, las tendencias son alarmantes. Alemania y Japón, los dos perdedores militares de 1945 que se convirtieron en los dos ganadores económicos de los “Treinta Gloriosos” y el baby boom, ven hoy que el envejecimiento planificado de sus poblaciones amenaza directamente las bases modernas de su prosperidad industrial. Acurrucados sobre sus certezas y sus ahorros como viejos dragones codiciosos sobre un montón de oro, las dos potencias en decadencia consideran moderadamente para uno y difícil para el otro la idea de una inmigración salvadora.

En otros lugares, el problema está más vinculado a la emigración. Con el fin del Telón de Acero y luego la membresía en la UE y sus principios de libre circulación de personas, en las últimas tres décadas, todos los países de Europa Central y Oriental han perdido una población igual a la de Hungría y la República Checa juntas o casi 20 millones de habitantes. Pero quienes emigran son en cierto modo “las fuerzas vivas” de estas naciones,

es decir, los más jóvenes, los más educados, los más dinámicos, los más optimistas, aquellos cuya partida refuerza la tendencia al envejecimiento de la población que permanece en el país. Y el pánico creciente ante estas estadísticas en descenso.

En Italia, fue en medio de un auge identitario que Giorgia Meloni se convirtió en Primera Ministra en 2022, al frente de una coalición de derecha radical de la cual su partido de inspiración neofascista es la fuerza impulsora. En Francia, polemistas y figuras políticas de extrema derecha contaminan el espacio público con sus teorías conspirativas sobre la amenaza de un “gran sustituto” y piden vigor viril y una recuperación de la tasa de natalidad.

“La demografía el destino”, cantan ellos. Expresión robada a Auguste Comte, en una época en la que el tamaño de las poblaciones, y por tanto de las reservas de carne de cañón, marcaba la diferencia en los campos de batalla. En medio de los años oscuros del período de entreguerras, del que constantemente oímos hablar comparándolos con nuestra década convulsa, el ministro francés de Asuntos Exteriores, Aristide Briand, justificó sus críticas a sus concesiones a Alemania explicando que es “la política de nuestra natalidad”.

“Si tuviéramos más hijos en Francia, solucionaríamos el problema de las pensiones.» Así, en medio de la fiebre social generada por la injusta reforma de las pensiones del gobierno del Borne, el entonces jefe de patronos, Geoffroy Roux de Bézieux, tradujo esta tasa de natalidad en términos de solidaridad nacional. Hacer niños para hacer trabajadores, contribuyentes, consumidores. Es una vieja antífona, que no siempre ha sido sólo una historia de derecha. Entre los fundadores de la “Alianza Nacional para el Aumento de la Población Francesa” creada en 1896 por Jacques Bertillon, jefe de En la oficina de estadística de la ciudad de París, había figuras eminentes de la izquierda como Zola. La política de los úteros es propia de la sociedad industrial: tener hijos para tener recursos.



### **¡Hija mía, “preciosa mía”!**

Recurso para el Estado, pero también para las familias. Durante mucho tiempo, el niño fue considerado ante todo una carga, una boca que alimentar. Peor aún en el caso de las niñas, porque en la mayoría de las sociedades europeas, y mucho más allá, desde la India hasta el África subsahariana, era necesario “dotar” a la joven que dejaba su hogar para casarse y así “compensar” el futuro de la familia del cónyuge.

Pero la boca que alimentar también tiene brazos con los que trabajar. Incluso modestos, los niños han representado durante mucho tiempo un recurso a través de su fuerza laboral.



Aunque la cifra ha ido disminuyendo desde la década del 2000, las estimaciones de la Oficina Internacional del Trabajo todavía muestran que hay más de 160 millones de niños trabajadores en todo el mundo, desde fábricas en el sudeste asiático hasta minas africanas y barrios marginales en grandes áreas urbanas.

La explotación económica puede incluso adoptar formas más extremas cuando se combina con el reclutamiento militar o el abuso sexual. Los niños explotados o incluso vendidos por sus familias, nunca corren el destino del joven José en el Génesis, vendido como esclavo y luego convertido en un hombre poderoso junto al faraón de Egipto. Propiedad absoluta de su familia y particularmente del paterfamilias, consagrado en nuestra tradición occidental del derecho romano como autoridad suprema dotada del derecho de vida y muerte sobre todo el hogar, los hijos son considerados por sus padres como enteramente sujetos a su voluntad. Incluso el hijo deseado de un mundo moderno donde la riqueza material y el control de la fertilidad permiten a las familias hacer del niño un “proyecto” no impide este sentido de propiedad. “Hijos míos”, todo está en la inevitable posesión que viene a expresar filiación – biológica o jurídica.

Prisioneros de la gramática y del lenguaje, los padres tienden a encajar en el modelo romano de omnipotencia del amo sobre sus hijos. “Mi casa, mis reglas”: la responsabilidad a la que les obliga el derecho de ejercer sobre sus descendientes se traduce en lógicas de propiedad y dominación. Los niños no tienen voz y voto. Además, hasta las revoluciones culturales de la posguerra, la tradición educativa en muchas familias podía llegar incluso a prohibirles hablar en la mesa o en presencia de adultos. En *L'Enfant*, una especie de autobiografía disfrazada publicada en 1878, el periodista comunero Jules Vallès relata su infancia maltratada, las palizas que recibió “porque a los niños no hay que malcriarlos”. La violencia doméstica y los castigos corporales no eran dominio exclusivo de las clases trabajadoras. Junto a los Thénardier, figuras literarias por excelencia del maltrato en los círculos modestos, podemos, a través de los libros de la condesa de Ségur, desde *Las Desgracias de Sofía* hasta *Las Pequeñas modelos*, darnos cuenta de que la sumisión del niño a las autoridades familiares es un hecho social

universal. Más de un siglo después, desde la impactante película *Festen* de Thomas Vinterberg en 1998 hasta el escándalo que rodeó la publicación del libro de Camille Kouchner *La Familia Grande* en 2021, las cosas no han cambiado enormemente. En 2019, el INSEE (Instituto Nacional de Estadísticas y de Estudios Económicos) contaba todavía 41.000 menores víctimas de violencia en el ámbito familiar y esto basándose únicamente en declaraciones que van en aumento, es decir, la punta de un iceberg cuya escala apenas estamos descubriendo como nuestro umbral colectivo de tolerancia porque la violencia cae.

Al tener pocos o ningún derecho, los niños siguen sujetos a la buena voluntad de la autoridad paterna, que fácilmente puede resultar abusiva. Ciertamente, con la evolución de la sociedad, la protección de la infancia se ha vuelto gradualmente esencial en las políticas sociales y educativas de la Tercera República. Lo cual es completamente consistente con un régimen que ha hecho de la instrucción y la educación públicas una gran causa nacional y una cuestión política vital. Así, con la ley del 24 de julio de 1889 que establece la pérdida de la potestad paterna, la República lanzó el primer ataque a la autoridad soberana de los padres y estableció la protección de los hijos como prioridad de la acción pública. Luego, el 31 de diciembre del mismo año, puso fin al trabajo infantil para los menores de 12 años y también limitó levemente la jornada laboral de los adolescentes de 12 a 16 años.

Entonces la ley interferirá en la privacidad de las familias para seguir protegiendo al niño, con leyes que prohíban el castigo físico, el abandono y el abuso psicológico y fortalecerán la prevención y el castigo de la violencia y el abuso sexual. Durante los últimos veinte años, nuestro código civil patriarcal romano-napoleónico se ha enriquecido también con un artículo de ley que establece que “los padres deben implicar al niño en las decisiones que les conciernen, según su edad y su grado de madurez”.

Sin embargo, los viejos reflejos persisten, dada la popularidad de la bofetada dada a un niño de 11 años por François Bayrou durante su campaña por el Elíseo en 2002, o las extrañas recomendaciones del prefecto de Hérault que, en julio de 2023, propuso a los padres disciplinar a sus hijos con “dos bofetadas y cama”. También hay una tendencia secular hacia el declive de la mayoría civil. El niño es menor de edad, es decir, está privado de su autonomía y se le considera carente de voluntad propia. Aunque por muchas razones, sobre todo económicas, nuestros hijos permanecen cada vez más tiempo en el hogar familiar y se incorporan cada vez más tarde al mundo laboral, en principio llevan medio siglo emancipados de la patria potestad, siendo la mayoría de edad de 18 años en 1974. Hoy también estamos pensando en bajarla a la edad de 16 años. Una edad a la que está previsto confiarles la responsabilidad de un coche, es decir, una máquina potencialmente peligrosa para ellos y para quienes les rodean, lo que implicará de hecho su responsabilidad civil. Entonces, ¿autónoma o sumisa? En Francia, el legislador se ve atrapado en esta contradicción cuando, por un lado, propone castigar con penas de prisión a los menores cada vez más jóvenes en caso de infracción de la ley, pero también propone, por otro lado, castigar a los padres que no asumen, o hacen mal, sus responsabilidades. Esto ilustra hasta qué punto los políticos están atrapados en consideraciones divergentes y ya no saben claramente cómo deben reconocer a los niños.

### ***El bebé está en la Resistencia***

En Austria, Brasil, Cuba, Eslovenia y un puñado de países más, se considera que a los 16 años los adolescentes pueden participar en las decisiones comunitarias concediéndoles el derecho al voto. Sin embargo, en todos estos países los niños sólo se consideran adultos emancipados a la edad de 18 años. Porque la mayoría legal

no es necesariamente sinónimo de madurez política. Solemos olvidarlo, pero los niños no son ajenos a la política. Idealistas y entusiastas, su visión del mundo es a menudo tan legítima como la de los adultos, algo que Charlie Chaplin intentó mostrar en su película de 1957 *Un Rey en Nueva York*, en la que su propio hijo interpretaba a un aspirante a periodista de 10 años.



Años llenos de sabiduría política e ideas revolucionarias sobre la bomba atómica, la libertad de movimiento obstaculizada por pasaportes y fronteras, o la distribución de la riqueza. Incluso si éste es un personaje ficticio, sí, ¡los niños son fuerzas revolucionarias! Sin volver al imaginario de la “cruzada de los niños” del siglo XIII, la historia está marcada por grandes levantamientos en los que los niños desempeñaron un papel esencial.

En Chiapas, insurgente desde 1994, hay muchos niños y adolescentes en las filas zapatistas. La Francia revolucionaria es una Francia joven, con una demografía muy temprana y dinámica. Unas décadas más tarde, la Revolución de Julio fue representada por

Eugène Delacroix en la forma de una joven que porta el estandarte de la patria, símbolo de libertad. Y el pequeño Gavroche de *Los Miserables* tenía sólo 12 años cuando murió en las barricadas insurreccionales en junio de 1832. El niño del mundo vivaz y curioso que era Jules Vallès, alimentó desde muy temprano sentimientos revolucionarios sobre la condición de los pobres. Estudiante de secundaria en Nantes, participó con entusiasmo en las manifestaciones de la revolución de 1848. En su época, la Comuna de París, los rebeldes boulangistas, las juventudes socialistas o las ligas fascistas de extrema derecha de los años 1930 también atrajeron sus procesiones de adolescentes emocionados.



En cuanto a las filas de la Resistencia, están repletas de niños y adolescentes amantes de la justicia, solidarios con sus camaradas o sus mayores, judíos, comunistas, gaullistas o simplemente requisados por la STO (Servicio de Trabajo Obligatorio). Según la monografía *La Rosa y la Edelweiss* del historiador Roger Faligot (Ed. La

Découverte, 2009), la mitad de las Fuerzas Francesas Libres están formadas por jóvenes menores de veinte años. “El ejército de las sombras es un ejército de niños”, afirmó en 2004 Daniel Cordier, exsecretario de Jean Moulin.

El éxito de los ocho volúmenes de la historieta *Les Enfants de la Résistance* (Dugommier y Ers, publicada por Le Lombard) ilustra con pedagogía y ternura esta parte de los niños en la revuelta contra la injusticia y la violencia de la Ocupación. Los niños y adolescentes no están exentos de reflexiones. Son capaces de autonomía y organización política. Hubo numerosas revueltas en las escuelas secundarias en el siglo XIX. Incluso contra la educación obligatoria, pero también contra los malos tratos, la explotación y la violencia que sufrieron, como en 1934, en la “colonia penitenciaria” de Belle-Île – ilustrado con fuerza por la bella historia de Sorj Chalandon, *L’Enragé* (Ed. Grasset, 2023). Nuestras recurrentes fiebres francesas son también movilizaciones de jóvenes, incluso de adolescentes muy jóvenes. Durante las revueltas urbanas de junio de 2023, vimos a muchos adolescentes de entre 12 y 15 años sumarse al estallido de ira. Jóvenes cuya conciencia política aún está en construcción, su acción un poco desordenada y cuyas consecuencias no siempre miden. Pero, ¿quién expresó opiniones políticas reales? Esta movilización puede interpretarse de varias maneras. Empezando por el aspecto lúdico, reforzado aún más por las comparaciones entre diferentes grupos en las redes sociales y las bromas entre pequeños grupos de amigos. No es que sea un cliché que debemos descuidar la dimensión adolescente de las actitudes rebeldes. Desafiar la autoridad del Estado, de la policía, de los adultos, de los padres, es parte de los rituales de autoconstrucción por los que todos hemos pasado de una forma u otra.

Pero aquí este cliché adquirió una dimensión aún más espectacular porque también hubo una movilización más generalizada de la emoción y la indignación por el asesinato del joven Nahel, por

el contexto de violencia policial y por una cierta conciencia colectiva de estar estigmatizados por las diferencias sociales, étnicas y sociales y orígenes territoriales. Además, cuando se expresan, principalmente en los canales de sus redes sociales, todos estos jóvenes testimonian haber vivido al menos una experiencia traumática por parte de la policía, por lo tanto, de la institución policial, por lo tanto, del Estado. Una observación compartida unánimemente en los barrios obreros. El significado político de estos actos no debe ser ignorado por los jóvenes que piensan que no tienen nada que perder y que atacan los símbolos mismos de lo que debería ser el bien común.

### ***La juventud es política***

Incluso si no es una clase social en el sentido político y sociológico del término, e incluso si ciertamente no es homogénea, la “juventud” es un actor político. Ella exige que la tomen en cuenta y que su voz llegue. Su irrupción como tal en la escena política se remonta a mayo del 68 – en Francia, por supuesto, pero también más allá, si pensamos en las manifestaciones de la juventud norteamericana contra la guerra de Vietnam y los movimientos negros de los Panteiras Negras, o las manifestaciones estudiantiles en México en el 68, sangrientamente reprimidas por los poderes de la época.

Menos violentos en Europa, pero igual de virulentos, los hijos de la posguerra y el consumismo, de la democracia liberal y el baby boom, de la radio y la contracultura del rock and roll están tomando las calles y exigen que el mundo adulto y las instituciones políticas y sociales tomen en consideración sus aspiraciones.

Liberación sexual, feminismo, mayoría reducida, políticas culturales, reformas universitarias: los legados del movimiento juvenil del 68 son numerosos y profundos. Desde entonces, los jóvenes



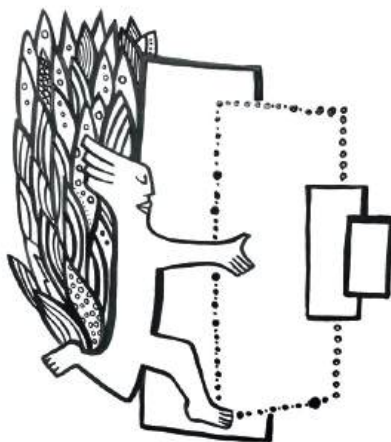
están presentes en el debate público: escudriñamos sus reacciones, tememos sus rebeliones, les dedicamos políticas, nos ocupamos de sus deseos, incluso nos preocupamos cuando abandonan las instituciones y parecen negarse a jurar lealtad al sistema político.

Hoy, cuando una parte de la juventud revuelta, expresa su desesperación a través de estallidos de violencia urbana, otra elige votar y hacer campaña por movimientos radicales de extrema derecha. Y luego otro más rechaza la educación que recibió en las grandes escuelas, vierte sopa sobre obras de arte famosas, organiza bloqueos urbanos, proclama su “Rebelión de Extinción” y marcha en las calles de las capitales del mundo para exigir que el mundo adulto asuma la amenaza ecológica en serio.



Desde los largos cabellos de los revolucionarios del hermoso mes de mayo hasta las trenzas rubias que enmarcan la mirada penetrante de una joven sueca que hace huelga en la escuela para expresar su rebelión, hay un linaje directo. Y sin embargo, paradoja de la demografía, son los antiguos jóvenes revolucionarios, a menudo anticonsumistas y anarcoautónomos, quienes hoy

desprecian a sus hijos y nietos tratándolos de soñadores utópicos e ingratos porque son ecologistas y decrecentistas, o de anarquistas violentos y peligrosos porque se atreven protestar físicamente contra la inacción climática o el racismo sistémico de las instituciones. “Sé joven y cállate”, denuncia la joven periodista activista medioambiental Salomé Saqué, retomando el viejo lema de los mayores revolucionarios. De hecho, desde los uniformes escolares hasta los “pasaportes cívicos”, las élites francesas repiten descaradamente el viejo estribillo de una juventud necesitada de estructuras y autoridad. Saturan el espacio público con esta letanía milenio que siempre ha cargado a las generaciones más jóvenes con todos los males de la Ciudad, “vagos, incultos, individualistas, rebeldes, insolentes, incívicos”...



En Francia, los primeros experimentos con el Servicio Nacional Universal, donde jóvenes con uniformes negros y gorras se alineaban en filas marciales, saludaban a la bandera y cantaban la Marsellesa, resonaron como una forma de poner a los jóvenes en

línea. Si la salvación de nuestras instituciones requiere el restablecimiento de una forma de servicio militar, podemos decir que la imaginación en el poder se ha vuelto bastante vieja.

Sin embargo, según señalan al unísono estudios y sociólogos, los jóvenes franceses ya están muy comprometidos con una verdadera ciudadanía activa. Quizás votan menos que sus mayores, pero se movilizan, hacen campaña, se manifiestan, se involucran y desarrollan iniciativas. Su participación asociativa es 4 puntos superior a la observada para todos los jóvenes europeos de la misma edad. Por tanto, es erróneo considerar que el debilitamiento del civismo y la disminución de la solidaridad son un mal de nuestra juventud. Hay mucha más madurez política entre los jóvenes franceses, estudiantes de secundaria, preparatoria y universidad, que aquellos que sueñan con un regreso a los tiempos de fantasía de los escolares uniformados, puestos en posición de firmes para saludar la entrada del profesor en su clase.

Esta madurez política de la infancia y la adolescencia, la ley y las instituciones deben admitirla y pensarla políticamente. La minoría jurídica y política de los niños se justifica a menudo por el estado biológico de sus incapacidades. Debilidades físicas, inmadurez emocional, conocimientos incompletos y capacidad de juicio aún en formación. Sin embargo, salvo determinados casos específicos y extremos previstos por la ley, como la alienación mental, la senilidad o determinadas discapacidades, los adultos sólo se presumen maduros por defecto, simplemente porque han alcanzado una determinada edad. Por supuesto, el legislador debe fijar límites y umbrales y éstos son necesariamente arbitrarios. Pero la experiencia, el sentido común y las noticias nos lo recuerdan a diario: muchos adultos son tan inmaduros emocionalmente, relativamente ignorantes o con poco juicio, como estos niños que son considerados menores. Básicamente, la mayoría legal no debe condicionar la apertura de derechos. El niño es un actor político; un sujeto y no un objeto.

Sus derechos son imprescriptibles.

Este es todo el significado de las declaraciones de los derechos del niño y en particular de la Convención Internacional sobre los Derechos del Niño, adoptada por las Naciones Unidas el 20 de noviembre de 1989: reconocer que el niño es una entidad política autónoma en sí misma. Lo que cambia la lógica de su tratamiento. Por poner un ejemplo bastante básico, no se trata, pues, de alimentar a los niños por caridad o en virtud de alguna doctrina religiosa, sino porque, como personas, tienen derecho a ello. Mientras no puedan alimentarse por sí solos, corresponde a los adultos hacer cumplir estos derechos. Los derechos de los niños están intrínsecamente vinculados a su papel como actores políticos en la ciudad. Un papel central en el equilibrio y por tanto, en la organización de la ciudad que los rodea y para su futuro.

### ***El niño, sujeto de derecho***

La personalidad política del niño se caracteriza concretamente por el reconocimiento por parte de las autoridades y por el derecho a su posibilidad de elegir. La de su entorno familiar, o el de sus opiniones. Incluso, en determinados casos que requieren ser examinados con mucha cautela y delicadeza, el de su especie. De hecho, se trata de reconocer una forma de autonomía en la elección de lo que es bueno para su bienestar. La vaga explicación del sufrimiento infligido “por el bien del niño”, como alguna vez fue el castigo corporal para enseñar disciplina, ya no es aceptable. Sólo en las fantasías patriarcales uno “se hace hombre” a bofetadas.

Ciertamente, el niño, especialmente en las primeras etapas de su vida, no es necesariamente consciente de lo que es bueno para él: comida, sueño, estudios, peligros domésticos, integridad física y mental, salud reproductiva, reclutamiento sectario, etc. Pero no



EL 20 de NOVIEMBRE  
1989



CONVENCIÓN  
INTERNACIONAL  
SOBRE LOS  
DERECHOS  
DEL NIÑO



Adoptada por  
las NACIONES UNIDAS

se trata de quitar el papel de la educación a los padres o a la sociedad. De lo contrario, se trata simplemente de introducir la voluntad del niño en el proceso. De hecho, es una redefinición del significado de la misión educativa: los mejores educadores para un niño son aquellos que le permiten crecer, crecer, convertirse en el adulto que potencialmente es, al tiempo que le permiten “ser libre en este mundo”. Y no enseñarle, entre violencia física o simbólica, las relaciones de dominación y la obligación de sometimiento.



En consecuencia, a partir de una determinada edad, o de un grado de madurez sobre el que hay que poder tener experiencia, es perfectamente legítimo que un niño pueda declarar que sus padres le hacen daño y que quiere cambiar de familia. Evidentemente corresponde a la institución judicial asistida por los servicios sociales determinarlo. Además, la ley ya reconoce que los niños tienen la capacidad de denunciar a los padres que son consi-

derados, con razón o sin ella, maliciosos. En este caso, se trata simplemente de seguir la lógica hasta el final. Básicamente, lo que está en juego en el reconocimiento del niño como sujeto político por derecho propio, es la libertad de conciencia. Es por tanto el derecho a tener una opinión independiente de la de los padres. Por supuesto, las opiniones de los niños a veces sólo pueden ser un eco de las decisiones de los padres.

Después de todo, somos seres de imitación. Fue durante mucho tiempo en nombre de esta sospecha de influencia e incapacidad de juzgar que durante más de un siglo de modernidad política, hombres progresistas, republicanos e incluso izquierdistas negaron voluntariamente a las mujeres su propia opinión para mantenerlas a raya en la política minoritaria. Sospechaban de las influencias del sacerdote, del marido o de los atavismos familiares y temían que sus votos debilitaran la República.

A los niños se les debe dar total libertad para expresarse. ¿Es aceptable oponer las palabras de niños y adolescentes a las filas del CRS (Compañías Republicanas de Seguridad) sobre equipadas para la guerra de guerrillas urbana, o a los vaqueros del BAC? Cuando vienen, por ejemplo, a gritar su ansiedad por un futuro amenazado por el cambio climático y su enfado por la inacción de las autoridades públicas. O cuando expresan su enfado y exasperación por haber sido estigmatizados y maltratados por la policía. “Les dará un recuerdo.” Este escueto comentario del ex candidato de Orden Justo intenta justificar el espectacular “mantenimiento del orden” de los estudiantes de secundaria por parte de la policía en 2018 en Mantes-la-Jolie. Afortunadamente, esta vez no hubo lesiones físicas ni errores garrafales. Pero otros días, en otros acontecimientos, el recuerdo retenido puede resultar traumático. Síndromes postraumáticos, seguimiento psiquiátrico, puntos de sutura, múltiples contusiones e incluso ceguera: en Francia, algunos niños pagan un alto precio por su expresión

democrática. Y luego sufrir el doble castigo de verse llevados ante un consejo disciplinario o incluso excluidos de sus establecimientos por querer expresar su opinión.

### **Organizando la autonomía de los menores: “bachillerato único” y “consejo de niños”**

Ciertamente, “el niño” es una categoría por definición extremadamente volátil ya que no somos el mismo niño, con las mismas capacidades o las mismas necesidades, a los cero, tres, seis, doce o diecisiete años. Pero la edad no determina los derechos, sólo las condiciones y límites de su ejercicio. Básicamente, la edad no cambia nada sobre el estatus. El sistema político francés necesita escuchar a sus niños; en primer lugar, debemos reconocer su mayoría civil, y no criminal, a los 16 años.

Por otro lado, creo que la contrapartida de este reconocimiento de autonomía debe, paradójicamente, resultar en una extensión de la escolaridad obligatoria hasta los 18 años. En realidad, se trata de obligar a nuestra institución educativa a repensar su organización y su proyecto educativo durante un período de tiempo más largo que el previsto actualmente.

Porque la masa de conocimientos y habilidades que las generaciones futuras necesitan para comprenderse a sí mismas, a los demás, al planeta y a los seres vivos, requiere pasar más tiempo en la escuela.

Creo que debemos ampliar la duración legal de la educación por las mismas razones que llevaron a la transición de catorce a dieciséis años en 1959: aumentar el nivel de formación y la cultura general de las clases trabajadoras y reforzar así sus posibilidades de ascenso social. Podríamos considerar que existe una contradicción en querer defender la libertad y la emancipación lo antes



posible y exigir que se respeten los deseos de los niños, imponiéndoles al mismo tiempo la obligación de asistir a la escuela, especialmente una obligación prolongada. Pero hay dos cosas a considerar. En primer lugar, la dialéctica esfuerzo/restricción y educación. Toda educación, intelectual, manual, artística, física, incluye esta dimensión restrictiva.



Es la disciplina que nos imponemos para aprender un movimiento deportivo, una lengua extranjera, un gesto y una fórmula, una técnica, ya sea básica (cálculo/escritura/lectura) o sofisticada. El ejercicio de los derechos no es el fin de las limitaciones; nuestras libertades civiles van acompañadas de los deberes de pagar impuestos, por ejemplo. Y siempre es necesario que los niños, como los adultos, aprendan a conocer su propio cuerpo, sus fortalezas, sus necesidades, su biorritmo y a respetar sus limitaciones.

En segundo lugar, esta expansión es una invitación adicional a repensar completamente nuestra educación. Hoy, al no ser considerado el niño una entidad política, el adulto y la comunidad se

reservan el derecho de imponerle cosas absurdas o maltratarlo. Desde la familia hasta la escuela, nuestro sistema educativo es tan carcelario y mutilante que a menudo da ganas de huir de él: al “familias, os odio” se añade “escuelas, os odio”. Además, los estudios muestran que las formas de delincuencia juvenil son casi siempre reacciones violentas y torpes ante la insuficiencia de la educación recibida (o no recibida).

Es obvio que tener derechos y ser respetado en su integridad y personalidad política no eximirá a los niños de respetar determinadas instrucciones, y en especial la ley. Pero tendremos que pensar colectivamente en un entorno educativo en el que estas instrucciones y limitaciones no sean formas arbitrarias e ininteligibles de acoso, sino oportunidades reales para comprender y crecer.



Esta doble transición de los 18 a los 16 años y de los 16 a los 18 años prefigura de hecho el movimiento más amplio de reforma escolar que considero necesario y deseable: más tiempo en la escuela, en una escuela reformada, abierta y rediseñada, para desarrollar mejor las capacidades cognitivas, mitigar los caminos y finalmente juntar la cabeza y las manos, para escapar de esta dicotomía entre conocimiento intelectual y conocimiento manual.

También tendríamos adultos en la escuela, lo que no sería un escándalo, al contrario. Porque la educación no es sólo para los niños. Esta apertura a los adultos, defendida durante mucho tiem-

po por algunos en Francia, fue también uno de los elementos centrales de la última reforma escolar llevada a cabo por Finlandia, donde se amplió la escolarización en 2021. Es por todas estas razones que definiendo, junto con otros como mi amigo Philippe Meirieu, la idea de una “escuela secundaria única” cuya misión sería reconectar los hilos del tejido social roto por la selectividad de un modelo elitista de segregación social.

Esta escuela secundaria “para todos” y no para unos pocos, se ve no sólo como una respuesta a los impases desesperados de nuestro modelo educativo, sino también a los desafíos de un mundo en constante agitación. Ampliar la educación obligatoria permitiría elevar el nivel general de nuestra juventud y garantizar que todos los jóvenes, sean quienes sean, se beneficien de una formación tanto general como profesional. Porque debemos combatir esta obsesión tan francesa por la clasificación selectiva y la jerarquía de sectores.

Por lo tanto, todos los estudiantes seguirían un núcleo común nuevo y ampliado, combinando en partes iguales y con el mismo “valor” disciplinas académicas tradicionales y conocimientos interdisciplinarios vinculados a prácticas sociales y profesionales. Y por supuesto, la especialización.

Esta “escuela secundaria única” permitirá, por tanto, también reintegrar en el proceso educativo a los perjudicados por la selección, a todos aquellos que un día se vieron excluidos por un modelo diseñado en forma de pirámide, del que los científicos de “Las écoles” forman la vanguardia y los que quedan atrás en la alternancia profesional. Con un bachillerato radicalmente rediseñado, liberado de esa ineficaz y angustiada evaluación continua y de cálculos estratégicos de abarrotamiento basados en coeficientes, organizados en unidades de valor correspondientes la mitad al tronco común y la otra mitad a las especialidades,

todas ellas convalidables. El objetivo es nada menos que derrocar el modelo francés de excelencia: el de una pirámide educativa que sustenta la pirámide social.

Tomar en serio a los niños tiene otra consecuencia más que la simple reorganización de nuestro sistema educativo. El de “organizar la autonomía de los menores”. Dicho más simplemente, se trata de invertir en parte la relación educativa y comprometer la educación de nuestra sociedad con las palabras de los niños.

En nuestra democracia representativa, en todos los niveles de toma de decisiones, hemos adquirido colectivamente el hábito de dejar que nuestros delegados decidan lo que es bueno para nosotros, a riesgo de permitir que se amplíe un déficit democrático real y una brecha entre los electos y los ciudadanos. Un cierto número de experimentos de democracia participativa a nivel municipal intentan periódicamente reintroducir la voz de los usuarios y los intereses de los residentes en sistemas que los habían excluido gradualmente. Pero existe una necesidad real de educación en democracia, en arbitrajes complejos entre intereses contradictorios, confrontaciones de opiniones y preferencias.

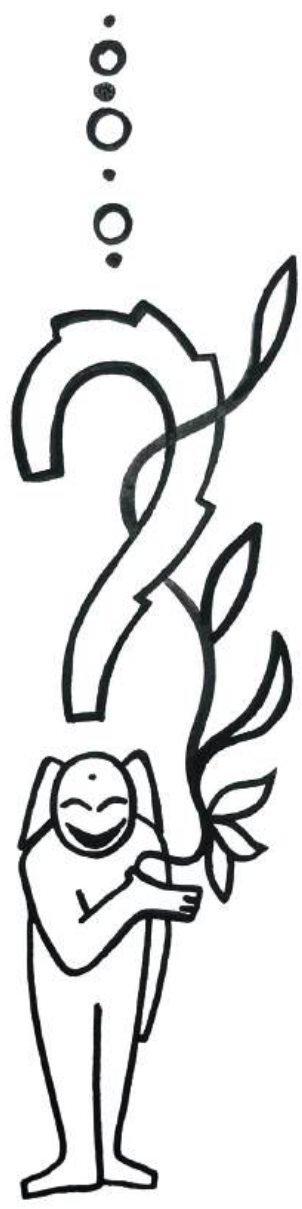
Al introducir la representación generacional en el proceso, en forma de consejos infantiles municipales, departamentales o incluso regionales, y por qué no una asamblea nacional de niños, mataríamos dos pájaros de un tiro. Por un lado, este ejercicio de representatividad de los diferentes niveles de poder contribuiría a la educación política y democrática de los jóvenes, evitando el desconocimiento de los adultos en los que se convertirán. Gestionar, en nombre de la infancia, las prioridades de un presupuesto local o nacional entre movilidad, ocio, vivienda, etc. Sería muy educativo.

Por otro lado, fortalecería la educación sobre la comunidad política, particularmente descuidada en nuestras escuelas, donde por muchas razones, buenas y no tan buenas, sólo una pequeña

minoría de maestros y líderes escolares se toman en serio las elecciones de los representantes de clase y de los estudiantes. Por eso me digo que deberíamos generalizar la obligación de crear consejos infantiles, quizás organizados por grupos de edad, ya que no trabajamos del mismo modo a los cinco, a los diez o a los quince años. Los belgas, acostumbrados a una práctica democrática muy descentralizada, acogen con satisfacción este tipo de consejos desde hace una década a nivel local, en aplicación directa de las recomendaciones del CIDE.

Aprender sobre democracia no se limita a clases de educación cívica o a ejercer su derecho al voto. Es sobre todo una experiencia, una experiencia vivida, un acercamiento a la vida en común.









## II. PADRES, PERO CIUDADANOS

### ***Aprendizaje, familias y valores***

Si los niños son sujetos políticos, los padres también lo son, obviamente. Antes de asumir el papel de educadores de sus descendientes, los padres son ante todo residentes de la ciudad, ciudadanos, votantes y a veces, funcionarios electos. Todos están registrados y llevan una determinada visión del mundo, de la sociedad, del sentido de la vida.

Por otro lado, las realidades cotidianas de la paternidad, agotadoras para las familias que deben gestionar simultáneamente su vida profesional, familiar y personal, conducen a menudo a reajustes de sus prioridades. “Antes tenía principios, ahora tengo hijos”, bromea algunos.

La consecuencia de este nuevo estado se traduce básicamente en dos modificaciones profundas, a la vez contradictorias y complementarias: por un lado, un cierto distanciamiento respecto de los desafíos de la vida de la Ciudad – por falta de tiempo o de energía, lo que confirma empíricamente el trabajo de Hirschman sobre los ciclos de compromiso. Pero, por otro lado, también hay una atención renovada e incluso mayor a numerosas cuestiones que antes eran menos destacadas o menos concretas para ellos. De repente, la comida, la salud, el medio ambiente, la ciudad se convierten en cuestiones centrales, incluso existenciales, para estos padres que evidentemente quieren lo mejor para los pequeños seres de los que son responsables: qué productos, qué cuidados médicos, qué hábitat, qué juguetes, qué aficiones, qué escuela, qué equilibrio entre libertad y restricción, etc. Las encuestas lo subrayan: es, por ejemplo, con el nacimiento del primer hijo cuando ciertas conciencias ecológicas pueden cristalizar, en particular en la elección de los

alimentos o de las marcas de pañales, o en la decisión de abandonar un entorno urbano demasiado contaminado.

Un estudio del GECE para el sitio [faireparterrie.fr](http://faireparterrie.fr) de 2019 mostró, por ejemplo, la preocupación del 78% de los padres que piensan que la generación de sus hijos vivirá peor que la suya. Una abrumadora mayoría de ellos apoya y fomenta el papel de la escuela en la transmisión de valores ecociudadanos. En cuanto a los niños, demuestran una ya aguda conciencia de los problemas y se declaran en un 84% dispuestos a cambiar sus patrones de consumo. Pero para otras familias, es también precisamente en el momento del nacimiento cuando ciertas opciones de consumo responsable, revelan sus verdaderos costes, en términos de dinero o de energía gastada, como los pañales lavables, los alimentos orgánicos, transporte de bicicletas, etc.

### ***Padres y política***

Entre las promesas de mi mandato, hice del acceso a las instituciones y el despertar de la conciencia política prioridades para la acción. Además de las clásicas sesiones de visita de la Asamblea por parte de escuelas o grupos, también quería ofrecer a los ciudadanos una experiencia política cercana a estas “conferencias de ciudadanos” que hemos visto cada vez más en los últimos años en Francia y en Europa. El principio es poner a los ciudadanos voluntarios en las condiciones del legislador, sensibilizarlos sobre las diferentes cuestiones de un tema y conducirlos a desarrollar un enfoque, proponer soluciones y arbitrar elecciones.

Con mi equipo elegimos realizar este experimento sobre el tema de la tecnología digital y su impacto en nuestros hijos. Además de estar en el centro de muchas preguntas y ansiedades de los padres, es una cuestión fundamental y urgente que reor-

ganiza todas las cartas de la educación, el trabajo, la democracia, la salud, el conocimiento, la economía, etc. Así, con ocho de mis colegas de la Comisión de Asuntos Culturales y Educativos, de todas las tendencias políticas (excepto RN) presentes en la Asamblea, lanzamos una invitación a los habitantes de nuestras respectivas circunscripciones para que vinieran a trabajar en una asamblea ciudadana sobre regulación de la pantalla de políticas. Seleccionados al azar entre los voluntarios, con paridad de género y representación más o menos organizada según la edad para tener así representado casi todo el espectro, padres, estudiantes, estudiantes de secundaria, abuelos, se encontraron dentro de la Asamblea para reunirse con expertos en diferentes aspectos del tema. Desde la salud hasta las tecnologías, pasando por los medios de comunicación y las cuestiones económicas.



Vinieron como estaban. Con sus prejuicios, sus valores, sus conocimientos, su ignorancia, sus preocupaciones, sus esperanzas, sus ganas de comprender. Se enfrentaron a un discurso experto, que corresponde al canon de las personas habitualmente entrevistadas en la Asamblea Nacional. Pudieron escucharlos, cuestionarlos y así desarrollar sus propios pensamientos. Durante seis

sesiones, debatieron y reflexionaron juntos para identificar propuestas, requisitos y expectativas. Los que procedían de mi circunscripción incluso llevaron a cabo un notable trabajo de síntesis y elaboraron un cuestionario dirigido a otros ciudadanos del distrito electoral. Podemos decir que han aprovechado plenamente la cuestión y esta oportunidad de hacer política de otra manera.

Lo más importante es esto: pudieron así formar una conciencia política sobre las cuestiones relacionadas con esta cuestión. Porque en este proceso, independientemente del resultado institucional, mi principal objetivo es permitir que los ciudadanos se reapropien de la herramienta política. Esto es algo que me llama la atención y que ha alimentado durante mucho tiempo mi compromiso en el seno de la sociedad civil, al servicio de la representación de los padres de los estudiantes: ellos, en cuestiones que conciernen a sus hijos, con demasiada frecuencia se ven desposeídos de sus capacidades políticas, de su ciudadanía, de su soberanía de hecho. Ciertamente, como votantes dan preferencia a un presidente y eligen a su diputado cada cinco años. Pero las políticas educativas rara vez son centrales en los programas, y no necesariamente suficientes para inclinar la balanza a favor de tal o cual candidato. Además, cuando participan en la campaña, a menudo es sobre los recursos de la Educación Nacional y las condiciones laborales del personal, como fue el caso en 2022 en torno a los salarios de los docentes.

Mientras tanto, los padres realmente no tienen voz ni voto. Sin embargo, durante los cinco años que dura el ciclo electoral, sus hijos crecen y evolucionan encontrando tal o cual dificultad. O los problemas y sus perspectivas ya no son los mismos: la familia ha crecido o se ha mudado, la transición a la escuela media o secundaria no ha sido fácil, o las condiciones de aprendizaje en el centro han cambiado... En resumen, la vida continúa. Además, los ciclos educativos son todos más cortos que los mandatos.

Sin embargo, en el sistema actual los padres están obligados a cumplir y ser parte de un proceso institucional que se decide y desarrolla sin ellos. Se sientan, o más bien están representados, en algunos órganos consultivos nacionales, como el Consejo Superior de Educación a nivel nacional o los consejos antiacadémicos académicos y departamentales a nivel regional. También forman parte a nivel local de los consejos escolares, de los consejos de administración escolar y de los consejos de clase. Pero a pesar de las leyes que afirman los principios de la educación mixta, como la de 2013, su lugar en el sistema educativo es incierto y marginal.

Con demasiada frecuencia, sus medios de acción se limitan a su capacidad de molestia colectiva o a su campo de especialización individual. A menudo he observado una especie de competencia estéril entre el poder de molestar o el poder de la inteligencia. Pero ya sea para responder a sus demandas (como, por ejemplo, opciones presupuestarias que permiten reducir el número de clases) o para tener en cuenta sus sugerencias técnicas, el sistema educativo nunca considera a los padres como actores de pleno derecho de la Educación Nacional. Además, la retroalimentación de las partes interesadas en la institución educativa destaca las dificultades persistentes para entablar un diálogo y establecer prácticas de cooperación con todos los padres, particularmente en vecindarios de clase trabajadora donde la continuidad y reciprocidad esperadas no siempre ocurren. Por otro lado, cuando los padres realmente quieren interesarse por las políticas educativas, se sienten marginados por una institución que les dice al unísono, desde el Ministerio hasta los sindicatos, que realmente no les corresponde. Para aumentar la frustración por la impotencia, las federaciones de padres que tienen la tarea de hablar son cada vez menos representativas del compromiso de sus miembros en la vida de la escuela de sus hijos.

Este formato político del “Foro Pantalla” ilustra mi forma de trabajar y concebir mi mandato, intentando abrir campos a personas que naturalmente no tienen acceso a las instituciones y pueden sentir las distantes o herméticas. Se trata de reconectar a los padres, y más generalmente a los habitantes de un territorio, con su ciudadanía y con su papel político.

### ***Repolitizar la educación***

Por lo tanto, esta experiencia habrá sido una forma útil de repolitizar a los ciudadanos, incluidos muchos padres, y de reconectarlos con la dimensión política de su misión. En primer lugar, esto implica hacer un balance de las dificultades que enfrentan como padres. La cuestión que se plantea aquí es la de la continuidad entre el problema de los niños y el problema de sus antepasados. Porque incluso como sujetos de igual dignidad, no tienen ni el mismo papel ni la misma responsabilidad.

El tema sobre el cual tuvo lugar esta repolitización es central y a menudo se malinterpreta porque se considera una simple cuestión de técnica o elección de herramientas, cuando se trata de una cuestión de elección de civilización. Porque ninguna tecnología queda sin efecto sobre sus usuarios. La imprenta ha revolucionado nuestra relación con el conocimiento, nuestra educación, nuestro espacio público y nuestros regímenes políticos. El coche individual ha transformado nuestra visión de la movilidad, la forma de nuestras ciudades, nuestra idea de libertad, nuestra percepción del espacio y nuestros tejidos industriales. La televisión ha cambiado nuestras relaciones sociales, nuestras relaciones familiares, nuestra relación con la cultura y la política.

Lo mismo ocurre con lo digital. En nuestra vida cotidiana ultraconectada, donde los teléfonos inteligentes, el teletrabajo y los sitios de streaming monopolizan nuestra atención y ocupan nuestro

tiempo de trabajo y ocio, el papel de las pantallas y la tecnología digital se ha convertido en una de estas cuestiones existenciales y centrales. Según un estudio publicado por Santé publique France en la primavera de 2023, el tiempo que los niños pasan frente a las pantallas ha aumentado en los últimos años: un niño de dos años ya pasa una media de 56 minutos frente a una pantalla cada día. Una media que aumenta hasta 1h34 para los niños de cinco años y medio. Y sigue creciendo con la edad.



Esta tendencia se ha acentuado aún más desde la crisis sanitaria y las medidas de confinamiento que nos han dejado a la mayoría de nosotros bajo arresto domiciliario detrás de nuestros ordenadores con la esperanza de seguir trabajando, estudiando o estando en contacto con nuestros seres queridos. Además, todos los estudios de salud pública han subrayado desde hace tres años los impresionantes daños de este período para el equilibrio mental y la salud de los niños. Especialmente para las familias más vulnerables. Otro estudio, de Santé Publique France de enero

de 2022, también destacó una clara división social. Los niños y adolescentes de familias más pobres, con condiciones de vida más difíciles y en situación de aislamiento social sintieron en realidad más malestar psicológico.

Además de los efectos directos de una persona enferma a tu alrededor, la falta de actividades, el aumento del tiempo pasado en redes sociales y pantallas, la sensación de estar abrumado por el trabajo escolar fueron factores también asociados con esta angustia.

En términos más generales, la forma en que abordamos las pantallas y el lugar de la tecnología digital en la vida familiar y en la educación de los niños es uno de esos temas que está cambiando los hábitos de los adultos que se han convertido en padres. Las herramientas y pantallas digitales están rompiendo los códigos educativos a los que los padres estábamos acostumbrados y que podíamos dominar. Además, nuestro uso diario de las pantallas muchas veces entra en conflicto con aquellos que eventualmente nos gustaría que nuestros hijos adoptaran.

El ámbito de actuación es crucial. Evidentemente, se trata de un problema de salud para los niños, cuyo desarrollo de las capacidades cognitivas, de atención y reflexividad, del comportamiento y de la sociabilidad se ven fuertemente afectados. También es una cuestión de calidad relacional para las familias que ya están sujetas a dificultades cotidianas —especialmente después de la pandemia— y que atraviesan las inevitables pruebas de la vida. Además, el psicoanalista y experto del Consejo Nacional Digital, Serge Tisseron, siempre lo subraya en las primeras palabras de sus intervenciones: los padres también deben cuestionar sus prácticas con el teléfono inteligente y las pantallas antes de mirar las de sus hijos. De repente, todos somos llamados, individual y colectivamente, a repensar fundamentalmente nuestra relación con nuestros hijos y nuestra relación con el resto de la ciudad. Omnipresentes y pla-



gadas de consecuencias, las herramientas digitales requieren que los padres desarrollen una visión política de su uso. Más allá de simples recomendaciones prácticas.

Hay varias lecciones importantes de este experimento político en torno a las pantallas. Lo más importante, pero volveré a ello más adelante, es la novedad radical del mundo al que nos ha arrojado a toda la tecnología digital. Antes de eso, hay que recordar una primera lección inmediata y esencial: los padres desempeñan un papel eminentemente político en su forma de educar. En sus elecciones, en sus preferencias, también en sus abstenciones, los padres son parte de la ciudad. Se den cuenta o no, educan políticamente a sus hijos. Esta educación se lleva a cabo dentro de un sistema de valores filosóficos, religiosos o culturales. Todos y cada uno de nosotros somos parte de un sistema de pensamiento. Y una cierta visión del mundo y de la sociedad.

Burgueses o populares, conservadores o progresistas, nuestros valores responden a tradiciones familiares, lecturas o experiencias personales, elecciones conscientes o atavismos reflejos. Vemos su manifestación en comportamientos cotidianos simples, como la cortesía, la higiene, los buenos modales o la falta de ellos. O en códigos de conducta social, formas de comer, prioridades de consumo, definición del éxito, estudios elegidos y cursos de vida.

¿Qué significa realmente ser padre? Tres misiones: proteger, transmitir y guiar. Cada vez en amor por nuestros hijos porque es un deber especial que se cumple en amor. Proteger es obvio. Se trata de proteger la integridad física de los niños contra la violencia, y especialmente la violencia familiar. También se trata de proteger la integridad psicológica, especialmente contra la violencia psicológica y simbólica muy real, como el acoso o las adicciones, violencia que puede transmitirse fácilmente a través de las redes sociales y los contenidos accesibles en Internet.

Aunque no siempre se insista lo suficiente en este aspecto fundamental de la responsabilidad parental, la dimensión política de este deber de protección se manifiesta plenamente cuando se utiliza indebidamente para promover prejuicios morales (negacionismo, homofobia, etc.) o intereses particulares (software de vigilancia, etc.) que no tienen nada que ver con el propio niño, sino con las preferencias ideológicas de los padres y su entorno cultural o familiar.

Transmitir es la segunda misión. También en esto es bastante obvio: transmitir vida primero en respuesta al doble llamado de la naturaleza y la sociedad que nos ordena perpetuar la especie y la civilización. Pero sobre todo transmitir los códigos que permitan integrarse en esta civilización. Julie Pagis y Wilfried Lignier en sus trabajos han destacado acertadamente el papel de la escuela como vector de identificación del mundo social y de sus códigos. De ahí la necesidad de integrar plenamente a los padres en el proceso escolar. Porque si son ellos quienes transmiten los valores, es la escuela la que permite a los alumnos identificarlos según el sistema social. La educación es política porque lleva consigo representaciones del mundo y la infancia.



DIBÚJAME  
UN  
FUTURO

Socializar, civilizar: en *Dibújame un futuro*, precisamente insistimos en la dimensión persistente de las representaciones de la infancia como un estado de naturaleza, precivilizacional. De hecho,

o el niño es percibido como un salvaje en el sentido negativo del término, al que hay que educar por la fuerza según las reglas de la sociedad, y que debe ser entrenado, si es necesario, mediante la violencia. O es un buen salvaje, un ser ingenuo y puro, aunque ignorante y tosco, que absolutamente debe ser civilizado para tener acceso a las cosas del espíritu y al refinamiento de la cultura. Esta doble polaridad de la educación como emancipación del salvajismo está en el corazón del modelo heredado de la educación de la Ilustración, tanto entre los pedagogos de la doma como Kant como entre los partidarios de la educación a través de la naturaleza y la vida como Rousseau.

Se trata, además, de una representación que creo, y he escrito, que es urgente eliminar para reconstruir la escuela republicana. También vemos las desviaciones más significativas en los acentos autoritarios del discurso paternalista adoptado por el presidente Macron sobre las escuelas y la educación, tras las revueltas urbanas del verano de 2023.

### ***Educar sobre las diferencias***

Es en el reconocimiento de las diferencias de perspectivas donde surge la difícil cuestión del pluralismo de nuestras sociedades liberales. El reconocimiento del niño como sujeto político supone, por tanto, que se le concede también una capacidad de divergencia con respecto a los valores y principios que sus padres podrían querer transmitirle.

En nuestras sociedades polarizadas, cada vez más radicalizadas por las redes sociales y una profunda crisis de significado, ya se ha vuelto complicado hacer valer las diferencias de opinión y la pluralidad de perspectivas entre los ciudadanos. Así, entre padres e hijos, el potencial de conflicto se multiplica aún más.

Tradicionalmente, el conflicto se manifiesta durante las crisis de la adolescencia, en el cuestionamiento de la autoridad y en la adopción de conductas más o menos radicales, desviadas, desafiantes y provocativas. Esto puede reflejarse en la ropa, los peinados, las joyas, los tatuajes y otros accesorios de apariencia utilizados para marcar rupturas y afirmar mensajes de independencia. Esto se refleja también en las prácticas: en la elección del fundamentalismo religioso, o por el contrario en el rechazo total de la fe familiar, o en un activismo político que rompe con los atavismos paternos. Elección de estudios, centros de interés, grupos de amigos: hay multitud de ámbitos para afirmar tu autonomía de pensamiento y la originalidad de tu personalidad. Por supuesto, también existe la experimentación con drogas legales o ilegales, posibles fugas... Finalmente, en casos extremos, esto también puede resultar en un comportamiento violento por parte del niño hacia sí mismo o hacia quienes lo rodean. También es un caso de libro de texto la suposición de una diferencia en la orientación sexual frente a los valores de los padres. Si las encuestas, incluido el Informe *LGBTIfobia 2023*, muestran que las familias han progresado en general en esta aceptación, los casos de rechazo, violencia y conflictos relacionados con la revelación de su orientación sexual por parte de los adolescentes siguen siendo recurrentes, dramáticos y demasiados.

¿Cómo podemos arbitrar cuando se rompe la continuidad política entre la forma en que los padres transmiten valores y la forma en que los hijos los reciben? Más concretamente, si el niño es un sujeto político, tiene por tanto la posibilidad de oponerse a las elecciones de los padres. Este primer tipo de conflicto entre generaciones es en cierto modo “diacrónico”. Trasciende el tiempo y aún con la intervención de la ley, sólo puede resolverse plenamente en la intimidad de las familias y de las relaciones humanas.

El otro tipo de conflicto es más directamente político, porque es “sincrónico”: es decir, entre familias e individuos que, en una

misma sociedad, reivindican valores antagónicos. Para ser concretos: ¿cómo podemos arbitrar en la Ciudad entre familias que piensan que la educación religiosa cristiana es necesaria, quienes quieren transmitir los valores de otra religión, quienes profesan su materialismo ateo o quienes defienden valores seculares?

Ésta es toda la historia de la escuela republicana en Francia, de la sociedad con pilares en Bélgica, de las lecciones de religión en Alemania, etc. Esta es también toda la misión de nuestras instituciones democráticas. En Francia, la escuela está en el centro de nuestro modelo republicano y de nuestro sentimiento nacional. Esta es la razón por la cual la “guerra escolar” entre la educación confesional privada y la educación pública resurge regularmente en el debate público, como en 1984 o 1994.

Es por esta razón que siempre he estado comprometido con el fortalecimiento y la reforma del servicio de educación pública y la necesidad de preservar la financiación para evitar las tentaciones del separatismo educativo. Entre mis luchas fundacionales está la defensa de nuestra escuela pública. Como padre preocupado por el futuro de nuestros hijos, pero también como ciudadano atento a la calidad de nuestros servicios públicos. Y sobre todo, finalmente, como republicano, apegado al principio de igualdad entre los territorios y sus habitantes y a la misión emancipadora universal de la educación.

Además, desde hace varios años observo con preocupación una clara tendencia hacia la privatización progresiva y discreta de las escuelas públicas. Como, por ejemplo, las consecuencias de la reforma Blanquer que hizo obligatoria la escolarización a partir de los 3 años y que había ampliado la financiación comunitaria a las escuelas privadas. En un contexto de presión constante y creciente sobre nuestras finanzas públicas, las débiles señales de comercialización de actividades de aprendizaje se suman a las fuertes señales de una desviación de los flujos de inversión hacia

el sector privado. El Tribunal de Cuentas, en un informe publicado en junio de 2023, también recordó enfáticamente que “la financiación proporcionada por el Estado a los establecimientos privados bajo contrato es preponderante en su modelo económico”.

Pero volvamos a los padres: educar a los hijos en un entorno basado en la fe es una elección política. Sin embargo, la elección de la educación privada no puede ser parte de la carga impuesta a toda la comunidad. Creo que este arbitraje entre valores educativos no debe ir en detrimento de la neutralidad del servicio público y de sus recursos. La elección de liberarse de él corresponde a cada familia en conciencia y respetando la voluntad del niño. Lo que se refiere al primer tipo de conflicto. Por lo tanto, la resolución política de posibles conflictos entre diferentes valores de los padres y entre los valores de los padres y la autonomía de los niños depende principalmente de la madurez del niño, más que de su edad. Aquí es donde se construye la emancipación. Y creo que hay que apoyar a las familias en el ejercicio de este derecho garantizado a los niños.

### ***En el laberinto de la realidad***

Básicamente, la verdadera gran dificultad política de la crianza de los hijos cristaliza en la última parte de la misión de los padres: guiar. Porque para guiarse se necesitan puntos de referencia. “Yo, en mi época...”, “trabajar bien en el colegio para tener un buen trabajo”, “aprobar primero el bachillerato, después harás lo que quieras”, “respetar las instituciones, las leyes, la autoridad, etc.” Ser joven y sobre todo permanecer en silencio: cuando los criterios clásicos, y a menudo conservadores, que salpicaban el discurso parental con todas estas certezas fijadas por el tiempo y la tradición familiar se ven perturbados por los cambios en la sociedad, en la economía, en el trabajo, en la escuela... la capacidad de los adultos para guiar a sus descendientes se desmorona, se desinte-

gra, desaparece. Acusamos, especialmente en los círculos conservadores o incluso reaccionarios, a la revolución cultural de mayo del 68 de haber deconstruido la autoridad paterna (un detalle importante, son los propios sesenta y ocho los que se han vuelto viejos y parecen arrepentirse de ese período), pero los cambios son mucho más profundos.



Cuando el desempleo masivo, la globalización, la sociedad del entretenimiento y el inter-yo sociológico han puesto en duda el discurso de la educación meritocrática.

Cuando la promesa republicana de igualdad de oportunidades esconde en realidad la estafa desesperada de una selección social que no pronuncia su nombre.

Cuando la democratización escolar no aligera el peso de los orígenes sociales. Y que la violencia simbólica del descenso social se combina fácilmente con la violencia física.

Cuando el desarraigo cultural destruye los hitos y las estructuras familiares de las poblaciones inmigrantes en los barrios de clase trabajadora.

Cuando la institución de aprendizaje y emancipación se convierte ante todo en una fábrica pobre, donde se fabrican el consentimiento y la sumisión social; cuando se convierte en una escuela de conformismo, diseñada para homogeneizar y secar el pensamiento a través de prácticas donde la exigencia de erudición es transmitida por los profesores para elevar a sus estudiantes a lo más alto en una escala burguesa de “Distinción”...

Cuando la sociedad abierta, la liberalización de la moral y el cosmopolitismo pusieron en duda el imperialismo cultural de la escuela republicana y la autoridad moral de las personas religiosas...

Cuando las prácticas digitales han trastocado las certezas educativas y los vínculos interpersonales...

Cuando grandes injusticias estructurales y conflictos lejanos e insolubles se unen hasta el punto de volverse constitutivos en las identidades globalizadas de los jóvenes de los barrios populares...

Cuando, desconcertados, muchos padres ya no saben qué decir a sus hijos, es en este terreno donde arraiga la infelicidad y se forman la desviación o la desesperación que alimenta el radicalismo y el fanatismo.

Este es el proceso que lleva a los jóvenes identitarios por el camino del activismo de extrema derecha. O el fundamentalismo religioso. La sensación de vacío y falta de sentido puede dar lugar a determinadas formas de nihilismo. Rechazando así los esquemas culturales esencialistas que ven en la radicalización del Islam la fuente de la violencia terrorista que ha ensangrentado Francia en los últimos años, el politólogo especializado en el Islam político Olivier Roy habla de una “islamización del radicalismo”. En *Jihad y Muerte*, explicó el radicalismo como una respuesta a la pérdida de significado general para los jóvenes desarraigados y angustiados frente al progreso de un mundo en el que no hay lugar para ellos.



La consternación de las madres cuyos hijos o hijas hubieran preferido unirse a un califato de sangre y horror en lugar de encontrar su lugar en su país de nacimiento es un testimonio conmovedor de la dificultad de los padres para responder a la misión de guía.

Pero un padre que no sabe guiar, en el fondo, ya no es padre. Es un progenitor.

La confrontación de los modelos tradicionales de cultura y valores con los códigos dominantes de la sociedad es fuente de confusión. O porque esta sociedad ha cambiado, por ejemplo, en términos de tolerancia hacia la violencia contra los niños y los valores transmitidos a través de bofetadas y castigos corporales. O porque la familia cambió la sociedad; en otras palabras, porque emigraron. En realidad, hoy, ante las crisis, los trastornos del mundo y los cambios en la sociedad, los padres desorientados pueden verse tentados a refugiarse en valores antiguos, ya sean religiosos o culturales.

Tomaré un ejemplo que se relaciona estrechamente con mi historia personal. La de la comunidad migrante latinoamericana en la que crecí. Al contrario de lo que puedan pensar especialistas y sociólogos de las redes sociales, los sudamericanos no usan ponchos a la hora de vestirse para la vida cotidiana. Tampoco tocan música de *El Gringo* en los cafés con flautas de Pan. Estos códigos de vestimenta, por el contrario, son los de los indios nativos, una población muy discriminada con la que no se les ocurriría querer identificarse. Sin embargo, si estas prendas se encuentran en comunidades de inmigrantes y de exiliados, junto con otras imágenes como camisetas que muestran la figura del Che y su aura mesiánica de guerrilla, es precisamente para marcar y reivindicar una diferencia aceptada y una pertenencia común. Revertir el estigma del exilio y, para algunos, el sentimiento de discriminación.

Además, observamos este fenómeno en otros contextos, con el florecimiento de vestimentas tradicionales más o menos investidas

de significados culturales, desde la abaya hasta las chilabas. Es un reflejo comunitario, como un amarre a algo conocido y marcado, que atestigua sobre todo las dificultades para definirse y orientarse.

En muchos aspectos, estos comportamientos adolescentes que despiertan el pánico moral de personas bien pensantes que sólo ven la república como blanca y cristiana, son sobre todo un signo del agotamiento de la capacidad política de los padres para guiar a sus hijos y darles las pautas. ¿Cómo se perdieron los padres de hoy? ¿Por qué estas generaciones que crecieron en Francia en una homogeneización de sus comportamientos a través del juego institucional se sienten ahora fuera de sintonía con sus propios hijos?

Hay muchas razones y dinámicas muy específicas para explicar esta evolución, pero también me gustaría destacar una que me parece que abarca todas las demás: Francia tiene dificultades con la diferencia. La sociedad francesa y en particular la cultura dominante, incluso cuando afirma ser abierta y tolerante, sigue siendo prisionera de su universalismo general: la única diferencia que acepta es el folclore.

Esto es a lo que su régimen republicano triunfante y su escuela redujeron las identidades regionales a principios del siglo XX.

Esto nos llevaría un poco lejos, pero creo que debemos enfatizarlo aquí: el rechazo de la diferencia y la exigencia de conformismo tienen las desafortunadas consecuencias de un mandato a la obediencia.

Es un proceso que, desde mínimas renuncias hasta discretas adhesiones, acaba desembocando en la aceptación del fascismo, y luego en el fascismo mismo, como muy bien describió el escritor italiano Alberto Moravia en su novela *El Conformista* de 1951.

## **El deber de entender el mundo**

Lo que nos devuelve a la escuela como nodo político. Porque esta cuestión de la integración se juega en códigos y prácticas integradas y transmitidas de generación en generación. Para los padres, especialmente aquellos que permanecen al margen de la sociedad francesa, ya sea que asistieron a ella como estudiantes o la descubrieron a través de los ojos de sus hijos, la escuela es su conexión política con Francia. Primer lugar de socialización en el que nuestros hijos evolucionan en contacto con la alteridad, la escuela es también el primer lugar “político” en sentido literal. Es el lugar donde la Ciudad cultiva su pasado, organiza su presente y prepara su futuro. De hecho, por eso la cuestión de la tecnología digital me parece tan crucial. Además de los avances sociales, los cambios tecnológicos han modificado considerablemente los equilibrios educativos. Antes ya existía la TDT (Televisión Digital Terrestre) y canales panorámicos globalizados que perpetuaban el contacto con las culturas originarias e interferían en el proceso de transmisión. Ahora también existen las herramientas digitales, las redes sociales, la inteligencia artificial, los algoritmos, las pantallas... todos estos cambios han modificado profundamente las misiones de proteger, transmitir y orientar a los padres.

Lo que noto, y que me han confirmado los testimonios de la experiencia del “Screen Citizen Forum”, es una especie de desorientación generalizada. Y una necesidad urgente de encontrar algunos puntos de referencia fijos y fiables.

“No todo el mundo tuvo la suerte de tener padres comunistas”... Esta ocurrencia, que dio título a una comedia cinematográfica de los años 1990, es en realidad muy sutil. Independientemente de lo que se piense sobre sus propuestas políticas y su ideología, el Partido Comunista asumió un papel estructurador social y cultural durante las décadas de posguerra. La transmisión

de valores y representaciones del mundo coherentes y articulados permitió a los niños encontrar su camino en la sociedad; ya sea que finalmente decidieran adoptarlos, rechazarlos o incorporarlos a otra síntesis personal, no importaba. Además, ya sea de la pluma del filósofo Didier Eribon en su *Regreso a Reims* (Ed. Fayard, 2009) en el seno de sus orígenes familiares populares y comunistas, o más en general en los análisis sociológicos del encuestador del “archipiélago francés”, Jérôme Fourquet, es en efecto la desaparición del PCF (y la disminución de la influencia de su homólogo, la Iglesia católica) lo que más ha contribuido a desorientar a las clases trabajadoras francesas, a menudo allanando el camino para la despolitización en el mejor de los casos y, en el peor, para un giro hacia la extrema derecha.

Entonces, cuando hablo de repolitización, son estos peligros contra los que quiero luchar. Contra la desesperación que conduce al descontento por la vida de la ciudad, o la ira que alimenta resentimientos o incluso odios que socavan la vida democrática y la tranquilidad pública. La autonomía intelectual y la capacidad de los padres para comprender el mundo en el que viven y el mundo en el que sus hijos se preparan para vivir son cuestiones políticas esenciales. Porque los padres deben entender cómo funciona la sociedad para poder asumir su misión de guiar a sus hijos. Tienes que entender el mundo. Y eso ya es jugar a la política. La repolitización de los padres requiere su capacidad de mirar conscientemente el mundo y sus problemas. Por eso insisto en el papel de educador del mundo político.





### III. ESCUELA DE POLÍTICA, POLÍTICA ESCOLAR

*Educar no es llenar jarrones sino encender fuegos.* – Montaigne

#### **Todos los estudiantes**

Si, como escribió Víctor Hugo, los profesores de escuela son “los jardineros de la inteligencia humana”, entonces debemos “convertirnos en los jardineros de nosotros mismos”. La educación es un asunto constante. En el fondo, incluso los adultos, también somos niños, es decir, parte de una continuidad, a la vez familiar, social, cultural, incluso cuando nuestros propios padres ya no están.

Nos formamos unos a otros, nos educamos unos a otros. En contacto con los demás, explica Bárbara Stiegler. En el trabajo, en el mundo del deporte, en las salidas culturales, en nuestras pasiones, en nuestras actividades personales y profesionales, aprendemos: gestos, técnicas, métodos, actitudes, cosas nuevas. Estamos aprendiendo constantemente.

Dejar de educarse es estar satisfecho con el lugar al que has llegado, renunciar a explorar el mundo y a ti mismo. Significa dejar de ser curioso, de estar en movimiento, de estar en progreso. Esto generalmente manifiesta una negativa al cambio, con las consecuencias públicas y privadas que ello implica: conservadurismo, egoísmo, agresividad, repliegue identitario, etc.

Esto es lo que más a menudo conduce al efecto “Dunning-Kruger”, esa actitud omnipresente en las redes sociales que alimenta el ruido del choque de certezas y hace que los “debates” en Twitter o Facebook sean totalmente tóxicos. Caracteriza a aquellos para quienes saber un poco sobre algo equivale a dominar el tema. Como decía el fallecido Coluche: “El problema de

los imbéciles es que no pueden darse cuenta, ya que estiman su inteligencia por sus capacidades limitadas” (la formulación original era menos educada).

Cuando aspiramos a una sociedad dinámica, inteligente y democráticamente madura, no podemos limitar las cuestiones educativas únicamente al sistema escolar. Se trata, por tanto, de facilitar y organizar el aprendizaje para todos, a lo largo de la vida, y no sólo por simples objetivos de formación profesional directiva.

Sin embargo, debemos reconocer que vivimos en un momento excepcional en la historia de la humanidad; en cualquier caso, en el estado actual de nuestro conocimiento histórico: el nivel general de educación y el conocimiento medio de los individuos es muy superior al promedio.

Primero en volumen y profundidad. Hoy en día, la investigación científica ha superado considerablemente los límites de lo que podemos saber y cada día profundiza el campo de nuestros descubrimientos, desde lo infinitamente grande hasta lo infinitamente pequeño.

Desde las galaxias hasta las partículas elementales, desde la potencia informática hasta las ciencias cognitivas, desde la física cuántica hasta los mecanismos de la vida, la cantidad y extensión del conocimiento científico se ha vuelto imposible de dominar para una sola mente.

Si a esto añadimos las ciencias humanas, es decir, la acumulación cada día más espesa de experiencia histórica, los volúmenes cada vez mayores de literatura mundial, el desarrollo de la investigación antropológica, la expansión de las artes, la acumulación casi escolástica de comentarios y el análisis académico... la capacidad de un solo individuo de abarcar la totalidad del conocimiento humano está completamente obsoleta.



La época de los eruditos universales como Pascal y de los enciclopedistas, como Diderot y d'Alembert, ha terminado. A menos que cedas al famoso efecto DunningKruger por haber ganado demasiada confianza en ti mismo, incluso cuando sabes mucho, también sabes que no sabes mucho. Esta es también la razón por la que podemos necesitar estas Bibliotecas abiertas permanentemente como Google o ChatGpt.

El otro aspecto de este aumento en el nivel de conocimiento general es que ahora es compartido. Los efectos de la democratización de la educación, la generalización de la educación a todos los niveles de la población, y ya no sólo a unas pocas clases privilegiadas o a las elites gobernantes y religiosas, han cambiado la faz de nuestras sociedades. Por supuesto, no todo el mundo hace estudios largos, pero nuestros sistemas escolares democratizados y masificados han permitido, a largo plazo, la educación en el pensamiento crítico individual, fundamental también para el buen funcionamiento de las instituciones representativas a partir de la participación ciudadana con la que cuentan.

### ***La Revolución Francesa no tuvo lugar***

A esto se suma el desarrollo de la gran biblioteca universal Wiki que hace accesible todo este conocimiento a cualquier internauta. No sólo conocimientos en bruto, hechos, imágenes, cifras y documentos. Pero también elementos de sistematización, artículos, divulgadores talentosos, cursos en línea, análisis compartidos, descifrados específicos. Las redes sociales también lo han hecho posible: cuestionando el monopolio del conocimiento en la sociedad.

Siempre podemos quejarnos, por ejemplo, ante los reaccionarios, de que “el nivel está bajando”, y debemos admitir que ciertas tendencias pueden resultar preocupantes. Pero estas posibles

regresiones no cambian nada: el acceso a la información y al conocimiento nunca ha sido tan sencillo y generalizado.

Aquí es precisamente donde radican las cuestiones democráticas vinculadas a la educación. En una simpática trilogía de novelas ucrónicas, el escritor Pierre Bordage imagina un mundo en el que la contra-revolución habría ganado. En esta proyección histórica, ningún régimen republicano ha sobrevivido a los movimientos de restauración reaccionarios del siglo posterior a la Revolución Francesa, los derechos humanos ya no son válidos y las desigualdades de nacimiento se reflejan primero en una prohibición estricta para que las clases trabajadoras y populares se eduquen, bajo pena de prisión o muerte. Porque aprender a leer y escribir, e incluso aritmética, se considera un medio de emancipación que no debería ser de libre acceso para los mendigos y otras poblaciones subordinadas.

Esta hermosa ilustración literaria del poder emancipador de la escuela descuida, por el bien de la trama, explicarnos cómo los descubrimientos tecnológicos modernos disponibles para los regímenes monárquicos fueron posibles en un acervo humano de conocimiento más restringido. Pero simplemente nos recuerda cómo el conocimiento y la educación conducen a pensar por uno mismo y, por tanto, a cuestionar el poder y, por tanto, a la revolución.

Sin embargo, a pesar de que la Revolución tuvo lugar en nuestra versión del universo, el modelo político del que somos herederos se ha mantenido como un modelo piramidal donde se ejerce el dominio de “los que saben”. Ciertamente, la democracia electiva ha cambiado la forma en que designamos y legitimamos la punta de la pirámide. A partir de ahora, la competencia por el poder pasa un poco menos por el ejercicio de la fuerza bruta o la prueba de nacimiento real, y un poco más por la elocuencia y la capacidad de convencer a las masas.

Aunque es evidente que la violencia, la superstición y el poder del dinero no han abandonado en absoluto la política moderna, el modelo de democracia representativa favorece a los “eruditos”. Expertos, científicos o intelectuales, son aquellos que saben: conocen el estado del mundo, la naturaleza de los problemas, qué soluciones son necesarias y cómo implementarlas. Saben lo que es bueno para nosotros.



Sobre el modelo de la escuela donde el maestro obtiene su legitimidad de la ignorancia de los estudiantes a su cargo, la política moderna también se ha construido sobre esta distinción: el gobernador es un maestro, cuya legitimidad se basa y arraiga en la ignorancia del pueblo. Un ejemplo elocuente de ello lo encontramos en los arrebatos insultantes de los Presidentes de la República en Francia, los “déjalo, pobre idiota”, los “desdentados” o esas “personas que encontramos que no son nada”. Expresiones lamentables, torpes y violentas que caracterizan el trato

despectivo hacia quienes no tienen diplomas, condenados a tareas menores en una sociedad que mantiene una verdadera ecuación entre mérito académico y mérito social.

“Fumadores de cigarrillos y conductores de Diesel”, soltó, lleno de desprecio, una antigua estrella de la macronie, burdo portavoz del gobierno en la época del mayor movimiento social que ha conocido Francia desde 1968. Más allá de la revuelta social, los chalecos amarillos también fueron una rebelión cultural. Relegados de la cultura dominante que se burla de su apariencia, de sus gustos y de sus actitudes -o, peor aún, pretende apreciarlos de lejos, con un aire paternalista de conmiseración sin tomarlos en serio, y los replantea en un “gran debate” amañado – la forma en que fueron considerados no sólo por el poder macronista y sus compinches, sino también por las fuerzas políticas de izquierda, dice mucho sobre la persistencia de las representaciones aristocráticas en la Francia republicana. Ya en 2010, el libro de investigación de Florence Aubenas, *Le Quai de Ouistreham* (Ed. L'Olivier, 2010) ofrecía una sorprendente ilustración de esta jerarquía cuando ella, a efectos de la investigación, se situó voluntariamente en el “fondo de la escala”, según la expresión de la agencia temporal que designa su edad, sexo y nivel de educación.

### **Los eruditos y el político**

Por supuesto, los chalecos amarillos no tienen premio Nobel. Pero en la era de la educación general y de la Internet global, si bien es evidente que no todo el mundo es “educado”, todos ellos y nosotros somos “conocedores”. Incluso los más ignorantes entre nosotros. Sin embargo, es en esta difusión del conocimiento donde tiene lugar el desafío al monopolio de las elites políticas sobre el conocimiento. Con consecuencias muy profundas y muy variables. Es bueno recordar aquí las lecciones del filósofo Michel Foucault sobre los estrechos vínculos entre conocimiento y po-

der. En la base de esta relación, el poder da forma al conocimiento controlando el acceso y la sanción. Mientras que el conocimiento legitima el poder. Pero lo más importante, nos enseña Foucault, es que el conocimiento no es neutral, sino una construcción social. En la interacción entre ambos, las instituciones ejercen el “poder disciplinario” a través de la vigilancia y estandarización del conocimiento. Sin embargo, hay resistencia. Comprender esta relación y estas resistencias es crucial para un enfoque crítico del conocimiento y para desafiar las estructuras de poder opresivas.

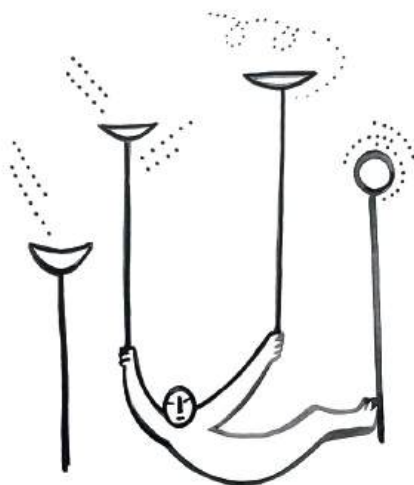
Para aquellos sobre quienes se ejerce el poder, el conocimiento de las “cosas ocultas” es una fuente valiosa para derribar la relación de dominación. Incluso si puede ser inútil oponernos a fuerzas que no podemos derrotar, hacerles saber que las vemos y que hemos comprendido sus intenciones y acciones nos permite recuperar la ventaja. Desde la revolución de Solón en los primeros días de la Atenas democrática, hace veintiséis siglos, la transparencia de los poderes y la publicidad de las leyes han sido la base de la democracia. Pero la tentación de quienes están en el poder de evadir los desafíos defendiendo un conocimiento exclusivo se ha extendido por siglos. El modelo del soberano que actúa por el bien del pueblo sin su conocimiento ha mutado, pero no desaparecido.

Es a la silenciosa sombra de estas preguntas y de la falta de respuestas que provocan en quienes están en el poder donde se desarrolla y florece el razonamiento conspirativo. Porque antes de ser un delirio paranoico sobre la CIA y el I I-S, el Estado Profundo y QAnon, las élites pedo-satanistas bebedoras de adrenocromo, los oscuros planes de George Soros o el Gran Reset del Foro Económico Mundial, siempre hay simples preguntas.

Al comienzo de cada acercamiento conspirativo, primero hay un ciudadano que hace preguntas. Y quién decide no confiar únicamente en la palabra de las autoridades públicas. Y encuentro que,

a pesar de todos los excesos y de las conclusiones descabelladas, incluso peligrosas o impactantes, a las que dan lugar, estas cuestiones son signos de salud democrática.

Siempre es mejor vivir en una sociedad cuyos ciudadanos hacen y hacen preguntas, que en una sociedad que nunca cuestiona la comunicación de las instituciones y las multinacionales. A pesar de lo que a las autoridades públicas y a sus organismos de control de los medios les gustaría creer, los denunciantes no son necesariamente teóricos de la conspiración.



Pero lo contrario también es cierto: los teóricos de la conspiración no son necesariamente denunciantes. La conciencia ciudadana tiene un coste. La profunda crisis de confianza en las instituciones que vivimos desde hace una década surge del encuentro entre los éxitos de la democratización de la educación y el cambio que la tecnología digital está introduciendo en nuestra forma de vivir la democracia. La desinformación clásica y las noticias falsas,

este simple eufemismo que reúne fenómenos de rumores, propaganda manipuladora y mentiras descaradas, abundan en las redes sociales como bacterias en un caldo de cultivo y contaminan todo el espacio público.

Entre las mentiras estatales, el giro de la comunicación política y los mil y un matices del escepticismo ciudadano, ya no creemos colectivamente en la palabra de autoridad. Cuestionamos las instituciones y los poderes. Es arriesgado, pero potencialmente beneficioso.

### **Pastores y ovejas**

El descrédito del discurso público y de la legitimidad de la clase política es profundo. También es peligroso para nuestros equilibrios democráticos. Pero en lugar de denigrar sin matices y por reflejo cualquier protesta popular descalificándola inmediatamente con una doble acusación de “conspiración” y “populismo”, esta situación debe cuestionar a todos los actores públicos. Y en particular los que están en política. ¿Cuál es su papel? ¿Cuál es nuestro papel como políticos? ¿Para qué estamos nosotros que hemos decidido pedir a nuestros conciudadanos que nos elijan para representarlos?

En Francia, la producción de personal político siempre ha tenido lugar en los rincones más o menos accesibles de las escuelas de élite. Normaliens, centraliens, polytechniciens y luego enarques en el período de posguerra, estos hombres (especialmente) políticos representaban autoridades morales e intelectuales. Los “heritócratas”, según la fórmula del historiador de las grandes escuelas Paul Pasquali, eran la quintaesencia de la democracia representativa, los depositarios del conocimiento, decisiones catastróficas para el clima, la biodiversidad o la salud, o que ceden ante pánicos morales populistas.

En muchos aspectos, las dificultades de los principales centros de la intelectualidad francesa para integrar la realidad de la ecología y sus exigencias científicas o incluso la evolución civilizatoria que representa la tecnología digital, son sintomáticas de esta brecha. Los funcionarios electos, los altos funcionarios, los jefes que se resisten a la ecología como los líderes que distribuyen tabletas pensando en reducir la brecha digital no son, sin embargo, imbéciles. Posiblemente sean cínicos o inconscientes. Pero son, ante todo, producto de nuestra ceguera colectiva, de nuestros puntos ciegos educativos, de nuestra incapacidad para abarcar todas las facetas de la realidad. El mundo en el que debemos evolucionar colectivamente se ha vuelto demasiado complejo para explicarlo con una sola palabra.



Básicamente, para mantener la imagen bíblica del rebaño de fieles guiados por el pastor hacia la salvación, ¡hay un problema de GPS! Las ovejas no saben adónde van, pero los pastores tampoco. Aunque desconfían de ello, los políticos se han alineado. Deben reconocer cuánto se han convertido en parte del grupo. Desafortunadamente, no están preparados para reconocerlo, y tampoco lo está el electorado. Porque todo nuestro sistema políti-



co y mediático está profundamente moldeado por esta fantasía del líder omnisciente, profeta de los dioses o de la historia, que cruza el Mar Rojo y nos conduce a la Tierra Prometida donde fluyen la miel y la leche. En los medios, en las revistas, en las redes sociales, en el fondo de nuestras mentes, seguimos siendo adictos a la realeza divina, a los sanadores soberanos, a los superhéroes con poderes superiores a los de la gente común, a los genios que encontrarán soluciones tecnológicas a todos los grandes problemas civilizatorios.

Sin embargo, independientemente de lo que piensen nuestros actuales gurús políticos y sus enamorados discípulos, el tiempo de los salvadores y mesías ha terminado. Ésta es una de las razones profundas de la actual crisis política: la consternación ante la magnitud de los problemas y la conciencia generalizada, a pesar de las esperanzas en contrario, de que ya nadie es capaz de resolverlos.

### **Parlamentos públicos**

Quienes comprendieron más rápidamente que ya no era posible esperar la salvación de una autoridad o de un héroe son precisamente los actores del actual juego político. Desilusionados o hipócritas, fingen creer que tienen las soluciones y, más a menudo, confían en sus habilidades de comunicación para hacer creer a la gente que efectivamente las tienen. El juego de la representación se está volviendo cada vez más vacío.

Abstención, populismo, clientelismo: durante décadas, la brecha entre sociedad y política ha seguido ampliándose. El divorcio democrático es profundo entre lógicas partidistas completamente desarraigadas que operan en la superficie y una sociedad activa, diversa y creativa, pero sin ilusiones sobre la naturaleza y las formas de poder ejercidas sobre ella. Los partidos políticos de ayer eran verdaderos

lugares de socialización y conocimiento de la ciudad. Pero hoy en día suelen verse reducidos a estructuras aisladas de la sociedad, esterilizadas por lógicas estrictas de conquista del poder, incapaces de pensar y apoyar el cambio social, y menos aún de contribuir a él.

Partido de masas corporalizado o vanguardia ilustrada de revoluciones, rojo, verde, blanco: ese es el mundo de ayer. La de la revolución industrial y los partidos concebidos como máquinas incorpóreas, sin otro objeto que el poder. Al igual que los equipos de Fórmula 1, estos hermosos mecanismos políticos pueden ser muy sofisticados y tener grandes carreras entre sí, pero siempre dan vueltas en círculos en el mismo circuito, con cada vez menos espectadores y una huella de carbono desastrosa.

Desde mi experiencia, tanto dentro como fuera de las instituciones y del campo político contemporáneo, observo que en realidad funciona demasiado como un negocio competitivo, donde todos luchan por su participación en el mercado. Y donde los votantes se comportan como compradores en los pasillos de un supermercado.

Las estrategias de los aparatos partidistas o de los empresarios políticos son similares a las competiciones deportivas o económicas. Además, la política misma está marcada por este vocabulario del campo de batalla, compuesto de victorias y derrotas. Podemos cogerle gusto al juego, apreciar las respectivas actuaciones o resignarnos a él, por cinismo o realismo, creyendo que el estado actual del mundo no permite nada más. Pero debemos tener la lucidez para ver la discrepancia con las aspiraciones profundas de las personas y las necesidades urgentes de la sociedad.

La institucionalización de la política es quizás inevitable; en cualquier caso, es la causa principal de esta brecha que provoca disgusto y distanciamiento. Entonces, ¿cómo salir de este impasse? Estoy convencido de que los recursos no están ni en las mentes autoproclamadas “brillantes”, ni en el carisma adulterado de los

deportistas de programas de televisión, ni en el uso de porras por parte de las autoridades policiales para alinear a todos.

Los recursos están en lo que llamamos “sociedad civil”. No sólo las ONG y las grandes organizaciones establecidas, sino la sociedad en su conjunto y su diversidad. Es decir, gente común, comprometida con la Ciudad, con sus fortalezas, su entusiasmo, sus conocimientos, su experiencia, sus valores, sus sueños, sus aspiraciones, sus límites. Somos todos nosotros quienes podemos escribir juntos el próximo capítulo de la historia de la democracia. Porque a diferencia de las dictaduras etnoculturales con las que sueñan los nostálgicos de las órdenes negras, o del totalitarismo digital que preparan las elites transhumanistas, lo que viene después de la democracia representativa es la democracia deliberativa.

Para ser “deliberativo” es necesario un cambio radical de método. Cuando estaba en FCPE (Federación del Consejo de Padres y Alumnos), trabajé duro para asegurar que adoptáramos colectivamente prácticas de coproducción. Incluir a todos los actores desde el primer momento en nuestras reflexiones y en el establecimiento de nuestras posiciones sobre las políticas educativas. Confrontar las palabras y perspectivas de representantes de estudiantes de secundaria, docentes, personal educativo y padres de familia. Convocar experiencia para alimentar la reflexión. Desarrollar representaciones.

Creo mucho en el poder del discurso y la deliberación. Veo, día tras día, y más aún dentro de nuestras instituciones que se rigen por esta lógica, los fracasos del pensamiento en términos de mayoría/minoría. Es una división artificial y sobre todo conlleva violencia y dominación. El voto mayoritario, al designar a una minoría, mantiene un sentimiento de aplastamiento si la minoría es débil o de injusticia si es fuerte. Ciertamente, el voto permite tomar una decisión eficaz en el momento, pero de ningún modo puede considerarse la última

palabra sobre una situación, especialmente para establecer una posición moral o una visión del mundo. No votamos sobre hechos o valores, por ejemplo. Y sucede muy a menudo que podemos tener razón, solos contra todos, como Galileo.

Sin embargo, el consenso no tiene nada de natural ni espontáneo. Es un trabajo. En Irlanda, modelo en su género en los últimos años, fue necesario trabajar en profundidad y durante varios meses durante las “conferencias de consenso” para superar las últimas resistencias al progreso en los derechos de las mujeres o de los homosexuales. La multiplicidad de perspectivas y nuestras subjetividades personales hacen improbable la expresión de una voluntad general. Los resultados electorales en toda Europa muestran esta diversidad irreductible de enfoques con electorados muy fragmentados y mayorías políticas imposibles de formar.

El desafío es precisamente encontrar formas de superar la disensión. Es volver al corazón de la democracia. Porque la democracia es por excelencia el régimen de la alteridad, es decir, del reconocimiento del otro como igual en dignidad y libertad. Es el régimen para la resolución de conflictos que no sea por la fuerza, o cualquier otra manifestación de dominación (dinero, ciencia, seducción, etc.).

En nuestra cultura política absolutista y mayoritaria, el consenso tiene mala reputación. Al igual que el compromiso que imaginamos como compromiso, el consenso se entiende como una convergencia suave, una falta de convicción, una ausencia de radicalidad. También se confunde con la unanimidad, esta manifestación totalitaria de la abolición de la diferencia. Pero es una ilusión óptica. El consenso no conduce necesariamente a que haya ofertas más bajas ni a contratiempos. Sobre todo, produce consentimiento. Es la aceptación de adherirse a una opinión diferente a la propia. Consensuar es aceptar hacer nuestros propios pensamientos,

reflexiones, conclusiones de las que nos mantuvimos al margen antes de debatirlas. Por tanto, debemos aceptar el largo debate, la “palabra”, como la llama el psicoanalista Jean-Marc Dupeu. Lo que precisa que “el consenso no se refiere a la teoría, sino a la estrategia, o incluso más modestamente a la táctica”. En última instancia, lo que permite el consenso es la acción colectiva. Lo que necesitamos desesperadamente hoy.

Pero para ello debemos salir de los hemiciclos de las instituciones, de las aulas de las universidades, de los laboratorios de los centros de investigación, de las oficinas de las empresas, sobre todo, de nuestras propias certezas de convicción.



También se confunde con la unanimidad, esta manifestación totalitaria de la abolición de la diferencia. Pero es una ilusión óptica. El consenso no conduce necesariamente a que haya ofertas más bajas ni a contratiempos. Produce principalmente poner a todos en el mismo nivel de información, compartiendo la experiencia y

el conocimiento de algunos con el resto, asegurando que nadie tenga el monopolio de la información y los problemas. Y luego habilitamos un espacio de discusión y encuentro de opuestos.

Éste es el objetivo de las reuniones públicas que organizamos con mi equipo en la circunscripción de la que soy diputado. El material, muy sencillo, consta de unas tablas precortadas de modo que su montaje crea gradas sólidas con capacidad para albergar a varias decenas de ciudadanos. Sus creadores, descendientes de eslovenos, los llaman “Parlamentos Públicos”. En esta ágora móvil podemos debatir con total libertad de expresión sobre temas de primordial importancia para las personas: vivienda, alimentación, energía, educación, reforma de las pensiones, según los acontecimientos actuales y las prioridades colectivas.

La idea es permitir que las personas que se enfrentan a una dificultad inventen soluciones juntas para resolver sus propios problemas y actúen colectivamente. Porque estoy convencido de que tienen los medios y las capacidades, y no necesitan necesariamente una solución inventada en el ministerio.

### ***Nuevo personal político***

Reuniones físicas para una conversación entre ciudadanos: el sistema no es revolucionario. Sobre todo, es sencillo y práctico. No hay mucho de original en estas ágoras públicas. Además, no pretendo haberlo entendido todo ni haber reinventado la democracia. Pero, por el contrario, creo que estas experiencias representan un retorno a la esencia de la democracia. Rousseau ya lo dijo en el *Contrato social*: la democracia representativa es una forma distorsionada de democracia. Pero también añadió que para ser verdaderamente democráticos necesitaríamos tal perfección en virtudes y cualidades que sería inhumano.

*“Para tomar el término en sentido estricto, nunca ha habido una verdadera democracia y nunca la habrá. Va contra el orden natural que muchos gobiernen y unos pocos sean gobernados.” Y agregó, además: “Si hubiera un pueblo de dioses, se gobernarían democráticamente. Un gobierno tan perfecto no es adecuado para los hombres.”*

Creo que nuestro deber es desmentir a Rousseau. De hecho, lo que debemos extraer de esta observación algo desesperada es que la democracia presupone virtudes particulares. Por lo tanto, esto requiere otra formación de nuestro personal político.

Ésta es la primera condición: ponerse al mismo nivel, física y personalmente, que el otro. Lo digo muchas veces, hay que ser social o culturalmente parte de aquellos cuya voz dices hablar. Porque es necesario haber experimentado en carne propia ciertas inquietudes, ciertas esperanzas, ciertas limitaciones para poder compartir y comprender las de los demás. Los límites de la representatividad actual de los políticos son constantemente subrayados por las encuestas sociológicas. Las encuestas de opinión también ponen de relieve la sensación de no estar representados o de estar mal representados.

Pero incluso si es cierto que más clases trabajadoras, mujeres, personas racializadas y otras categorías que sufren de las instituciones, podrían hacernos bien democráticamente, creo que las cuestiones van mucho más allá. Lo que necesitamos es que la sociedad civil pueda entrar literalmente en la arena política sin tener que pasar necesariamente por los ladrones caudalosos y mutiladores de los partidos políticos. Ya no se trata de recoger ideas y propuestas de asociaciones y ONG para ponerlas en práctica en los programas del partido. Se trata de incorporarlos directamente a la toma de decisiones.

El segundo eje de la reforma política es el de la ética personal. El papel y la función de los políticos que dicen llevar la voz de los

demás y participar en la toma de decisiones de toda la comunidad, presupone una gran capacidad de trabajo sobre uno mismo. Una relación exigente con uno mismo, para reconocer los propios límites, las motivaciones profundas, las aspiraciones personales. Capacidad de escuchar y empatizar. Cuida de ti mismo, de los demás y del planeta.

Sin embargo, la insistencia casi obsesiva en “orden, orden, orden” del actual Presidente de la República es un testimonio elocuente de la incapacidad general de las élites francesas para cambiar. Es el regreso del Presidente de “los deberes antes que los derechos”. “En nuestra sociedad existe un problema de autoridad”, señala nuestro pequeño César nacional con un gesto marcial con el asentimiento de una parte del electorado.

Es cierto. Pero no es lo que imagina. Necesitamos autoridades, pero aquellas que nos enaltezcan, no aquellas que nos degraden. Al igual que el respeto, la autoridad se construye, se gana y se merece. Sugiere la capacidad de elevar a quienes son comandados. Michel Serres, de quien tomo prestada esta observación, dijo que necesitamos autoridades que nos eleven. La autoridad de los padres azotadores establecida por la violencia, simbólica o física, es sólo una manifestación de autoritarismo. Así como intentamos luchar contra el autoritarismo en las escuelas, debemos deshacernos del autoritarismo en la política.

A estas manifestaciones malsanas de la política vista como dominación, prefiero figuras más amables, pero mucho más fuertes, de lo que debería ser una autoridad pública. Pienso en particular en Jacinda Ardern, que fue Primera Ministra de Nueva Zelanda hasta su dimisión a principios de 2023. Me parece admirable su manera de escuchar, de no ceder al modelo del gran líder supremo y, sobre todo, a aceptar un día reconocer sus límites, hasta el punto de renunciar cuando los alcanzó.



Hay otros, en otros lugares. Podría haber citado a Nicola Sturgeon, la primera ministra de Escocia, o incluso a Sana Marin, la joven primera ministra finlandesa que finalmente perdió las elecciones en la primavera de 2023 porque los conservadores se movilizaron contra su ejercicio del poder relajado, humano y más informal. También está Yolanda Díaz, la vicepresidenta española, que supo sintetizar el radicalismo de la izquierda de Podemos y sus herederos, y el pragmatismo necesario para gobernar en coalición.

Esta forma de humildad en relación con el peso de las responsabilidades me parece muy inspiradora. Especialmente cuando vemos a quienes, desde París hasta Dakar, planean aferrarse a su mandato desafiando su propia constitución. Sin olvidar a quienes en Moscú o Beijing organizan las condiciones para su mantenimiento indefinido en el poder. Ni tampoco aquellos que se niegan a reconocer su derrota electoral y llegan incluso a alentar formas insurreccionales para volcar las urnas.

Estoy convencido de que el personal político también debe reformarse en su vida privada. Pasando, como recomienda el profesor Loïc Blondiaux, de una práctica de “democracia agonística”, es decir, de conflicto, a una práctica de “democracia deliberativa”, es decir, de consenso: se avecina una revolución cultural para todo nuestro software gubernamental. Lo que está en juego aquí es la alternativa a este poder autoritario y fascista que se avecina. Entre la competencia por los recursos, el control social por parte de la inteligencia artificial o las migraciones climáticas masivas, el mundo emergente es una fuente de gran violencia. Si mantenemos una visión estrecha de los problemas y de las formas conflictivas de responder a ellos, colectivamente corremos el riesgo de ser arrastrados por la fuerza del movimiento.

Estoy convencido de que sólo podremos afrontarlo construyendo colectivamente nuestra solidaridad.

Sobre esta ambición se construye el tercer eje de esta reforma del personal político: necesitamos una mejor comprensión del mundo. Reconozcamos, nuevamente con total humildad, que esta escritura del nuevo capítulo de la democracia apenas comienza. Una tendencia que está surgiendo y que debe fomentarse es la reconfiguración del mundo del trabajo y su lugar en nuestro sistema de valores y en nuestra organización política. La democracia representativa ha tendido a reducir al ciudadano a su estatus de trabajador/contribuyente. La democracia deliberativa supone otro equilibrio entre el tiempo de trabajo y el tiempo dedicado a los asuntos públicos. Entonces, qué formas y qué camino tomará esta historia, no estoy seguro. Pero precisamente debemos apoyar esta transformación, esta trashumancia que hemos emprendido.

Necesitamos entender este mundo. El personal político que necesitamos colectivamente debe ser consciente de las complejidades del mundo y de las cuestiones en juego. No sólo la defensa de los intereses establecidos de ciertos grupos económicos o la posición de Francia o la UE en la competencia económica global. Lo que está en juego es aún mayor. Están en juego la supervivencia de la vida humana en este planeta, sus condiciones de habitabilidad y nuestra capacidad de vivir juntos y responder a los desafíos antropológicos y filosóficos que plantea la civilización digital. Pensemos en nuestras interdependencias, nuestras relaciones con nosotros mismos, con los demás y con el planeta.

La nueva legitimidad política debe estar anclada en la capacidad de dar sentido al mundo y a la aventura humana. No en el de aportar unas décimas de punto de crecimiento, que en cualquier caso irán a parar a los accionistas de un capitalismo desesperadamente desigual y financiarizado.

Por eso necesitamos otra escuela. La escuela es nuestro bien común. Y si la educación necesita una reforma profunda, no es un

parche para empezar de nuevo como en el apogeo de la Tercera República y su ya obsoleto proyecto político. Las escuelas necesitan una revolución cultural. Nuestra escuela debe ser el lugar donde desarrollar las herramientas teóricas y prácticas para comprender la realidad; donde aprender y cultivar el autoconocimiento y el reconocimiento de los demás, en sus diferencias, premisas esenciales para el desarrollo del respeto. También debe ser un lugar para aprender sobre política y democracia. Queremos una escuela capaz de responder a los desafíos del siglo que son lo vivo, lo virtual y las interdependencias.

De esta nueva educación surgirán las próximas generaciones de líderes políticos. Porque habrá dado origen a una nueva sociedad. Liberados de la necesidad de tener amos, incluso elegidos democráticamente.







## IV. LO VIVO, LO VIRTUAL Y LOS VÍNCULOS: EDUCAR EN EL MUNDO-QUE-VIENE

### ***Obsolescencia escolar programada***

Todo sistema educativo se basa en un proyecto político. Ya sea que este proyecto se limite a la transmisión de algún conocimiento, práctico o teórico, científico o técnico, religioso o político, o sea parte de una gran empresa de emancipación del espíritu humano, es la base sobre la cual se construye la institución educativa, se basan en las pedagogías utilizadas, la selección y formación de los profesores e incluso la forma de los edificios.

Desde la antigüedad grecorromana, los sucesivos sistemas escolares siempre han respondido principalmente a la exigencia necesaria de mantener las estructuras políticas del Estado. Esto no es una sorpresa y no se limita a Europa, como lo ilustran la China de los mandarines, las madrazas musulmanas o las escuelas brahmánicas. Los requisitos varían según la cultura, pero el proyecto siempre sigue siendo político.

Por tanto, la *paideia* griega fue una verdadera educación cívica. Se trataba de dotar a los estudiantes, es decir a los futuros ciudadanos, de las virtudes y los conocimientos necesarios para cumplir sus deberes hacia la Ciudad, democrática en Atenas, aristocrática en Esparta. Aquí, la poesía y la música, que permiten entrenar la mente y el alma en la belleza, tienen la función de educar en la armonía, concepto que trasciende el campo de la estética y abraza la política desde las reformas de Solón. El ejercicio físico, nos recuerdan los historiadores, una disciplina marcada por los castigos corporales acompañan esta educación en la virtud política.

En las ciudades antiguas con religiones cívicas, donde la ley y la política son cuestiones de respeto a las leyes del cielo, la educación

es también una educación en la piedad religiosa. Entre los romanos se hacía hincapié sobre todo en el servicio al Estado, ya fuera bajo la autoridad del Senado de la República o del emperador Augusto y sus sucesores. Por tanto, los estudios hacen hincapié en las ciencias militares, administrativas y jurídicas. La preocupación por ampliar el número de servidores de los asuntos públicos y su influencia cultural empuja también a Roma a crear escuelas primarias para niños de familias pobres, donde se imparten las nociones básicas de lectura, escritura y matemáticas.

Extendida a los más modestos para renovar sus filas según el principio del mérito, o estrictamente restringida sólo a los miembros biológicos del grupo dominante, la preocupación por la reproducción social de las elites es una de las misiones fundamentales que atraviesan todos los sistemas escolares. Transmitir conocimientos y preservar la cultura ayuda a mantener la cohesión y el poder vinculado a las funciones sociales. La educación de los caballeros medievales evidentemente pone de relieve su dominio de las artes de la guerra, mientras que corresponde a la Iglesia, en sus monasterios y sacristías, formar a los clérigos, servidores de los soberanos temporales y de los poderes espirituales en la enseñanza del derecho, la lengua latina universal, moralidad y teología. Cada época, cada sistema de poder, cada clase o élite, organiza su escuela para servir a su futuro, literalmente.

Cuando los grandes empresarios de la revolución industrial, Schneider en Le Creusot o Guichard en Saint-Étienne, fundaron escuelas donde los hijos de los trabajadores podían recibir una educación básica, siempre podemos optar por alabar el paternalismo ilustrado de estos grandes cristianos caritativos – o plenamente darse cuenta del interés en organizar directamente la formación de una fuerza laboral cautiva, garantizando al mismo tiempo que ninguna idea demasiado subversiva de socialismo igualitario llegue a perturbar la tranquilidad del orden social establecido.



Porque siempre existe un riesgo para el poder en la educación. Cuando abrimos las puertas de la mente, no siempre se garantiza que ésta permanezca sabiamente en el lugar que le ha sido asignado. El movimiento que nos enseñan a conocer como “el Renacimiento” en nuestra historia europea fue también una revuelta intelectual y científica de los malos estudiantes del sistema universitario medieval, que rechazaron los límites impuestos a su curiosidad por el decoro y el respeto a la tradición. En los libros que los hicieron famosos ante nuestros ojos como herederos del Humanismo y de la Ilustración, Erasmo, Rabelais, Montaigne, Hobbes, todos estos intelectuales que han roto filas, se burlan abiertamente del conocimiento inútil y de los científicos grandilocuentes de su tiempo, con la misma gracia. y ferocidad desdeñosa como los tontos que se burlan de los mejores de la clase en *Le Petit Nicolas*.

Citado en un análisis muy rico sobre “la caída del orden dominante” realizado por el intelectual italiano Raffaele Ventura, el historiador de la ciencia Tyler Cowen señaló que las grandes innovaciones en la historia a menudo se produjeron cuando las disciplinas aún eran inmaduras, a menudo por personas ajenas, y no dentro de los paradigmas dominantes, que tienden más bien a convertirse en burocracias ocupadas en garantizar su propia supervivencia.

Estamos ahí. En este caso, cuando el sistema educativo ya no logra describir el mundo sino sólo asegurar la reproducción de sus docentes, entra en crisis. Cuando todo el sistema ya no sirve más que para la defensa de los intereses de una clase, el contrato que aseguraba su legitimidad ya no se mantiene. Se tambalea y se desploma.

En el caso francés, creo que la dificultad que encontramos colectivamente para reformar la Educación Nacional es, ante todo, un signo de un mal diagnóstico. Por supuesto, la cuestión de los recursos materiales es parte de la ecuación. Pero no es

central. Lo que está en el centro del problema, en esta “crisis de conciencia escolar”, es la insuficiencia, que se ha vuelto insuperable, entre el proyecto político en el que se basa nuestra escuela republicana y el mundo al que nosotros, padres, niños, maestros y políticos que todos enfrentamos.

Formulado a finales del siglo XIX, en el momento tan particular de la construcción de la República Francesa, nuestro modelo de escuela se ha visto superado por una serie de fenómenos: el cambio demográfico, la masificación y democratización de la cultura, Europa y la globalización que influyen en la composición de la sociedad francesa y finalmente su madurez política.

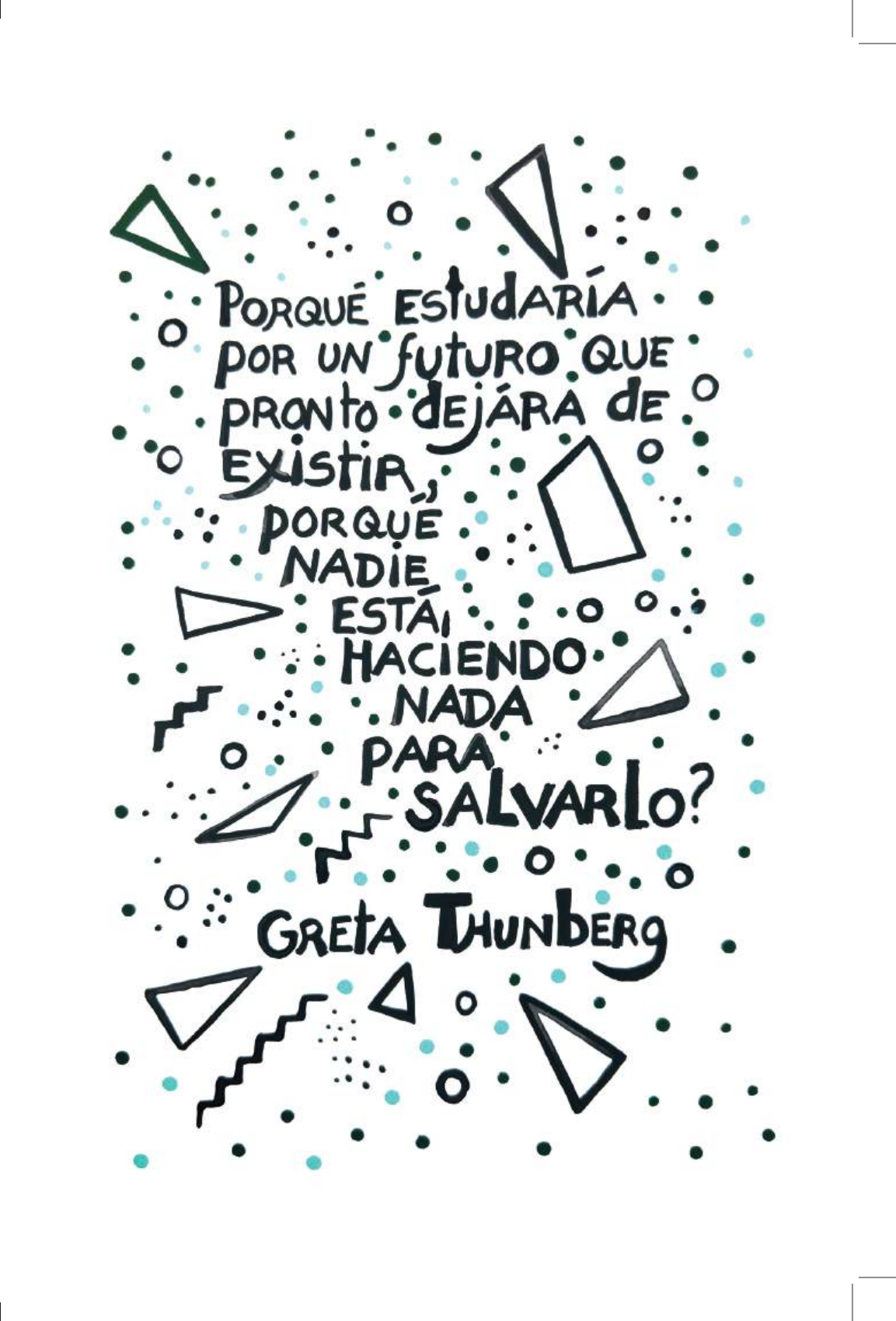
Entonces, para reconstruir la educación, debemos reformular la pregunta planteada por la joven Greta Thunberg: ¿por qué iríamos a la escuela?

### ***Salva el futuro***

“¿Por qué debería estudiar para un futuro que pronto dejará de existir, porque nadie está haciendo nada para salvarlo?” Con su mirada seria, sus palabras mordaces y la cruda emoción de los “síndromes Asperger”, la joven que da nombre y rostro a la generación climática movilizada en todo el planeta, ha expuesto los términos del problema. “Salvar el futuro.”

Otra joven, aún más joven en ese momento, había lanzado un llamamiento un poco más educado en la Cumbre de la Tierra en Río en 1992. ¿Pero quién recuerda a Severn Suzuki, exigiendo responsabilidad y acción a los adultos y apostrofando a los poderosos del mundo desde arriba? ¿de sus 12 años?

El fuerte aplauso de la Asamblea de las Naciones Unidas en ese momento se desvaneció en el aire.

A hand-drawn illustration featuring a central text block surrounded by various geometric shapes and dots. The shapes include triangles of different sizes and orientations, some with solid colors (green, black) and others as outlines. There are also several zigzag lines and a collection of small dots in black and light blue scattered throughout the composition. The text is written in a bold, hand-drawn, uppercase font.

PORQUÉ ESTUDARÍA  
POR UN FUTURO QUE  
PRONTO DEJARÁ DE  
EXISTIR,  
PORQUÉ  
NADIE  
ESTÁ  
HACIENDO  
NADA  
PARA  
SALVARLO?

GRETA THUNBERG

## ***Décadas perdidas en el frente del cambio climático***

La generación beatnik de los años 1960 quería cambiar el mundo. John Lennon nos invitó en 1971 a “imaginar” un presente eterno, un mundo en el que “todas las personas/vivirían sus vidas/ en paz”, un mundo sin guerra, sin asesinatos, sin naciones ni religión, un mundo de completa armonía. Pero los mañanas no tuvieron tiempo de cantar. Por el contrario, a medida que la sórdida realidad del mundo y las relaciones de poder contradecían los sueños de los hippies y de los jóvenes enamorados de la justicia revolucionaria, otro monstruo creció. El desencanto del mundo. El desencanto de nuestras historias colectivas. El agotamiento de la política. El agotamiento del significado.

No es ni muy original ni muy atrevido constatar que las grandes estructuras tradicionales de pertenencia colectiva están hoy profundamente cuestionadas. Una “mutación” sería más apropiada. “Trabajo”, “familia”, “patria”: a pesar de sus nuevos abanderados hinchados por el mal viento que sopla sobre nuestras cabezas, la trífida de valores tradicionales ahora sólo trae un premio gordo dañado. Golpeados por los avances sociológicos, los cambios culturales, las actitudes políticas y el pensamiento crítico, estos lugares clásicos de producción de una narrativa común para la mayoría todavía existen como nichos electorales, mediáticos o culturales. Empezamos a debatir el valor del trabajo o las virtudes del patriotismo, pero, aparte de despertar cierto entusiasmo en los márgenes, estas historias ya no cumplen con los requisitos de producción de significado necesarios para la agregación de individuos. Como mucho una gran cuarta parte del electorado francés, demasiado reaccionario. Pero dar origen a un movimiento colectivo es ridículo.

De hecho, todas las grandes historias pierden fuerza al ritmo de la historia. Los grandes atardeceres de la revolución, proletaria o mundial, dieron origen a las noches oscuras del estalinismo, al

amanecer rojo del totalitarismo soviético o al turbio crepúsculo del terrorismo de extrema izquierda. Los héroes de las liberaciones coloniales dieron paso a regímenes depredadores que esclavizaron a sus propios pueblos. Los guerrilleros de la esperanza que habían sobrevivido a las derrotas militares o al enquistamiento de Castro se convirtieron en gaullistas respetables y suavemente reaccionarios. Los soñadores de los años sesenta han dejado que el materialismo consumista de los años ostentosos devore sus corazones y sus hígados: hoy votan para que el gobierno proteja su patrimonio y la policía su buena conciencia, insultando a la chica de las trenzas y a sus propios descendientes que se preocupan de la desaparición de las aves. Los movimientos alter globalizadores que portaban las esperanzas del nuevo milenio no sobrevivieron a la ola autoritaria de la era posterior al 11 de septiembre y han retirado sus utopías de un mundo mejor a la permacultura de su jardín orgánico.

En un contexto de declive estructural de la práctica religiosa y la fe política, el capitalismo constrictivo salió victorioso al sofocar todas sus protestas. Cuando no simplemente los ha digerido e integrado en su carne. Hoy en día, la verdadera pregunta que enfrentan las generaciones más jóvenes y sus mayores, algo conscientes, es ¿cómo salvar el mundo? Y peor aún: ¿qué podemos salvar?

Ésta es la primera misión de la escuela: ser el lugar por excelencia donde adquirir las herramientas para comprender la realidad. Lo que nos lleva a dar un pequeño rodeo para intentar trazar los contornos de esta realidad a la que la nueva educación debe introducirnos.

### ***Interrupciones del modelo***

Las perturbaciones en el mundo, y en particular el cambio climático y la destrucción de la vida, están cambiando por completo las condiciones en las que debemos pensar cualquier proyecto

educativo. Ya no es posible reproducir los modelos heredados del mundo de los años 2010.

Necesaria y deseable, la descarbonización de la economía global no responderá a las cuestiones sociales. Sólo responderá a la parte climática del problema —e incluso entonces, si va acompañada de una extensión desproporcionada de la minería, desde el desierto de Atacama en Chile, hasta los esclavos modernos en Kivu, hasta el fondo del océano de Nueva Caledonia, en ya condiciones sociales y medioambientales deplorables, los beneficios climáticos y medioambientales seguramente se verán muy perjudicados. Porque la descarbonización no es más garantía de respeto al medio ambiente que la economía fósil. Cada año ya se extraen de la superficie terrestre más de diez mil millones de toneladas de minerales, dos tercios de los cuales son residuos inútiles. Y la demanda sigue aumentando. A su vez, estimulando el apetito de los gigantes de la industria minera y de los gobiernos que huelen el hermoso depósito del crecimiento intensivo a la antigua usanza.

La insaciable voracidad por los materiales de la revolución digital y las nuevas tecnologías traen consigo las nuevas catástrofes ecológicas y sociales del capitalismo con “rostro ecológico”. Detrás de los espejismos simplistas del automóvil limpio, económico y ecológico, se esconden las sucias realidades de una explotación costosa y altamente contaminante, altas emisiones de carbono y un brutal expolio de las tierras de las poblaciones indígenas en los confines del mundo. Evidentemente, para que el fin del motor térmico, previsto para 2035 e incluido como tal en los objetivos climáticos de la UE, sea realmente el comienzo del “motor verde”, hará falta algo más que un cambio de combustible.

En otras palabras, pasar de un recurso energético sucio a otro, ciertamente más limpio, pero no necesariamente más ecológico, no cambiará el problema: consumimos demasiado. Devoramos sin

pudor y sin reparos, mucho más de lo que nos permiten los recursos del planeta. Cada año, el “día de exceso”, es decir, la fecha en la que se supone que la humanidad ha consumido todos los recursos renovables en un año, llega un poco antes.

Del 31 de diciembre de 1986, estamos ahora al 2 de agosto de 2023. Y se trata efectivamente de una cuestión de actividad humana, ya que, en 2020, año de la gran desaceleración provocada por la crisis sanitaria mundial, la Tierra había ofrecido un respiro de aproximadamente tres semanas.

Básicamente, la mayor, la primera disrupción del mundo es la de nuestra manera de habitarlo. Hemos confundido ser con tener, abundancia con libertad – para utilizar la fórmula de Pierre Charbonnier –, título de su sumario sobre la historia de nuestro modelo de desarrollo. También lo vemos muy claramente en la forma en que hemos construido nuestro sistema agrícola. Alimentar a las personas, la actividad más noble y esencial, se ha convertido en un negocio bajo la influencia de la industrialización. Jugoso y lucrativo para quienes están aguas arriba, los productores de insumos, los fabricantes de máquinas herramienta, bancos, sobre todo, y los posteriores, la gran distribución y las grandes cooperativas, este sistema ha despojado a los agricultores del sentido de su trabajo, para insertarlos en una gran cadena de valor, en un mundo globalizado del que no son más que eslabones más o menos dóciles, sujetos a limitaciones de las que ya no pueden esperar escapar. 300 suicidios al año en Francia y hasta 30 al día en la India.

Además de agotar el suelo y envenenar el agua, este sistema productivista aplasta a hombres y mujeres.

Más que un modo de producción, el sistema económico al que estamos conectados de manera tan inconsciente e irremediable como los seres humanos que impulsan las máquinas de Matrix, es ante todo nuestra forma de habitar el planeta. Una forma de estar

en el mundo basada íntegramente en la captura de la naturaleza y la explotación de los abundantes recursos que nos ofrece nuestro entorno.

El problema es el espíritu del capitalismo. Para salvar el futuro, tendremos que educarnos sobre otra visión de la humanidad y del planeta. Porque es tomando conciencia de estas interdependencias que nuestros hijos podrán influir en la construcción del mundo y salvar el futuro. Debemos comprender desde la infancia que no podemos mantener un mundo en el que Occidente siga monopolizando la riqueza, dejando sólo las migajas a los países emergentes que producen riqueza. Comprender y apoyar esta evolución de los valores del ser y del tener, del compartir y de la cooperación, requiere necesariamente práctica.



Parece insignificante, pero compartir lápices de colores, o una calculadora en lugar de exhibir con orgullo el último modelo brillante para marcar la distinción social, es un primer paso en este camino de transformación.



Además, esto significa también un menor consumo de materiales y, por tanto, incluso menos contaminación para todo el planeta, especialmente para aquellos que, al otro lado del mundo, no sólo no tienen que hacerlo todo con una calculadora, sino que también sufren todo el peso del efecto del cambio climático. En Pakistán, 2 millones de niños se vieron privados de la escuela tras las violentas inundaciones de 2022 debido al cambio climático, debido en parte a nuestro consumo excesivo de bienes de todo tipo. Si los niños de hoy aprenden la sobriedad, el compartir, la cooperación, incluso si significa tener menos para que todos puedan tener, hay esperanza de que los adultos del mañana no repitan los abusos de sus mayores.

### **Ansiedades**

La toma de conciencia es difícil. Además del hecho de que los especuladores del sistema no tienen la intención de ser desposeídos de lo que constituye su riqueza y su poder, la escala de los desafíos que deben enfrentar es abrumadora. De las principales fuentes de nuestras ansiedades colectivas, la más espectacular, y sin embargo la más difícil de comprender para la mente humana, es el deterioro progresivo e insidioso de nuestras condiciones de vida en este planeta. También es el aguijón de la creciente ansiedad entre la juventud francesa y global. El gran estudio de 2021, “Voces de los jóvenes sobre la ansiedad climática, traición gubernamental y daño moral: un fenómeno global”, publicado en la revista *The Lancet Planetary Health*, se ha convertido en el referente de este fenómeno de preocupación ante el cambio climático y la degradación de los seres vivos.

A pesar de los continuos esfuerzos de los negacionistas y de las ofensivas cada vez más abiertas de las fuerzas reaccionarias, debemos profesar cinismo o ignorancia para abstraernos de la nueva realidad, sin renunciar voluntariamente a una parte de

racionalidad. Los megaincendios que ahora arrasan cada verano el Mediterráneo, Australia, la tundra rusa o el extremo norte canadiense, las inundaciones torrenciales que han sumergido el norte de Europa en 2021 o han ahogado a miles de paquistaníes, el derretimiento inexorable de los témpanos de hielo y de los glaciares, la multiplicación de fenómenos climáticos extremos, ciclones, tifones, huracanes que asolan las islas del Caribe y las Antillas, la sucesión de récords de calor desde principios de los años 2000. Todo esto va más allá de simples anomalías meteorológicas: se trata de alteraciones climáticas, inexorables, rápidas y sistémicas, del cual nosotros, la humanidad contemporánea, somos causa principal y amplificadores. Y aún desconocemos todas sus consecuencias, más allá de las temperaturas extremas.

El otro aspecto de esta catástrofe cada vez más visible es el colapso parcial, incluso total, de ciertos equilibrios naturales. La observable desaparición de ciertas poblaciones de insectos, pájaros y peces, víctimas tanto de nuestra voracidad omnívora como de nuestra expansión urbana y de nuestra explotación industrial de los recursos llamados “naturales”, añade una nota amarga al ya oscuro panorama de una sociedad sacrificada. naturaleza. En su ingenua descripción de un mundo post-apocalipsis nuclear en *Malevil*, Robert Merle imaginó un cielo sin insectos ni pájaros. Pero la tristeza nostálgica de sus personajes no iba, en ese momento, unida al miedo que necesariamente deberían haber sentido ante la ausencia de estos elementos fundamentales de la cadena de la vida, reguladores, polinizadores, compostadores. Aunque todavía hoy sigue siendo un poco abstracto, nuestro pensamiento sobre la catástrofe se ha desarrollado y enriquecido desde los años setenta.

Al mismo tiempo, se ha intensificado la prueba de nuestros valores morales de solidaridad y fraternidad. Tan cerca de nosotros como el cambio climático que quema bosques y casas, y para algunos habitantes de las costas mediterráneas, literalmente a sus

pies, están los cadáveres de hombres, mujeres y niños, siempre demasiado numerosos, abandonados en las playas por las olas, ante nuestros ojos por las cámaras de televisión. Estos son los campos de refugiados en Grecia o Italia, las “jaulas para niños” en la frontera estadounidense, la famosa “jungla” de Calais, un “camión masivo” de inmigrantes en Austria, la trágica odisea de los barcos humanitarios rechazados desafiando el derecho del mar; son los pueblos desesperados del mundo transformados en armas de desestabilización masiva por regímenes cínicos que los presionan militarmente hacia las fronteras de regímenes europeos hostiles que los hacen retroceder violentamente desafiando el Estado de derecho y los valores a los que se adhiere la Unión Europea; son los alambres de púas de los enclaves españoles de Ceuta y Melilla atacados regularmente desde 2005 por los candidatos al sueño europeo, los barrios marginales de México donde se agolpan los candidatos al sueño americano, los campos de retención en la isla de Nauru para los candidatos al sueño australiano; estos son los juicios por “crimen de solidaridad” en la patria de los derechos humanos, la violencia simbólica y física de nuestros sistemas administrativos y policiales y en todas partes, desde Sydney hasta Dallas, desde Budapest hasta Londres, pánicos morales y la progresiva radicalización de sectores enteros de la opinión pública asustados ante la visión de una marea humana destinada a arrasarlos. Es la separación del mundo entre “los hambrientos y los satisfechos”, por usar el elocuente título de una mordaz ficción del novelista alemán Timur Vermes (Ed. Belfond, 2019), que cuenta la historia del reality show de una columna de varios cientos de miles de inmigrantes, atravesando África, para acabar bombardeados en las fronteras de una Alemania aterrorizada por el avance de esta multitud negra y pobre.

Finalmente, aún más concreto, cercano a todos, está el sentimiento difuso, real o sentido, pero también tenaz, de un deterioro general de las condiciones materiales de vida de la mayor

parte. Observables a largo plazo en las últimas cuatro décadas, el enriquecimiento general de las sociedades, el debilitamiento de las clases medias, la degradación de sus sectores más bajos, la precariedad y una forma de inseguridad social son tendencias importantes en la mayoría de los países occidentales. Lo que alimenta los temores sobre el mañana y mantiene una forma de competencia entre poblaciones modestas, enfrentando a unas contra otras, especialmente cuando las demás son obviamente de origen extranjero. Una sociedad de reloj de arena, en la que las clases medias están desapareciendo, es una sociedad en la que está desapareciendo la base sociológica de la democracia liberal. La polarización de nuestras opiniones públicas impulsada por la creciente desigualdad y el pánico moral se ha convertido en una fuente importante de su desestabilización, que se manifiesta en estallidos regulares de ira social y extremismo electoral.

### **“Fin de Occidente, nacimiento del mundo”**

Por supuesto, hay que añadir a esto el angustioso regreso, en un continente que cultivaba la ilusión de haberse liberado definitivamente del espectro de la guerra y de su procesión de destrucción asesina, violaciones, sufrimiento y éxodos de refugiados. Incluso más que la sangrienta y trágica implosión de Yugoslavia en entidades nacionales rivales y guerreras, el conflicto en Ucrania ha trastornado las certezas políticas y geopolíticas del mundo – y en particular de los europeos. Lo que estamos presenciando desde la brutal agresión de una gran potencia mundial, además nuclear, involucrada en una guerra a la antigua usanza de conquista territorial contra uno de sus vecinos, es un cambio en el mundo equivalente al que siguió a la caída del bloque de Berlín. Muro, el fin del Telón de Acero y el posterior colapso de la Unión Soviética, entre 1989 y 1991.

Los tres años que marcaron el fin de la Guerra Fría y la reestructuración del equilibrio de poder global fueron aclamados en 1990 por G. H. Bush, 41° presidente de la nueva hiperpotencia estadounidense, como “el advenimiento de un Nuevo Orden Mundial”, bajo la dominación exclusiva de Estados Unidos, cuyo poder militar, peso económico e influencia cultural ya excedían las fuerzas combinadas de otros actores internacionales, la mayoría de ellos sus aliados militares. En esta *Pax americana* floreció una especie de multilateralismo principalmente comercial, articulado en torno al llamado consenso ideológico de “Washington”, un conjunto de principios de gobernanza económica neoliberal inspirados en la escuela de Chicago e inscritos en el corazón de las instituciones políticas o financieras internacionales como el FMI.

Porque el “fin de las ideologías”, como el fin de la historia, proclamado apresuradamente por los pensadores de una democracia liberal triunfante sobre sus enemigos, era en sí mismo una ideología. Es decir, una representación del mundo. El de la liberalización comercial, la financiarización de la economía, la disciplina presupuestaria y la inversión privada. Fue sobre todo este postulado de la irresistible expansión de la democracia en el mundo, esta famosa “tercera ola” cuya idea había popularizado el intelectual estadounidense Samuel Huntington —justo antes de escribir tonterías autocumplidas - sobre el conflicto inevitable entre áreas de civilización vagamente definidas que son en esencia rivales y enemigas.

Esta ideología de crecimiento que trae liberalización política y democracia a través del surgimiento de una clase media apegada al Estado de derecho y a las libertades individuales tiene algunos ejemplos históricos como la Corea del Sur de Kim Dae-jung o el dragón taiwanés. Pero este vínculo empírico no ha sobrevivido a la afirmación de China como potencia económica, tecnológica, militar y cultural global. Enriquecida por su inserción en el sistema

de comercio global, con la bendición de las potencias occidentales y sus empresas atraídas por los fabulosos beneficios de este Eldorado para los capitalistas industriales en el momento de su entrada en la Organización Mundial del Comercio, China ha trocado durante tres décadas su estatus como “taller del mundo” para el de “rival estratégico” de Washington. A partir de ahora, está invirtiendo masivamente en sus capacidades militares, extendiendo su influencia por todo el mundo a través de su iniciativa “Nuevas Rutas de la Seda”, inundando los países del Sur Global con sus productos y su atención financiera y política. Y ya no duda en proclamar su ambición de ser la mayor potencia mundial en 2049, con motivo del centenario de su revolución comunista.

Bajo los auspicios de Pekín y de Rusia, cuyo presidente V. Putin ya no puede aceptar el papel secundario reservado a su país, un grupo de potencias emergentes defienden una visión alternativa del mundo. Revisionistas del orden internacional heredado de la posguerra fría, estos “BRICS” (acrónimo que reúne a Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) han evolucionado gradualmente desde una cooperación informal y estratégica que apunta a fortalecer su influencia colectiva en el escenario global, hasta acciones concertadas destinadas a desafiar directamente la dominación occidental. Incluso a través de operaciones de desestabilización más o menos supuestas en zonas de influencia históricas, como el Sahel, donde Francia sufre las repercusiones de la guerra por la influencia liderada por Rusia.

Con el 31,5% de la riqueza mundial, estos Brics pesarán más en 2023 que el G7 (30,7%), una tendencia que debería seguir aumentando en los próximos años. Desde cumbres oficiales hasta foros de cooperación, también crearon en 2015 el Nuevo Banco de Desarrollo (NBD). Una alternativa al Banco Mundial y las instituciones financieras dominadas por Occidente, este banco de desarrollo conjunto tiene como objetivo financiar proyectos de

infraestructura y desarrollo en los países miembros y otras economías emergentes. Dilma Rousseff, la expresidenta de Brasil, que es su presidenta desde marzo de 2023, reafirmó en junio de 2023 que el objetivo del NBD era la “desdolarización”, con el objetivo a corto plazo de ofrecer el 30% de los préstamos del NBD en moneda local.

A medida que muchos países emergentes se unen al Banco BRICS, desde Uruguay hasta los Emiratos Árabes Unidos y sus cuatro nuevos miembros en agosto de 2023 (Argentina, Arabia Saudita y Zimbabwe), cada vez más, otros llaman a la puerta, como Irán, Argelia e Indonesia, México, Turquía y algunos países africanos.

Pero tampoco es un todo aislado, un universo paralelo, coherente, independiente y aislado de los occidentales, como lo fue el bloque del Este durante la Guerra Fría. Así, el NDB interrumpió sus actividades en Rusia tras la invasión de Ucrania para evitar sanciones por sus actividades en otros países. Pero incluso si la alianza ampliada de los Brics todavía tiene que demostrar que es capaz de lograr una integración comercial más profunda, que abarque múltiples continentes y culturas, para crear mercados lo suficientemente grandes como para desafiar la zona de influencia del dólar, ya constituye un paso importante en dirección a un mundo verdaderamente “postoccidental”.

Al defender un mundo “multipolar”, los BRICS subrayan cómo el multilateralismo de décadas anteriores fue básicamente sólo un velo hipócrita arrojado sobre la dominación de un solo polo. Las dificultades de los países occidentales que apoyan a Ucrania contra su agresor ruso para convencer a otros actores de la escena mundial no atestiguan una “nueva bipolarización”, como les gusta imaginar a los estrategas estadounidenses, siempre marcada por los reflejos tranquilizadores de la Guerra Fría, sino de una situación real de “no alineación”.

## **Europa, líder pendiente**

*Fin de Occidente, nacimiento del mundo*: este es el título del ensayo publicado en 2013 por el periodista ambientalista Hervé Kempf, creador del sitio Reporterre para felicitarse por el hecho de que el modelo occidental de explotación voraz y colonial del planeta está al borde de la obsolescencia histórica. Pero el llamamiento a una transición urgente hacia un nuevo modelo de sociedad, basado en la sobriedad, la solidaridad y el respeto por el medio ambiente y su petición de una transformación radical de nuestras sociedades para afrontar los retos ecológicos y sociales, para permitir el surgimiento de un nuevo mundo más equilibrado y sostenible tampoco parece resonar armoniosamente entre los BRICS.

Porque el modelo de desarrollo alternativo que ha consensuado desde Pekín hasta Nueva Delhi no es más ecológico que la danza de la muerte en la que Occidente arrastra al resto del planeta durante tres siglos. Por el contrario, se parece mucho a una extensión a los 6 mil millones de seres humanos no occidentales del modo de desarrollo intensivo y de vida hiperconsumista, materialista y destructiva, de aquellos cuya dominación rechazan adoptando su comportamiento. El consumo de carbón, entre otras cosas, convierte a India y China en dos de los mayores emisores de gases de efecto invernadero del mundo. El Yangtsé-Kiang rebosa química. Los ríos, montañas y continentes de plástico proceden principalmente del sudeste asiático. La contaminación del aire en las capitales asiáticas y las grandes ciudades indias y chinas es mortal.

Podríamos considerar un poco ingenuamente que al fin y al cabo les toca a ellos. Que es una cuestión de justicia histórica. Que el empobrecimiento colectivo de Occidente es sólo el precio justo a pagar por los crímenes coloniales y ambientales cometidos desde



la época de Colón. Si este atajo moral puede parecer satisfactorio para activistas algo superficiales, no resiste ni por un momento un examen honesto de las cuestiones. Pasemos al escenario apocalíptico de resistencia armada al que se opondría la actual primera potencia militar del mundo, para quien “el estilo de vida estadounidense no es negociable”, dice G. Bush padre. De hecho, ni siquiera el cese inmediato de toda actividad contaminante o de las emisiones europeas cambiaría gran parte del problema. La Unión Europea representa hoy menos del 8% de las emisiones globales. Además, la inmediata neutralidad de carbono, o incluso la total desaparición física de los europeos, no reduciría la concentración de gases de efecto invernadero acumulados durante los últimos dos siglos en la atmósfera; según las estimaciones actuales de los expertos, nuestro destino climático planetario está sellado durante los próximos 20 años, y cualquier acción, imprescindible, urgente, sólo tendrá efectos dentro de este horizonte.

Sólo la cooperación es posible. En lugar de luchar para defender una fortaleza más o menos verde asediada por hordas de refugiados climáticos en un planeta cada vez más marrón, en lugar de abandonar los esfuerzos por atiborrarnos un poco más antes del fin del mundo, en lugar de deplorar los fuertes gritos de pánico del fin de la civilización blanca y cristiana, podemos elegir la valentía y la lucidez. En este orden posoccidental, de hecho hay un papel crucial que desempeñar para ciertos occidentales: Europa. Histórica, política, tecnológica y económicamente, la UE es la primera entidad política que se ha tomado en serio la lucha contra el cambio climático. De este modo, ha logrado reducir sus emisiones per cápita en una cuarta parte desde 1990. Aunque está lejos de ser un río largo y tranquilo, hoy es la única zona del mundo donde esta reducción continúa.

De hecho, a pesar de los errores de su burocracia, a pesar de la influencia de los lobbies y de los grupos de interés privados,

a pesar de los engaños incluso de sus fabricantes para eludir las restricciones regulatorias como durante el Dieselgate de 2015, a pesar de las complejidades del proceso de toma de decisiones y de las dificultades para Superando la resistencia de algunos Estados miembros, las políticas climáticas y medioambientales europeas se encuentran entre las normas internacionales más exigentes del mundo. La UE es el nivel más relevante para intervenir en cuestiones climáticas y medioambientales. Sobre todo, a pesar o quizás debido a las crisis recurrentes que lo han reforzado y aumentos de eficiencia, Europa es una de las pruebas de que es posible cultivar la cooperación y el compromiso internacionales, en lugar de un brutal equilibrio de poder entre potencias desiguales.

No se trata en absoluto de idealizar a la UE, cuyos defectos y límites son perfectamente obvios para quienes tienen la honestidad de afrontarlos. Se trata más bien de reconocer que la construcción europea es una lección histórica de reconciliación entre los pueblos y una lección política de gestión común de los desafíos contemporáneos. Aún queda por demostrar que también puede ser una lección geopolítica emanciparse completamente de la influencia estadounidense, que ha vuelto a ser pesada gracias al conflicto en Ucrania, sin reemplazarla con otras lealtades. Pero Europa, a diferencia de Estados Unidos, tal vez, si se da los medios, sea un actor clave en la transformación del orden internacional.

El papel de la UE en este mundo posoccidental está directamente relacionado con las ambiciones del “Green Deal”, lanzado en 2019, como el gran proyecto de transformación ecológica de sus modos de producción y consumo, de la energía a los alimentos, pasando por transporte o industria. Porque esta misión que le han asignado los Estados y los parlamentarios de la UE sólo puede cobrar significado en un contexto global. En un momento en que las cuestiones climáticas y ambientales finalmente están en el centro no sólo de la política europea sino también de las políticas

internas y las relaciones internacionales, la UE puede ofrecer su experiencia de compromiso y cooperación en un marco más amplio y globalizado.

Ciertamente, la participación de China en la industria mundial de paneles solares ronda el 80% y la reciente Ley Americana de Reducción de la Inflación (IRA) parece señalar sobre todo las deficiencias europeas en términos de financiación y estrategia industrial. En consecuencia, la credibilidad de un posible liderazgo europeo en materia climática requiere sobre todo una transformación profunda de su enfoque hacia sus socios. Está claro que la UE ya no puede ser el líder climático que alguna vez fue. También en este caso debe romper con los reflejos del modelo histórico de los combustibles fósiles, donde los fuertes hacen lo que quieren y los débiles sufren. Además, en cuestiones agrícolas y alimentarias aún debe realizar su revolución a una lógica distinta de la razón puramente humana. Como confiesa el gran especialista en inteligencia artificial Alexei Grinbaum, no sabemos exactamente cómo describir los procesos que intervienen en la inteligencia artificial cuando pone en marcha sus impresionantes capacidades de cálculo para entrar en conversación con el usuario, especialmente desde la introducción del proceso de “tokenización” en el código. Podríamos llamarlo también “el lenguaje de los ángeles”, o de los demonios, pero lo cierto es que “el hombre ya no tiene el monopolio de la palabra”, cree el autor de *Paroles de machines* (Ed. HumenSciences, 2023).

### **La transición digital**

Cuando pensamos en la digitalización del mundo podemos imaginar metaversos al estilo Zuckerberg y universos paralelos y virtuales basados en el modelo de *Tron*, ese viejo clásico de ciencia ficción de Steven Lisberger de los años 1980. Pero hay que deshacernos del folclore y todas las fantasías. En particular

los dos complejos que limitan nuestra comprensión del fenómeno de la inteligencia artificial: el complejo de Frankenstein que nos hace temer con cada avance tecnológico una rebelión de la criatura contra su creador; y el complejo de Pinocho, que proyecta reflejos antropomórficos en el robot conversacional, especialmente si tiene rostro humanoide. De Spielberg a Kubrick, pasando por innumerables series excelentes, la creación audiovisual que explora estos complejos es tan abundante que cada uno podrá encontrar las referencias que les hablan en su propia cultura.

Lo más importante es darnos cuenta de que estamos viviendo un momento clave de nuestra historia humana. Hoy somos testigos de un cambio civilizatorio comparable al del surgimiento de la escritura hace casi 6.000 años y luego de la imprenta en el siglo XV. La civilización digital a la que estamos proyectados, sin entender siempre sus alcances, es otra relación con el mundo, otra relación con los demás, otra relación con uno mismo. La digitalización es un fenómeno que nos saca de nosotros mismos y cambia las condiciones de reflexividad, por tanto de percepción de nosotros mismos y del mundo, tal como lo hicieron en su momento los libros.

Es un movimiento que lo perturba, lo perturba y lo reprograma todo: la economía, las relaciones sociales, la democracia, los equilibrios neuronales e incluso las formas físicas de las que probablemente debemos esperar a largo plazo el colapso de la carne y la sangre de ciertas facultades. La omnipresencia de las tecnologías digitales y de la información en todos los aspectos de la vida humana juega un papel central en la forma en que nos comunicamos, trabajamos, aprendemos, nos entretenemos e interactuamos con nuestro entorno.

Este cambio digital se define por al menos cinco características fundamentales importantes. Primero, la conectividad global, instantánea y global entre individuos, empresas, gobiernos e

instituciones. Luego, una evolución constante de las tecnologías, la potencia de las computadoras, la velocidad de las conexiones, las capacidades de almacenamiento, las aplicaciones potenciales. En tercer lugar, este cambio también resulta en una creciente desmaterialización y deshumanización de nuestras interacciones y nuestros intercambios: digitalización de los servicios públicos, omnipresencia de los chatbots, desaparición del efectivo en favor de los pagos electrónicos, mayor atomización del cuerpo social y de las soledades, relajación de la solidaridad, generalización del teletrabajo. Interlocutores anónimos y sin rostro, incorpóreos en las redes sociales también promueven una escalada violenta en la conversación, donde a veces bastan algunas respuestas para llegar a una situación que no habría ocurrido en la vida material (excepto en el caso de un incidente entre automovilistas, que también recuerda el efecto de la máquina basada en nuestros impulsos). También habían llegado a su fin los primeros experimentos con un robot conversacional conectado a la red Twitter, cuya inteligencia artificial había asimilado y reproducido en menos de un día los prejuicios más impactantes de los usuarios de la red: racismo, sexismo, violencia verbal, etc.

Porque, y ésta es la cuarta y más importante característica de esta civilización: está dominada por actores privados. Gigantes californianos o start-ups anónimas en algún lugar del mundo, algoritmos de redes sociales, plataformas de comercio y aplicaciones para todo, la civilización digital es un universo ultracompetitivo, de empresarios ultraliberales, con ideales libertarios, enriquecidos por el uso inmoderado de sus productos y favorecido por un entorno fiscal menos restrictivo. Y el modelo que enriquece a estos multimillonarios se basa en el “compromiso”, es decir, en la multiplicación de reacciones. De ahí que se pongan de relieve los contenidos impactantes, la indignación y las emociones, especialmente las más negativas, cuyo contagio es más rápido e irresistible.

Los algoritmos están diseñados para crear dependencia y apego a nuestros dispositivos de interfaz. Nos instan a permanecer conectados a él el mayor tiempo posible.

Ese es el objetivo. Y está vinculado al quinto principio. Este cambio digital se basa sobre todo en una masa cada vez mayor de datos sin procesar. La recopilación, el almacenamiento y el análisis de cantidades astronómicas de datos ciertamente han transformado profundamente la forma en que se toman decisiones y se resuelven problemas al proporcionar un conocimiento más detallado de las situaciones. Pero hay más. Reunidos en número suficiente y coherente, estos datos permiten reconstruir rasgos de carácter, arquetipos de reflexión, modelos de pensamiento específicos de tal o cual individuo del que proceden. Forman, en cierto modo, los inicios de la digitalización de las personas. Permiten predecir comportamientos, reacciones y también, posiblemente, manipularlos.

Sin alimentar fantasías, debemos hacer un balance de lo que representa esta potencial desmaterialización. Porque la *reductio ad calculum*, es decir reducir a todos y cada uno de nosotros a una suma de comportamientos, inclinaciones, preferencias, disgustos, hábitos y reflejos, es en cierto modo una deshumanización, sobre todo si el objetivo es simplemente saber qué publicidad presentar a nosotros, para qué producto y en qué momento.

Teorizado por Shoshana Zuboff, el capitalismo de vigilancia es un concepto que sintetiza las mutaciones del capitalismo en la era digital y la recopilación masiva de datos. En este modelo, las empresas acumulan una enorme cantidad de datos sobre los comportamientos, preferencias y hábitos de los individuos, creando perfiles detallados de cada usuario. Luego, estos perfiles se utilizan para predecir e influir en el comportamiento de los usuarios, creando circuitos de retroalimentación que refuerzan el poder de estas empresas. Un fenómeno que, además, afecta también al cam-

po y a la práctica política con la multiplicación de las encuestas, el desarrollo de una comunicación adaptada a las resistencias identificadas y la fabricación artificial de una opinión pública mayoritaria para aislar mejor el disenso.

Las cuestiones que plantea esta nueva fase de desarrollo del capital son fuentes de importantes preocupaciones en términos de privacidad, manipulación y control de la información. La consolidación del poder en manos de unos pocos gigantes tecnológicos privados, que ejercen una enorme influencia en las elecciones y el comportamiento de los individuos, no debe dejarnos indiferentes.

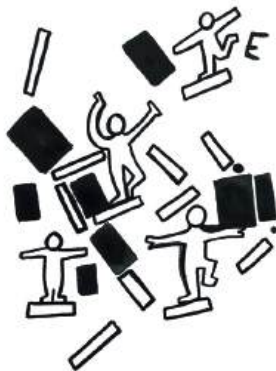
Sensibilizar, hacer pensar y actuar a nuestros conciudadanos sobre este tema es fundamental. Entonces, en el momento de nuestro “Screen Forum” es también la pregunta que se plantea a los participantes: ¿Debemos dejar a nuestros hijos dependientes de estas herramientas comerciales al servicio de gigantes privados? La escuela tiene un papel crucial que desempeñar aquí: ofrecer caminos alternativos de autoconstrucción y desarrollo intelectual y espiritual a esta fábrica alienante de futuros adultos megaconsumidores que tendrán dificultades para desconectarse.

### ***Un mundo feliz***

#### ***Entonces, ¿todo eso por eso?***

Tesoros de la inteligencia, de la ingeniería humana. Satélites sofisticados puestos en órbita. Cables tendidos en lo profundo de los océanos. Toneladas y toneladas de minerales para fabricar microprocesadores, pantallas, teléfonos inteligentes, circuitos integrados. Crecientes tensiones geopolíticas para competir por tierras raras y materiales críticos. Un derroche de energía para alimentar servidores gigantes. ¿Todo esto para vendernos sandalias de plástico o las vocalizaciones inciertas de una estrella

industrial? ¿Todo esto para que un exaltado “platista” denigre sin rodeos el trabajo de un astrofísico cómplice de la NASA que nos haría creer en un hombre en la Luna?



A decir verdad, las promesas de la inteligencia artificial y la civilización digital son vertiginosas. La creatividad, los recursos de conocimiento o las capacidades de desarrollo tecnocientífico pueden hacernos soñar con realizar las anticipaciones de los autores modernos de ciencia ficción, con descubrir el espacio o los universos cuánticos. ¿Quizás algún día leamos a Philip K. Dick, Ursula Le Guin o Isaac Asimov como leemos las novelas de Julio Verne? ¿Con la sonrisa divertida de quienes están acostumbrados a los milagros tecnológicos? Sus aplicaciones en términos de gestión de recursos, salud, operaciones quirúrgicas, investigación y síntesis aún se encuentran en etapas iniciales.

Su impacto en la organización económica y profesional de nuestras sociedades se limita todavía por el momento a los primeros momentos desestabilizadores, como la carga mental del



teletrabajo o la pérdida de puestos de trabajo debido al aumento de la productividad. Pero el potencial social es inmenso. En particular, repensar el lugar del trabajo en nuestro sistema de valores, en torno a la “renta contributiva” y un nuevo “valor del trabajo”.

Propuesta por Bernard Stiegler, la idea es promover todas las aportaciones de todos y cada uno a la comunidad, basándose en el modelo de los trabajadores del entretenimiento intermitentes. Se trata de pagar no por el empleo, el mercado, sino por el trabajo en sentido amplio, lo que nunca se cuenta en los agregados de Bercy: la educación de los niños, el cuidado de los ancianos, el voluntariado informal de ayuda mutua, etc. el voluntariado formal de asociaciones, las aspiraciones artísticas, la contribución diaria a la belleza y la armonía del mundo.

Como lo describió el propio Stiegler, se trata de un “ingreso condicionado”, que sólo se puede renovar; como dicen entre los trabajadores intermitentes, a condición de ‘recargar’ los propios derechos gracias a la adquisición, pero también a la transmisión de conocimientos, cómo y habilidades interpersonales.

En el experimento realizado desde 2020 con el territorio de Plaine Commune, en Seine-Saint-Denis, la “renta contributiva” también se basa en una apropiación supervisada y voluntaria de las tecnologías digitales. Para los responsables de este programa, se trata de experimentar con nuevas arquitecturas de red y nuevas prácticas que produzcan conocimiento, *know-how* y habilidades interpersonales, y desarrollen todas las contribuciones al bien común. De hecho, al permitirnos tomar nota del “fin del empleo”, la digitalización del mundo nos ofrece la posibilidad de comprender mejor el valor social del trabajo, liberado de su valor de mercado.

Es una propuesta para romper con la lógica capitalista de explotación de los trabajadores y extracción de plusvalía.

Pero mientras esperamos estos formidables pasos de gigante hacia el futuro que cantarán (¿por fin?), también tendremos que aprender a vivir con la otra faceta oscura de esta digitalización del mundo: su potencial policial. Porque si podemos controlar los gustos y las acciones de los individuos, ¿por qué contentarnos con venderles productos de consumo más o menos útiles? El modelo chino no se limita a una dinámica de crecimiento económico, sino también al éxito de un capitalismo de Estado autoritario, garantizado por un estrecho control social, que combina la influencia ideológica del Partido Único y la omnipresencia de redes sociales y algoritmos de vigilancia. En China, al igual que en la NSA estadounidense, la recopilación de datos y el control de personas sirven principalmente a fines policiales.

El potencial de manipulación que ofrecen aplicaciones de redes sociales como Facebook o TikTok no ha escapado a ciertos actores políticos. El asunto Cambridge Analytica reveló ante nuestros ojos asombrados el mecanismo para atacar a los usuarios de las redes sociales potencialmente sensibles a ciertos argumentos a favor del Brexit o de la candidatura de D. Trump, para bombardearlos con mensajes propagandísticos y estímulos emocionales para convencerlos de votar en esta dirección. La técnica del *nudge*, bien conocida por los anunciantes para convencernos de que sus productos son necesarios para nuestra felicidad o nuestro estatus social, adquiere de repente otra dimensión más seria. Aún más trágico, la creciente sospecha que acusa a la red social TikTok de un verdadero ataque deliberado a la inteligencia y a las capacidades cognitivas de sus usuarios es indicativa de las nuevas guerras invisibles.

Como explican Asma Mhalla, Bernard Claverie y François du Cluzel, especialistas en guerra cognitiva y autores de un informe autorizado sobre el tema en 2019, nuestro cerebro se está convirtiendo en un campo de batalla. Aquí estamos, movilizados sin saberlo en estas guerras invisibles y cibernéticas.

Gafam o PCC, misma pelea. Desde desplazamientos compulsivos hasta videos de gatitos y transmisiones interminables de productos que producen las endorfinas de la felicidad, todos hemos comprado felizmente la cuerda de los capitalistas para ahorcarnos. *El capitalismo de vigilancia* es el encuentro entre la *Sociedad del Espectáculo* y 1984. Un visionario, anunció Neil Postman en 1985, en el prefacio de su propio libro *Amusing ourselves to death* que, como predijo Aldous Huxley en su *Un mundo feliz*: “La gente llega a amar lo que los oprime, a amar las tecnologías que los liberan de su capacidad de pensar”.



Y mientras tanto, la nueva élite del capitalismo digital dedica sus recursos financieros y científicos a superar los límites de la humanidad. Superando la condición humana, mediante la hibridación con la máquina, la clonación o los tratamientos genéticos: el transhumanismo, este movimiento filosófico y cultural nacido en California a finales de los años 1980 lleva al límite la lógica de la desencarnación. Incluso plantearse abandonar la Tierra para siempre y colonizar planetas del sistema solar como Marte, o incluso más allá.

Tendremos que aprender a ser humanos nuevamente.

## ***A escala humana: una escuela para aprender a habitar la Tierra***

Después de jugar con la Tierra, el capital busca nuevos territorios. Construyó su propio mundo, como un fenómeno alucinatorio de dimensiones planetarias. Terraformó el planeta. Seres vivos desarraigados, inteligencia artificial, mundo pixelado, humanos incorpóreos. Me temo que el mundo venidero trae violencia como la nube lleva la tormenta. Estamos amenazados por conflictos en torno a recursos, en torno a territorios, en torno a fronteras, en torno a cuerpos, en torno a desastres, en torno a las libertades individuales, en torno a nuestra incapacidad colectiva para tolerarnos y apoyarnos unos a otros, candentes por indignaciones morales y odios en red.

Necesitamos una escuela que cumpla con todos estos problemas. Una escuela que responde a las exigencias del “nuevo régimen climático”, como lo llama Bruno Latour. El primer desafío de la nueva educación será recuperar nuestros cuerpos y nuestras mentes para cambiar la forma en que habitamos este planeta. Romper con nuestras adicciones, con nuestras representaciones limitadas, con nuestros odios, nuestras mezquindades, nuestras rivalidades egoístas.

Para responder a los desafíos del Antropoceno y del capitalismo digital, el proyecto político de la escuela del futuro debe ser el de la conciencia. Autoconciencia, para empezar. Aprendizaje de la reflexividad, la intimidad y la meditación. La conciencia del otro, entonces, en el reconocimiento de la alteridad y la construcción de relaciones respetuosas y solidarias con los demás habitantes de la Ciudad.

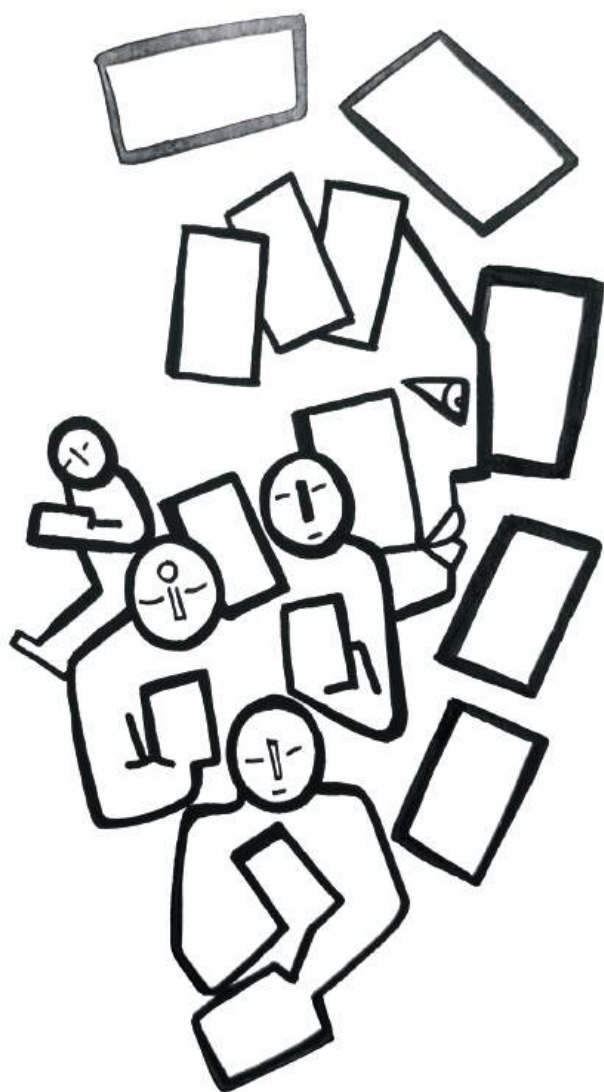
Conciencia del planeta, entonces, para extender relaciones de respeto y solidaridad a todos los seres vivos, humanos y no humanos.

“A medida que innumerables máquinas calculadoras recorren el planeta (...), se vuelve urgente resistir la hegemonía epistémica que reduce la Tierra a un problema de valor financiero.” En las últimas páginas de su *Comunidad terrestre*, Achille Mbembe señala la ignorancia como el mayor obstáculo para el advenimiento del “Todo-Mundo”, es decir de esta comunidad con dimensiones planetarias, que incluye también especies vivientes no humanas como humanas. el ámbito tecnológico que ha hibridado nuestra realidad. Romper con los encierros y el repliegue en uno mismo, romper con los universalismos autoritarios y las tentaciones coloniales, romper con el nativismo, el Todo-Mundo se basa en el conocimiento, literalmente, “nacer con otros”.

Explorar lo vivo, navegar lo virtual y experimentar las interdependencias: estos son los tres ejes de una nueva escuela a escala humana. Hibridado por la tecnología, atravesado por conflictos, tenso por la escasez de recursos, perturbado en sus equilibrios ecológicos, agotado por sus habitantes y amenazado por sus guerras incesantes, este mundo venidero presenta una nueva complejidad y peligro, y al mismo tiempo demasiado grande para ser imaginado y completamente captado por la mente humana y tan pequeño, tan cercano que resulta frágil y familiar a nuestro corazón. Para salvar el futuro, tendremos que volver a la escuela.

Reaprendiendo otras formas de habitar el mundo, el proyecto educativo es vasto, urgente y vital.









## **A MODO DE CONCLUSIÓN: NUEVA POLÍTICA MUNDIAL**

### **¿Cómo hacerlo?**

Reaprender a habitar la Tierra. Repensar el humanismo. “Amplio programa”, diría un célebre galo. O, mejor dicho, “proyecto ambicioso”. Porque se trata nada menos que de cambiar radicalmente las bases del proyecto político en el que vivimos desde los inicios de la revolución industrial. Romper con la explotación de la Tierra y de las personas, romper con la obsesión por el crecimiento, romper con las relaciones de dominación, romper con el darwinismo social y sus valores de competencia, competencia y selección meritocrática. Fundar una sociedad humanista, armoniosa, equitativa, no violenta, ecológica y biocéntrica, es decir reconciliada con los seres vivos.

Al menos el “¿qué hacer?” De esta formidable empresa política está claro. Si la expresión “bifurcación” se ha consolidado en el vocabulario político de activistas, ambientalistas y esa parte de la izquierda que aún no ha renunciado a hacer del mundo un lugar mejor, es porque necesitamos cambiar radicalmente de dirección. Contrariamente al espejismo del crecimiento verde, no se trata simplemente de cambiar de vehículo por la carretera transitada durante dos siglos, ni siquiera de reducir un poco la velocidad o de prestar más atención a los animales que quieren cruzarla. Se trata de cambiar de trayectoria. Para ramificarse. A otro destino.

Este “qué hacer” es sencillo de entender. Es hora de aceptar la ruptura. El mundo en el que vivimos está condenado. O nada cambia. Entonces seremos testigos, probablemente aterrorizados y dolorosos, del colapso definitivo de nuestro equilibrio social. Incluso el dramático colapso de los equilibrios ecológicos terrestres.

Cuando las condiciones de vida humana en este planeta se hagan imposibles, las pequeñas aficiones y las grandes causas que hoy acaparan nuestra atención nos parecerán insignificantes. En un planeta que arde, se asfixia y se muere de hambre, ni retorno literario, ni Liga de Campeones, ni barbacoa con amigos, ni polémica sobre la abaya, ni reforma de las pensiones, ni sueño de un tercer mandato. La violencia de las emergencias no nos dejará mucha libertad para pensar en cualquier otra cosa que no sea la supervivencia, individual y colectiva. Y si por casualidad algunos piensan en utilizar sus armas o sus tecnologías para salir adelante en detrimento de otros, la rebelión de las masas o la fría materialidad de los hechos seguramente les devolverán rápidamente a la realidad: ellos también son los tripulantes de esta nave espacial llamada Tierra, cuyos pasajeros estamos matando.

○ la conciencia de nuestras interdependencias y de la necesidad de ruptura finalmente es efectiva y trabajamos juntos hacia la transformación profunda y radical de nuestros estilos de vida.  
○ en todos los casos, el mundo de los SUV, diésel o eléctricos, el reinado de las megaciudades extendido hasta donde alcanza la vista sobre las tierras agrícolas, el despilfarro de energía y el desperdicio de alimentos, la reducción de hombres y mujeres a simples recursos humanos explotables, la locura de los agotamientos y aburrimientos de un sistema de producción demente, desprendido de nuestras necesidades, todo este mundo que creíamos infinito, la “cúspide de nuestra civilización”... por todo esto ya no tendrá razón el existir. El problema, claro es el “cómo”. Porque no hay proyecto revolucionario sin su praxis correspondiente.

### ***Cambio de dirección***

Lo que nos devuelve a la política cotidiana. De hecho, el cambio de dirección debe entenderse en los dos sentidos de la expresión.

Porque para desviarse seguramente tendrás que cambiar de conductor. Una señal de locura es repetir siempre las mismas acciones pensando que en algún momento producirán efectos diferentes. Este aforismo atribuido a Albert Einstein se hace eco de una observación de sentido común político: ¿podemos realmente esperar que quienes se benefician del sistema renuncien a sus privilegios? Las noches del 4 de agosto o las abdicaciones voluntarias son más raras en la historia de la humanidad que los episodios donde los poderosos se aferran al poder. Pero no se trata sólo de cambiar de cara, también se trata de cambiar de cabeza.

La elección de un presidente joven en la envejecida Francia, o de un negro en un Estados Unidos racista, o de una mujer en la conservadora Alemania, muestra claramente que necesitamos más que una revolución de símbolos. Es necesario un estado de ánimo diferente. Otra visión del mundo y de cómo funciona. Otra escala de valores y jerarquía de prioridades.

Lo he constatado día tras día, desde el inicio de mi mandato electo: existe una cierta brecha entre el espíritu de servicio que debemos tener, el personal político y los representantes electos de la República, y las condiciones en las que estamos al servicio de nuestros conciudadanos. Por ejemplo, exigir compensación. Desde su introducción en la democracia ateniense, siempre ha constituido una garantía para evitar que las funciones públicas sean asumidas únicamente por aquellos que no necesitan ganarse la vida; en otras palabras, los más ricos, o los rentistas, liberados de las limitaciones económicas y del trabajo diario. Pero digámoslo: estamos lejos de las condiciones sociales y políticas de los mistóforos de Pericles.

Hoy, en un país donde la renta media nacional ronda los 2.100 euros, nuestra remuneración, sin ser extravagante teniendo en cuenta el volumen de trabajo que debe realizar un diputado

serio si asume correctamente su papel, nos sitúa inmediatamente en una posición privilegiada en sociedad. Es una posición incómoda, porque termina aislándose de las realidades sociales y económicas de la mayoría. Además, el antiparlamentarismo se alimenta de este resentimiento hacia aquellos que han hecho de la política una carrera (y, paradójicamente, han hecho que los multimillonarios tengan éxito en la política).

Percibo también este malestar en el comportamiento que rodea al elegido. Este papel de intercesión y la inversión de responsabilidades y de una función representativa, pueden fácilmente subirse a la cabeza. El sentimiento de “distinción por el pañuelo” puede reforzar el sentimiento de separación y distancia.

La ejemplaridad que tenemos derecho a esperar de quienes gozan de la confianza del pueblo tampoco siempre es posible. El ejercicio del mandato requiere una gestión del tiempo especialmente estricta. Un ritmo frenético que exige hacer todo con rapidez, incluso aquellos que se toman el tiempo para anticiparse y establecer prioridades. Sin embargo, “hacer las cosas rápido” significa inevitablemente utilizar muchos combustibles fósiles, por ejemplo, para estar aquí por la tarde y allá al día siguiente, o para multiplicar los flujos de datos, que consumen igual energía. “¿Para reducir la velocidad?” A menos que incumplamos el mandato, el lema del decrecimiento es difícil de aplicar —al menos por el momento. El mundo en el que vivimos exige un alto precio a quienes quieren escapar de su influencia.

La política, en términos de responsabilidad, es como entrar en una “lavadora”. La fórmula es de Michel Rocard, que habló durante su estancia en Matignon, pero está disponible en todas las escalas: es casi imposible tener tiempo para tomarse el tiempo. Es entre la distancia sociológica y la brecha temporal donde surge el problema de la representación. Y surge la necesidad de cambiar las

prácticas. ¿Qué sentido tiene profesar con la mano en el corazón que hemos comprendido las cuestiones climáticas o sociales si en el mismo movimiento se inaugura otro tramo de autopista, un edificio público con normas energéticas obsoletas, torres de oficinas o una gigantesca fábrica de baterías?

Si los viejos reflejos de la “política de la cinta”, los grandes proyectos y los anuncios impactantes casi siempre prevalecen sobre las buenas intenciones, es también porque la comprensión de las cuestiones a menudo sigue siendo superficial. La pobreza no se aprende en los libros, del mismo modo que un episodio del Discovery Channel no basta para hacer un balance de la degradación de los seres vivos. La conciencia social, al igual que la conciencia ecológica, debe estar anclada en la experiencia.

Por eso creo que es absolutamente necesario dejar el espacio político a las nuevas generaciones. No es que fueran más sabios o más competentes que sus mayores. Sino porque nosotros, incluso los mejor intencionados, no estamos suficientemente imbuidos de esta doble emergencia ecológica y social. Debemos dejar paso a una generación que ve con sus propios ojos y vive en carne propia los efectos del colapso y la exigencia de renovación, pero que por el momento se topa con las estructuras del viejo mundo y la resistencia de las generaciones existentes.

Pienso en particular en las dificultades para establecer nuevos agricultores, aplicando prácticas agronómicas corregidas de los excesos de sus padres. A los intelectuales precarios, sobre educados cuyo futuro está bloqueado por la longevidad profesional de los ejecutivos y el mandato de las autoridades establecidas. A los jóvenes de los barrios populares, bloqueados por un sistema que no reconoce sus sesgos discriminatorios y les pide ser cada vez más pacientes y silenciosos ante la injusticia y la brutalidad institucional. A todos estos jóvenes eco-ansiosos, Fridays for

Future y otros “amigos de Greta”, que desesperan de ver que el mundo adulto finalmente tome en serio los efectos destructivos del modelo de desarrollo que mantener. Pienso en todos aquellos a quienes las generaciones bien establecidas en sus certezas no siempre quieren ceder.

Evidentemente, este cambio generacional no será suficiente: también debe seguir una masa crítica en la tecnoestructura. Por lo tanto, no es de extrañar que gran parte de la solución también pase por la investigación y la educación superior. Ésta es una de las cosas en las que insisten ciertos personajes del decrecimiento, como Jean-Marc Jancovici, que regularmente se preocupa por la incapacidad de los responsables de tomar decisiones para hacer un balance real de las emergencias y de las respuestas concretas a ellas. Tiene toda la razón en este punto: debemos alentar la sustitución de dogmas agotados del crecimiento por otros que aportan una nueva forma de ver el mundo. Y para ello necesitamos una financiación masiva para tesis, investigaciones teóricas y prácticas sobre la implementación de la transformación ecológica. Tesis en ciencias exactas y aplicadas: informática, mecánica, cuántica, industrial, agronómica.

Tesis en ciencias humanas, entre ingeniería social, pedagogía y gestión del cambio, docencia, filosofía, organización política, procesos democráticos, ciencias sociales. Y tesis que combinan los dos y reconcilian los dos hemisferios de nuestro cerebro. Salir de esta dicotomía que deploró Michel Serres entre ciencias humanas y ciencias exactas, que produce “expertos ignorantes y científicos sin educación”. Sacar a la luz nuevos marcos y formas de experiencia para forjar nuevos modelos.

Ésta es la condición sine qua non para escapar de las “rentas intelectuales y políticas” en las que nos han encerrado las certezas económicas y políticas heredadas de la sociedad industrial.

### ***Pasante de mundos – Las lecciones de Allende para la política en general y la izquierda francesa en particular***

Veo mi papel político y por extensión el de mi generación como el de “transmisor de mundos”. Estamos aquí para establecer el vínculo entre los pioneros, los rebeldes, los originales de ayer. Los agrónomos de suéter rojo que profetizaron en 1974 un futuro en el que faltaría agua, mientras los demás candidatos a la presidencia, fieles a modelos productivistas, se alineaban con propuestas ya condenadas al fracaso. Los ingenieros disidentes que habían comprendido antes que sus colegas los límites y peligros de nuestros modelos energéticos. Los rebeldes de Larzac, los herejes del decrecimiento, los pensadores heterodoxos...

Todas estas voces minoritarias y sofocadas por sus contemporáneos demasiado ocupados devorando el planeta, sin preocuparse por sus límites.

No se equivoquen: esta no es otra repetición demagógica de “¡Ok Boomer!” . La ruptura de experiencias entre jóvenes condenados a reparar el mundo dañado por sus padres y sus mayores no debe, sobre todo, alimentar modelos de confrontación y acusaciones mutuas. Al contrario, se trata de superar los conflictos. Pero para ello, precisamente, debemos empezar por reconocer nuestros límites mutuos. Luego, abordar la tarea juntos.

Siempre pensamos que se trata simplemente de conquistar el poder, de estar en condiciones de activar las palancas del cambio. “¿Cuál es el punto?” “, dicen a veces algunas personas. Si se escuchara su dimisión, las estructuras heredadas y los intereses establecidos serían demasiado poderosos. ○ las verdaderas palancas del poder escaparían de las instituciones, celosamente custodiadas por los oligarcas de la élite globalizada. ○ la dicotomía entre la duración y los límites de los mandatos electivos y la escala de los desafíos y las emergencias haría que ganar un mandato fuera

insignificante. Hay algo de verdad en todo esto. Este sentimiento recurrente de impotencia puede apoderarse de todos nosotros en cualquier momento. Pero también seamos claros: las únicas batallas que perdemos son las que no peleamos.

Este año 2023, el 11 de septiembre tiene un significado más conmovedor que los anteriores. Porque estamos conmemorando el 50 aniversario de la muerte del presidente chileno Salvador Allende y del golpe militar liderado por el general Pinochet, de siniestro legado. Este trágico día queda profundamente grabado como una dolorosa cicatriz en nuestra memoria y en nuestro corazón, no sólo para nuestros padres, nuestros hermanos, nuestras hermanas, arrestados, torturados, asesinados por la junta y sus matones, por haber apoyado a la Unión Popular de Allende que se opuso a sus asesinos. No sólo para el pueblo chileno cuyas esperanzas y aspiraciones democráticas de transformación social, igualdad y desarrollo digno fueron salvajemente asesinadas, para que el país sirviera de patio de recreo para los chicos de Chicago. Pero también para toda la izquierda en todo el mundo, que está experimentando la transformación de una democracia en auge en un laboratorio de políticas neoliberales modernas bajo el control de una dictadura sangrienta.

Pero más allá de la emoción de las conmemoraciones, es sobre todo con las lecciones de la Unidad Popular de Allende y su práctica política con las que me gustaría concluir este libro. Las múltiples tendencias de la izquierda francesa han convertido a Allende en una especie de ícono mártir al servicio de las diferentes historias que les gusta contar. Pero tienden a ignorar lo que hace tan original al movimiento popular que llevó a Allende y sus camaradas al poder.

La Unidad Popular no fue la expresión de una clase social ni siquiera de un movimiento social en el sentido estricto de la



taxonomía marxista. Fue sobre todo un movimiento cultural. Una cultura política compartida entre diferentes clases sociales. Una cultura lo suficientemente extendida como para que la democracia cristiana apoyara sin escrúpulos – y para gran sorpresa de la derecha en Chile y en todo el mundo – la elección de Allende a La Moneda, en un parlamento donde la Unidad Popular no se mantuvo después de las elecciones de 1970, sólo una mayoría relativa, insuficiente para ganar por sí sola.

Este movimiento cultural cruzó las divisiones partidistas y unió mucho más que simples alianzas organizativas. Detrás de las figuras políticas de las diferentes sensibilidades de izquierda, socialistas, comunistas, socialdemócratas, cristianas, debemos recordar sobre todo la convergencia de sindicatos, organizaciones autonómicas, movimientos indígenas de los Mapuche. Un movimiento cultural total, formado por poetas como Pablo Neruda, o Víctor Jara, también de las grandes figuras de la comunidad intelectual, también de artistas, pintores, cantantes como Violeta Parra y grupos de músicos como Quilapayun o Inti-illimani.

Porque, como Emma Goldman a los bolcheviques, una revolución verde puede escucharse e interpretarse como una canción popular. Además, la contracultura adolescente de nuestros años empezó a experimentar el ritmo del rock'n'roll, pero la protesta social de nuestros años floreció con el sonido del punk rock inglés o las armonías eléctricas de la nueva lengua alemana. El Chile de Allende se comunicó en esta cultura popular. Este impulso de transformación social y su programa político sólo es posible porque de fondo hay una transformación cultural. Aquí es donde se debe escuchar el idioma francés. La lección de Allende y la Unidad Popular, al contrario de lo que se imagina, nos es la de una alianza de partidos detrás de una figura tutelar. Contrariamente a la lógica mayoritaria de las nuevas instituciones de monarquía electiva, la encarnación no crea unidad.

Las figuras de los tutelares se pierden en el pasado. En la escuela enseñamos “leyendas”, literalmente, se dice, la historia de las grandes hazañas de quienes hicieron la historia. Se mantiene como si la historia se hubiera repetido una y otra vez y la expectativa de muchos defraudados, de salvadores, de grandes excepciones, de ejecutantes de la voluntad nacional o de la voluntad popular y otros guías, líderes, líder máximo, virgen guerrera, etc. Estos hombres y mujeres providenciales son vistos en el pueblo como una epifanía que los conducirá a la salvación. Sin embargo, esta caracterización política no es una publicación publicada en Instagram.

Más que la nuestra, los chalecos amarillos, el gran movimiento social y cultural que tuvo lugar en Francia durante el transcurso de sus dieciocho meses al ritmo de sus manifestaciones semanales, en todo el territorial nacional, vivieron esta cruel experiencia. Espontáneo, informal y políticamente informado, envuelto en las contradicciones de su demanda de democracia directa y reacción para permitir surjan portavoces representativos, el movimiento social y cultural que apuntaló a los chalecos amarillos nunca ha logrado transformarse en un movimiento político. Acompañados de un sistema médico tóxico que las órdenes unen con un sistema diseñado por las élites políticas y culturales, los amarillos chalecos se topan con mercedes de aquellos que se esforzaban por un cuarto de tiempo de la gloria warholiana, o se asimilaban a una u otras figura que sirve a la narrativa mediática del momento: la de su violencia ocasional que atrajo el rescate popular.

Víctimas de nuestras falsas profecías y de nuestras contradicciones internas, nuestros chalecos amarillos no quieren presentar una oferta política estructurada capaz de cristalizar una alianza entre los diferentes grupos de la sociedad francesa cuyos intereses convergen. Ni los intelectuales, más o menos, se ocuparon del cultivo de los ingredientes financieros y simbólicos que les proporciona su nicho en el panorama intelectual francés; ni los artistas

exitosos cuya distancia cultural hacía que estas masas con chalecos fluorescentes resultaran demasiado exóticas; ni los barrios obreros, sujetos a contradicciones y limitaciones comparables; ni los partidos políticos, suscitados por un movimiento espontáneo que nadie puede predecir ni provocar, y mucho menos recuperar.

Básicamente, el movimiento no es maduro. Pero luego las semillas se irán y esperarán que la semilla no termine de germinar. El gran descontento que violó la ley francesa en nuestros próximos años es doble. Para un joven, nuestras organizaciones políticas, especialmente las más poderosas, tienden a resistir la tentación de buscar a los iniciadores y organizadores de los movimientos populares. No se puede decretar un movimiento social; el vídeo no se vuelve viral porque decidimos hacerlo. Hay que hacer un esfuerzo de modestia para aceptar estar detrás y no al frente de la procesión. Aceptar que la sociedad civil asume un papel regenerativo y central en la esfera política. Y esta exigencia de modestia está vinculada al segundo desafío: volver a enraizarse en la sociedad. La izquierda debe reconstruir sus antenas, sus vínculos, su proximidad a la vida cotidiana, a las experiencias y a las aspiraciones populares. Debe ponerse al servicio de quienes imparten educación popular; apoyarlos, apoyarlos y alimentarse de ellos.

En torno a lo vivo, lo virtual y las conexiones, está surgiendo un mundo nuevo. En lugar de buscar absolutamente cómo encajar la nueva cultura popular y el cambio social en las cajas de sus categorías obsoletas, la izquierda francesa debe hacer el esfuerzo de escucharlos. Para comprender y pensar en este mundo venidero. Para dar vida a la esperanza en acción. Debe volver a ser la expresión de la cultura popular.

Ésta es la lección de Allende que me gustaría que todos los de izquierda entendiéramos. Es esta la experiencia y el significado de un mundo que me gustaría transmitir.



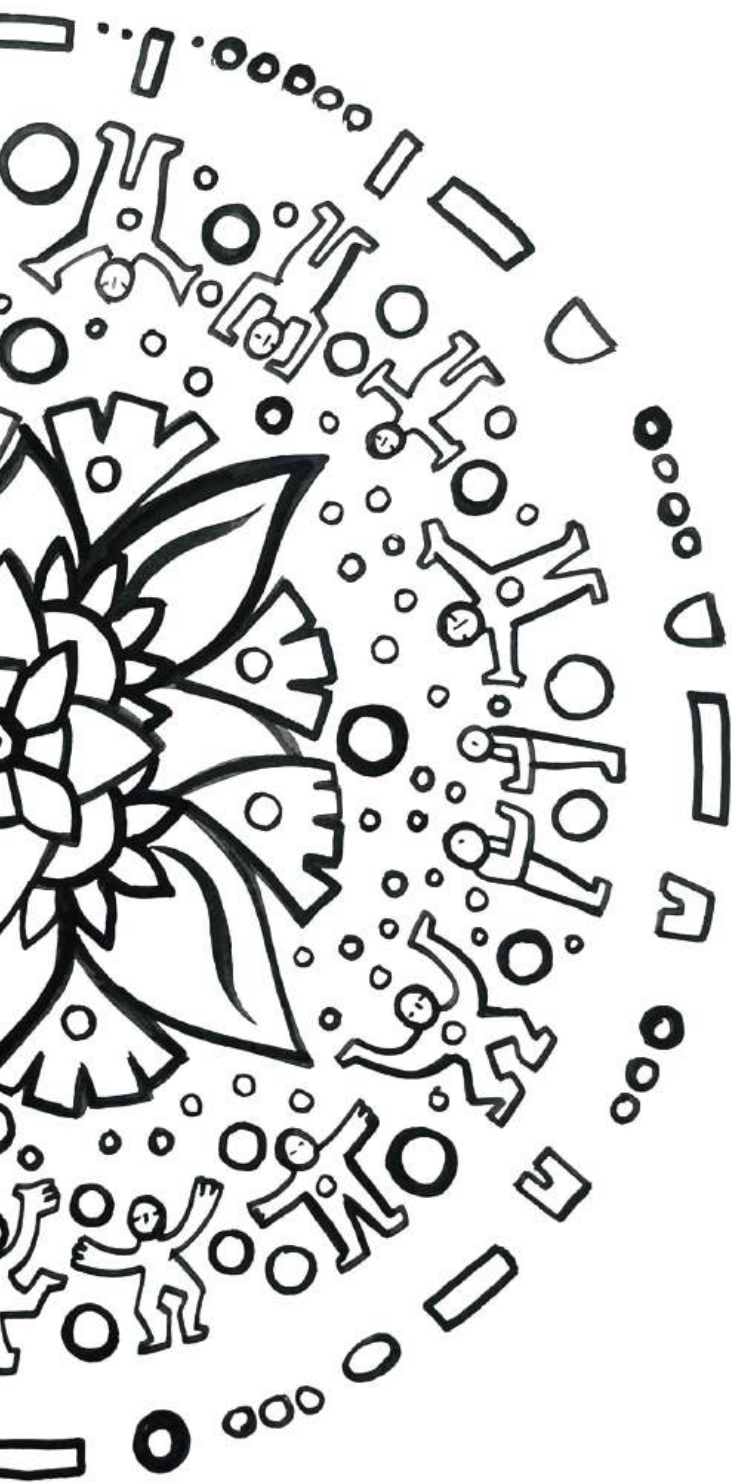
**En las páginas siguientes, puedes dar rienda suelta a tu imaginación para colorear los dibujos de Federica Matta.**



LA  
EDUCACION  
ES  
LA ARMA MAS  
PODEROSA  
QUE PUEDES USAR  
PARA  
CAMBIAR EL MUNDO.  
NELSON MANDELA









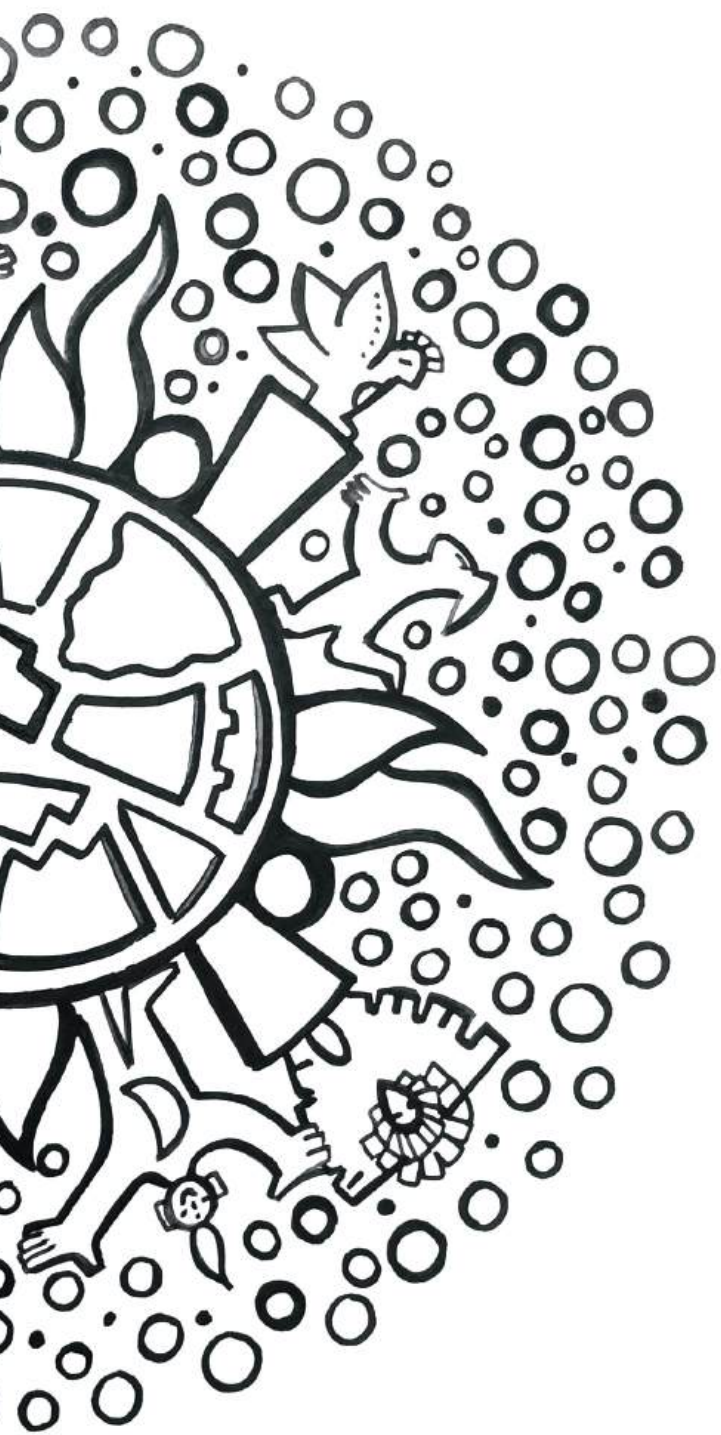
**RESISTAMOS LAS  
PANTALLAS  
CON NUESTRA MANERA  
DE SER ORUGA Y  
CONVERTIRNOS EN MARIPOSA  
EN CADA MOMENTO.**





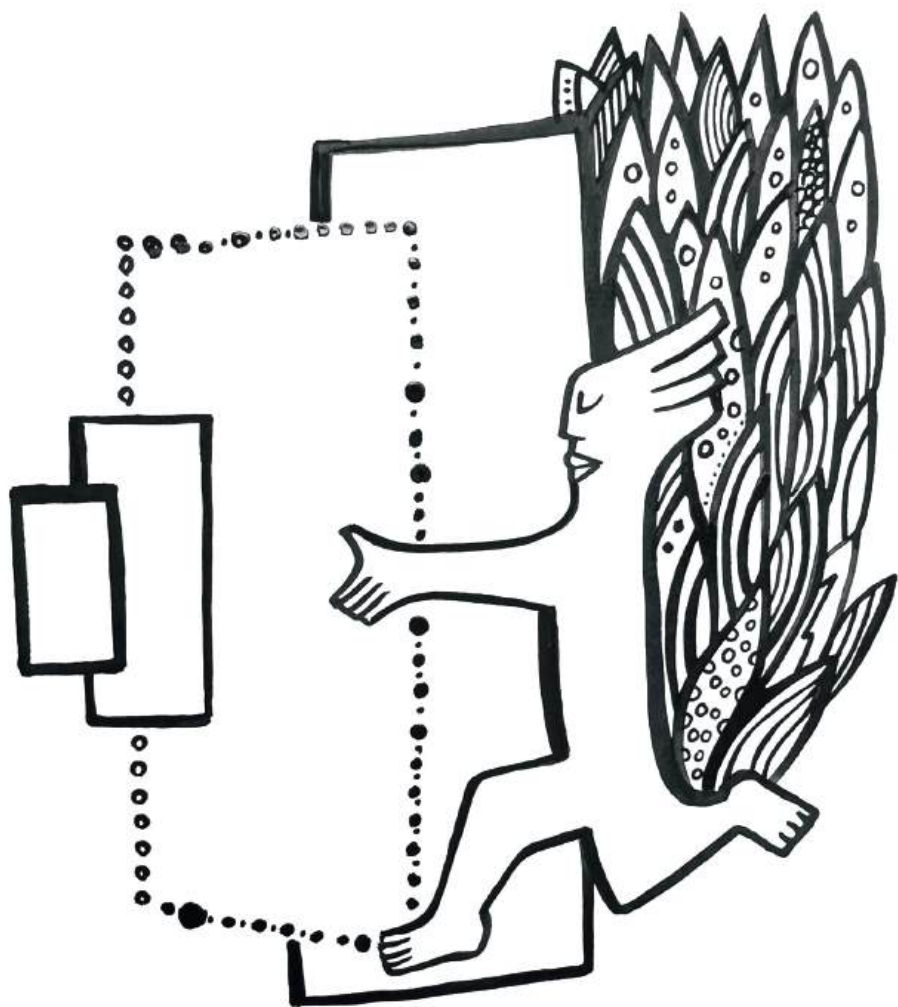






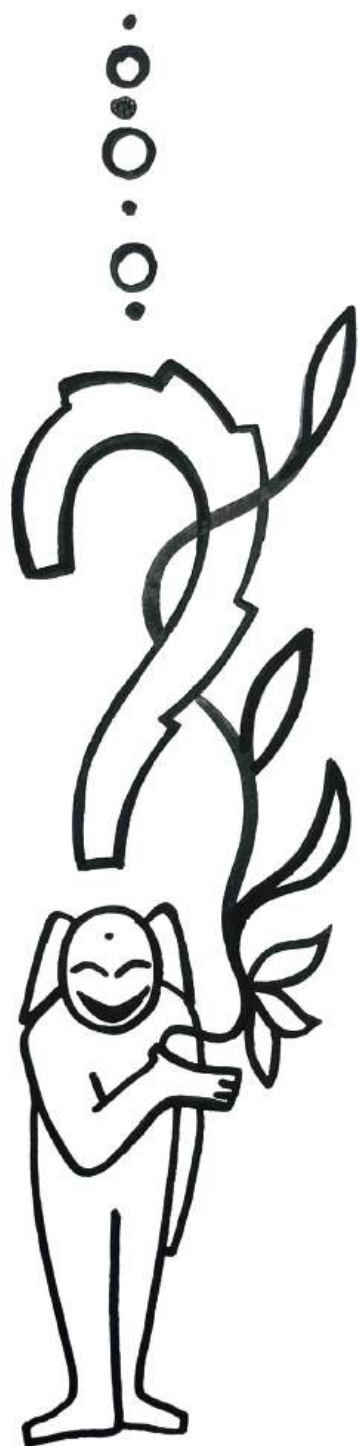


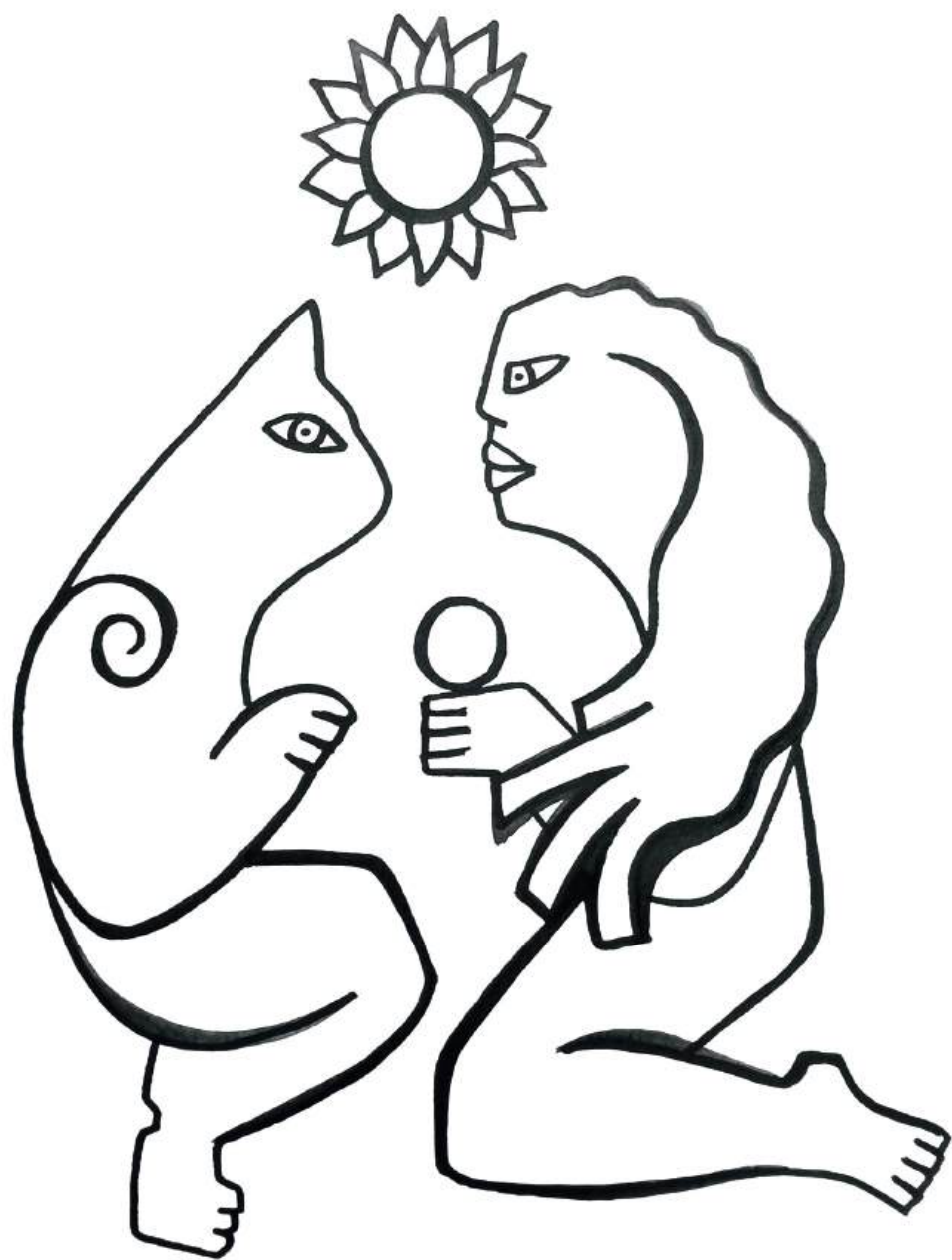


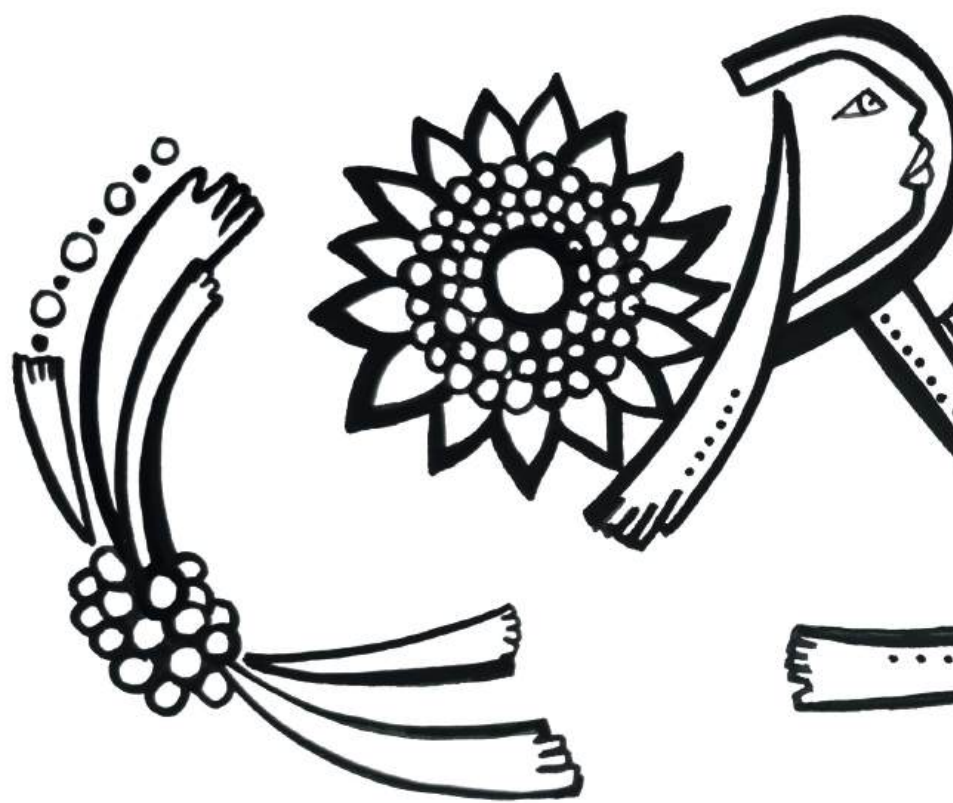


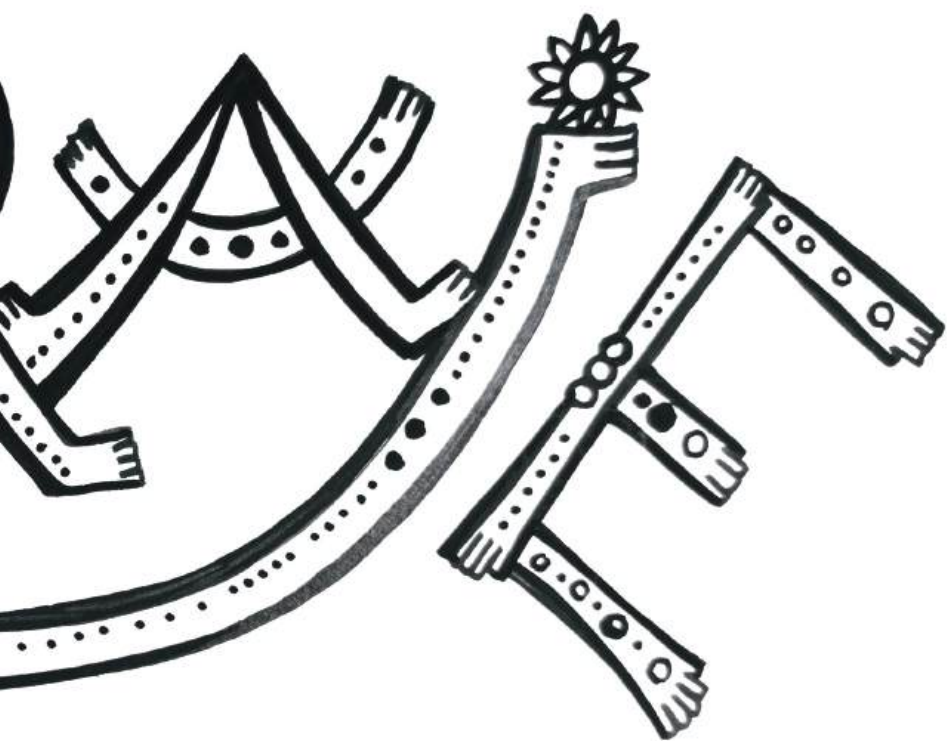














EL 20 de NOVIEMBRE  
1989



CONVENCIÓN  
INTERNACIONAL  
SOBRE LOS  
DERECHOS  
DEL NIÑO

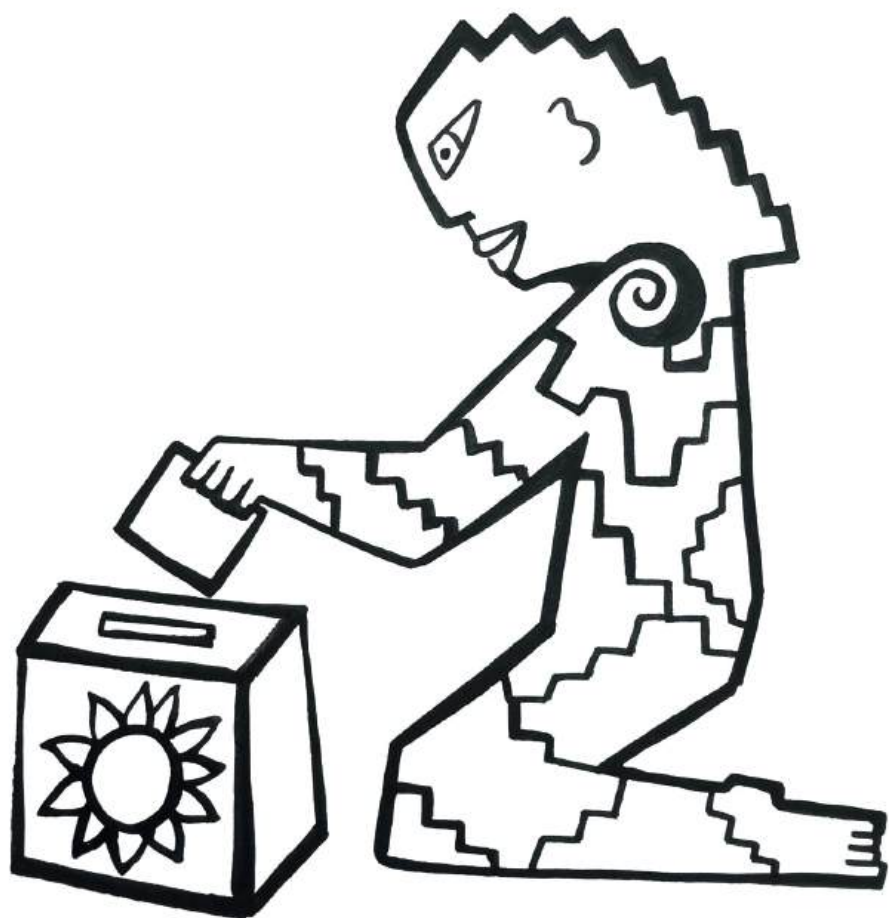


Adoptada por  
LAS NACIONES UNIDAS

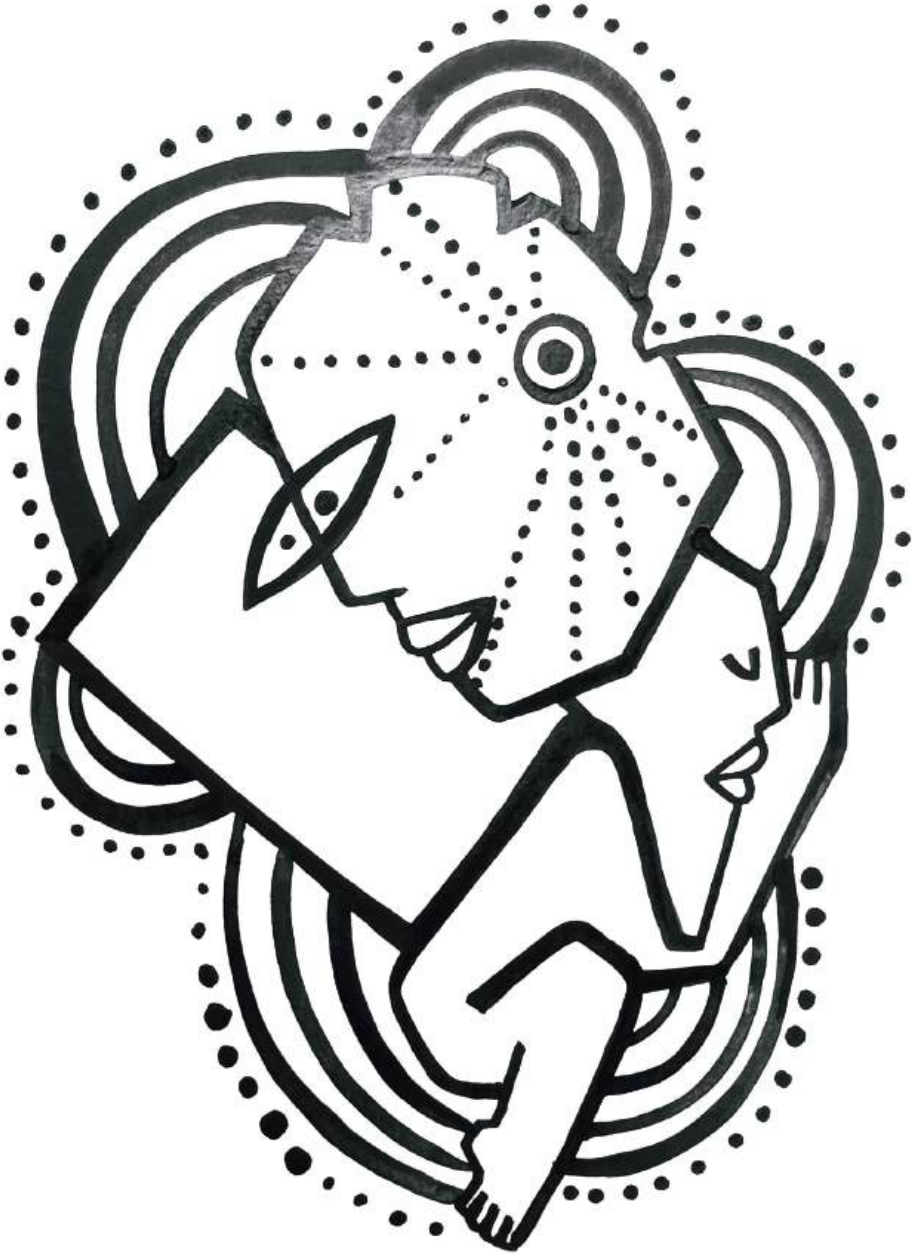












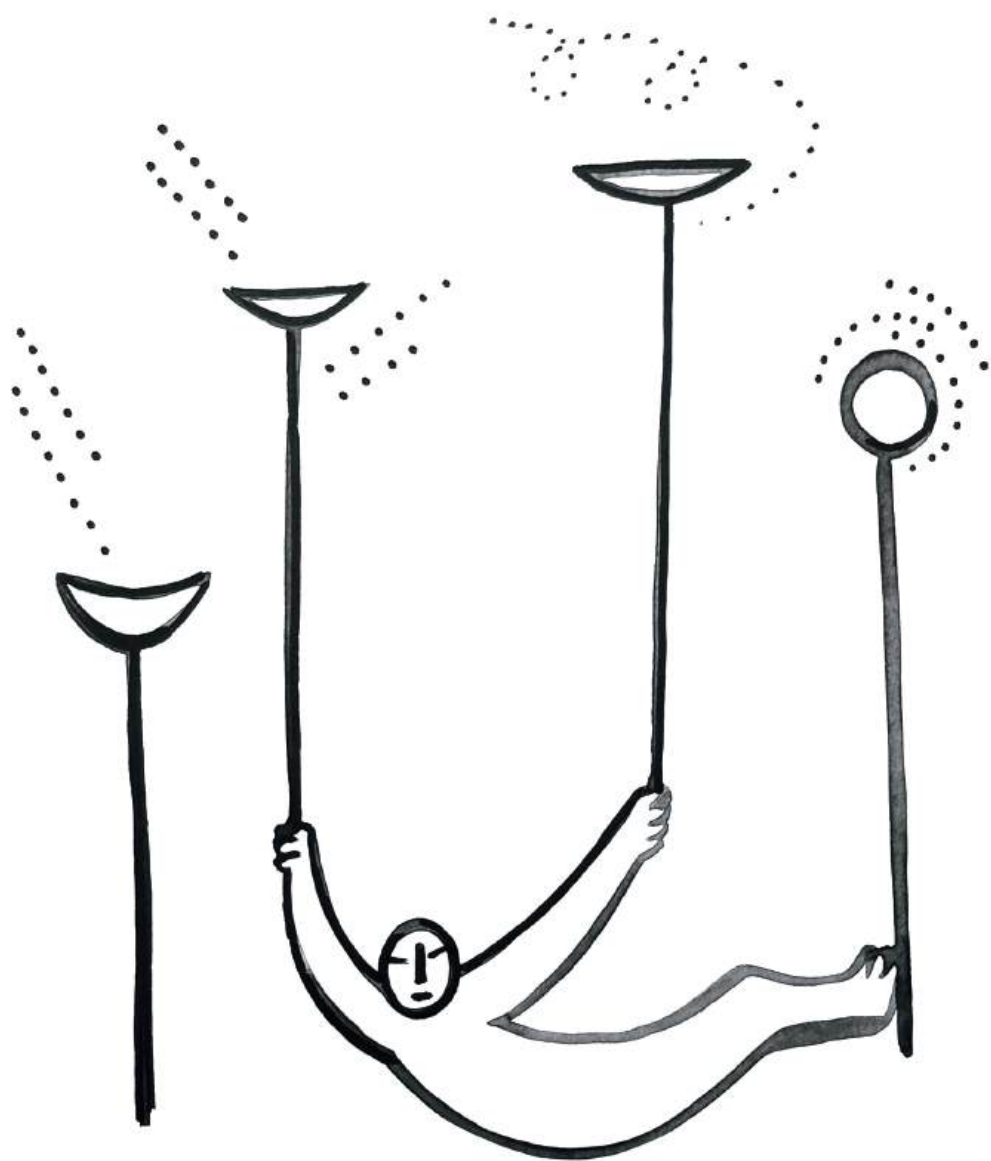




DIBÚJAME  
UN  
FUTURO

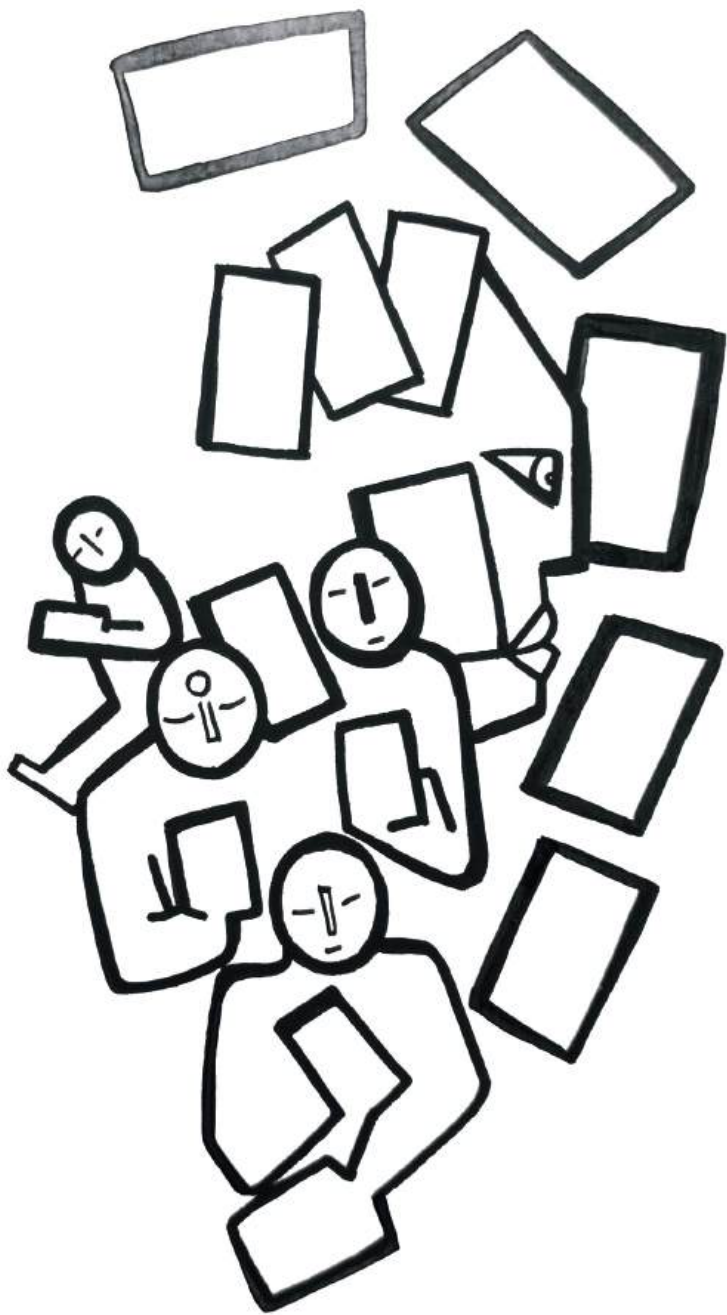













A hand-drawn illustration featuring a central text block surrounded by various geometric shapes and dots. The shapes include triangles, a rectangle, and zig-zag lines, some in black and some in green. The dots are small circles in black and light blue, scattered throughout the page. The text is written in a bold, black, hand-drawn font.

PORQUÉ ESTUDIARÍA  
POR UN FUTURO QUE  
PRONTO DEJARÁ DE  
EXISTIR,  
PORQUÉ  
NADIE  
ESTÁ  
HACIENDO  
NADA  
PARA  
SALVARLO?

GRETA THUNBERG



## ÍNDICE

<b>PRÓLOGO</b>	<b>5</b>
<b>PREFACIO</b>	<b>17</b>
<b>I. NUESTROS HIJOS: ACTORES POLÍTICOS DEL FUTURO</b>	<b>23</b>
<b><i>“Trabajo Familia Patria”</i></b>	23
¡Hija mía, “preciosa mía”!	25
El bebé está en la Resistencia	28
La juventud es política	32
El niño, sujeto de derecho	36
Organizando la autonomía de los menores: “bachillerato único” y “consejo de niños”	40
<b>II. PADRES, PERO CIUDADANOS</b>	<b>49</b>
<b><i>Aprendizaje, familias y valores</i></b>	49
Padres y política	50
Repolitizar la educación	54
Educar sobre las diferencias	59
En el laberinto de la realidad	62
El deber de entender el mundo	67

<b>III. ESCUELA DE POLÍTICA, POLÍTICA ESCOLAR</b>	<b>71</b>
<b><i>Todos los estudiantes</i></b>	<b>71</b>
La Revolución Francesa no tuvo lugar	73
Los eruditos y el político	76
Pastores y ovejas	79
Parlamentos públicos	81
Nuevo personal político	86
<b>IV. LO VIVO, LO VIRTUAL Y LOS VÍNCULOS: EDUCAR EN EL MUNDO-QUE-VIENE</b>	<b>95</b>
<b><i>Obsolescencia escolar programada</i></b>	<b>95</b>
Salva el futuro	98
Décadas perdidas en el frente del cambio climático	100
Interrupciones del modelo	101
Ansiedades	105
“Fin de Occidente, nacimiento del mundo”	108
Europa, líder pendiente	112
La transición digital	115
Un mundo feliz. Entonces, ¿todo eso por eso?	119
A escala humana: una escuela para aprender a habitar la Tierra	124



<b>A MODO DE CONCLUSIÓN: NUEVA POLÍTICA MUNDIAL</b>	<b>129</b>
<b><i>¿Cómo hacerlo?</i></b>	<b>129</b>
Cambio de dirección	130
Pasante de mundos – Las lecciones de Allende para la política en general y la izquierda francesa en particular	135
<b>Dibujos de Federica Matta para colorear</b>	<b>143</b>



Impression : février 2025

Couverture, maquette et mise en page : Isabelle Kersimon



